

¿SOLIDO, LIQUIDO O GAS?

Cuanto

REFLEXIONES SOBRE ECONOMIA

Richard Webb



INDICE

Presentación	11
--------------------	----

Parte I: Entrando y saliendo del túnel: Comentarios al paso

Capítulo 1: Al borde del abismo (1987-1988)

Resultados del programa económico

<input type="checkbox"/> Una fórmula poderosa	19
<input type="checkbox"/> ¿Desafinados?	23
<input type="checkbox"/> Letras vencidas	26

Inflación, reservas y ahorro

<input type="checkbox"/> Otra chela	28
<input type="checkbox"/> La nueva orientación	31
<input type="checkbox"/> ¡Rebelión!	35

El intento de estatización de la banca

<input type="checkbox"/> ¿Y ahora en qué viajamos?	38
<input type="checkbox"/> ¿Y quién sostiene la escalera?	42
<input type="checkbox"/> Falta de confianza	45
<input type="checkbox"/> Hacia atrás	49
<input type="checkbox"/> La intervención estatal en la economía	52

Ahorro, reservas e inflación

<input type="checkbox"/> El mago y la broma	55
<input type="checkbox"/> ¿Crisis?	57
<input type="checkbox"/> Dile no	61

<i>Viviendo de lo nuestro</i>	
<input type="checkbox"/> Dolarizándonos	66

Capítulo 2: Años de crisis (setiembre 1988 - setiembre 1990)

<i>El shock de Salinas</i>	
<input type="checkbox"/> ¿Salió la muela?	73

<i>El ajuste popular</i>	
<input type="checkbox"/> Vacas flacas	76
<input type="checkbox"/> ¿Por qué murió Demetrio?	80
<input type="checkbox"/> Tijeretazos domésticos	82

<i>El ajuste estatal</i>	
<input type="checkbox"/> Pantalón corto para el Estado	85
<input type="checkbox"/> El cuento de la estatización de la banca	90
<input type="checkbox"/> Gastos de reparación	91

<i>La paridad cambiaria</i>	
<input type="checkbox"/> Sin céntimos, por favor	92
<input type="checkbox"/> Calcule usted mismo la paridad cambiaria	94
<input type="checkbox"/> Ooops	97

<i>La inflación</i>	
<input type="checkbox"/> Cada año la comprendo menos	98
<input type="checkbox"/> Un vuelo supersónico	100

<i>El fin de una era</i>	
<input type="checkbox"/> El fin de una era: una reflexión	102

Capítulo 3: Años de corrección (setiembre 1990-1992)

<i>Vigilando el ajuste</i>	
<input type="checkbox"/> “No se puede”	111
<input type="checkbox"/> ¿Qué ha cambiado?	112

<input type="checkbox"/>	Falta lo difícil	114
<input type="checkbox"/>	El tigre está vivo	115
<input type="checkbox"/>	La fe: primer efecto del ajuste	116
<input type="checkbox"/>	Un año de gobierno	117
<input type="checkbox"/>	Geografía y austeridad	119
<input type="checkbox"/>	Perspectivas para 1993	120

El comercio exterior

<input type="checkbox"/>	Insertados al mundo	122
<input type="checkbox"/>	La reinserción también empieza en casa	124

La recaudación tributaria

<input type="checkbox"/>	¿Podremos adaptarnos?	126
<input type="checkbox"/>	“El año escolar”	128
<input type="checkbox"/>	Es hora de estatizar el país	130

El retraso cambiario

<input type="checkbox"/>	Ocoña como mercado	132
<input type="checkbox"/>	Los pecados del padre	133
<input type="checkbox"/>	La bigamia monetaria	135
<input type="checkbox"/>	La ecología exportadora	137
<input type="checkbox"/>	La “confianza” versus el BCR	139
<input type="checkbox"/>	El verdugo	141
<input type="checkbox"/>	Vivir en San Francisco	142

El corto y el largo plazo

<input type="checkbox"/>	Señor Fujimori: ¿Dónde está su plan?	145
--------------------------	--	-----

Capítulo 4: Paciencia (1993-1994)

<input type="checkbox"/>	El Año de la Paciencia	151
<input type="checkbox"/>	Cada día con su afán	152
<input type="checkbox"/>	Reinserción: a ritmo de ballet	154
<input type="checkbox"/>	Ni se da por enterada, ni se deja entender	156
<input type="checkbox"/>	Tanzi y Estela	158
<input type="checkbox"/>	La doble amenaza	161
<input type="checkbox"/>	Estamos caminando... pero con muleta	162

Parte II: Reflexiones sobre economía

Capítulo 5: Facetas de la economía

¿Qué es la economía?

- ¿Sólido, líquido o gas? 169

Las instituciones

- ¿Cuál es el país con el gobierno más pequeño? 171
- ¡Abajo el Estado! 173
- ¿Será cierto que no nos ayudamos? 175
- Un experimento mental 177
- Autogestión colectiva 178
- ¡El poder para los municipios! 179
- El oleaje privatizador 181

Estabilidad

- ¿Cambiar o no? 182
- ¡No había novedad! 184
- “Que renuncie Boloña” 185
- “El Péndulo Peruano” 186

El Banco Central

- Siete 187
- “Tenemos un Banco Central autónomo” 188

Un economista

- Marx 190

Agricultura

- Éramos un país de campesinos 192
- El Ministerio de Agricultura 193

Turismo

- Apuesto un cebiche 195
- El “boom” turístico 197

Educación

<input type="checkbox"/> Instrumento de producción	198
<input type="checkbox"/> Dispersión educativa	199
<input type="checkbox"/> ¡Qué fácil es ser ministro!	200

Capítulo 6: El rostro humano de la economía

El rostro humano de la economía

<input type="checkbox"/> ¿Cuánto cuesta una madre?	205
<input type="checkbox"/> Feria	206
<input type="checkbox"/> Elecciones	207
<input type="checkbox"/> Control de la natalidad	208
<input type="checkbox"/> Del hombro al hombro	209
<input type="checkbox"/> Navidad	211
<input type="checkbox"/> Nos faltan sociólogos	212

Medio Ambiente

<input type="checkbox"/> ¿Ecología versus economía?	213
<input type="checkbox"/> El regalo del medio ambiente a los peruanos	215
<input type="checkbox"/> Desarrollo sostenible	216

Pobreza

<input type="checkbox"/> Mover los dos pies	217
<input type="checkbox"/> Los recursos sociales	218
<input type="checkbox"/> La pobreza	220

Inversión social y redistribución

<input type="checkbox"/> Mejorar la calidad	221
<input type="checkbox"/> Inversión en salud	222
<input type="checkbox"/> La transformación de la salud pública	223
<input type="checkbox"/> ¿Repartir o producir alimentos?	224

Esperanza

<input type="checkbox"/> Lo positivo inclinará la balanza	226
<input type="checkbox"/> Cuatro mitos laborales	227
<input type="checkbox"/> Defectos y virtudes	228

<input type="checkbox"/> 30 Años	229
<input type="checkbox"/> La economía de la esperanza	230

Capítulo 7: Números

<input type="checkbox"/> Decisiones	235
<input type="checkbox"/> Números animados	236
<input type="checkbox"/> El frío técnico	238
<input type="checkbox"/> Números y valores	239
<input type="checkbox"/> Los anúmeros	240
<input type="checkbox"/> Las encuestas	241

PRESENTACION

Este libro contiene una colección de artículos periodísticos publicados por el autor desde 1987.

El reciclaje obedece al simple deseo de darles una segunda oportunidad a las ideas allí contenidas, así como a los lectores que no tuvieron la ocasión de leer los medios periodísticos –**Caretas, El Comercio, Newsletter Goodyear, Cuánto y Sí**– en la oportunidad debida.

Pero relejendo los artículos empecé a descubrir un segundo mérito en la repetición, el de la perspectiva histórica.

Rara vez en el Perú se ha vivido un ciclo económico tan dramático como el de la última década. Ni una etapa de experimentación tan extravagante en cuanto a la política económica, pasando de la heterodoxia hiperinflacionaria al “shock” y a la ortodoxia extrema. Vivir la secuela de inflación, desempleo y medidas de ajuste fue como estar corriendo una ola, con toda la atención, intentando un equilibrio precario sobre la tabla, concentrado en un solo objetivo: sobrevivir el momento. Ubicación poco propicia para la reflexión histórica.

Ahora, con la ventaja del tiempo y de una etapa de relativa calma es posible empezar a hacer un inventario. Este libro no ofrece ninguna apreciación histórica. Sólo aporta una materia prima para el historiador –un conjunto de fotografías mentales de los sucesos del momento, cual obra de un reportero gráfico que documenta el instante. Quizás, mirándolas en serie, se empiece a divisar un perfil que les dé sentido.

Sí propongo una pista –una manera de mirar la economía. Se encuentra implícita en muchos de los artículos cuando buscan llevar la interpretación más allá del análisis económico estricto, recordando al lector que la economía es una ciencia social, tan llena de misterios como el hombre mismo. Y para hacerle esa pista más clara al lector, está sugerida en el título, **¿Sólido, Líquido o Gas?**

Richard Webb

Parte I
ENTRANDO Y SALIENDO DEL TUNEL:
Comentarios al paso

Capítulo 1

AL BORDE DEL ABISMO (1987-1988)

Breve Cronología: 1987 - 1988

PERU: INDICADORES ECONOMICOS, 1985-94

(Tasas de crecimiento promedio anual)

	1985-86	1987- Ago. 88	Set. 1988- Ago. 90	Set. 1990- 1992	1993-94
<i>PBI</i>	6.3	-5.8	-12.5	6.5	9.0
<i>Inflación</i>	105.2	231.2	8,413.8	117.5	26.9
<i>Tipo de Cambio Libre 1/</i>	92.9	335.2	3,626.7	100.8	14.5
<i>Salarios reales 2/</i>	7.3	-10.6	-54.3	37.2	20.1
<i>RIN 3/</i>	866	-261	106	2,425	6,152

1/ Fin de período.

2/ Lima Metropolitana.

3/ Reservas Internacionales Netas del Sistema Bancario a fin de cada período. En millones de dólares.

Presidente: Alan García Pérez (1985-1990)

Ministros de Economía

	Desde	Hasta
Dr. Luis Alva Castro	28/07/85	27/07/87
Ing. Gustavo Saberbeñ Chevalier	28/07/87	15/05/88
Ing. César Robles Freyre	16/05/88	01/09/88

- Jorge del Castillo asume Alcaldía de Lima (enero 1987).
- El gobierno aprista expresa la necesidad de cambiar la capital de la República al Valle del Mantaro (febrero 1987).
- Presidente García promulga Ley de Regionalización y Descentralización. La ley permite la creación de 12 regiones con autonomía económica y administrativa (19 de marzo 1987).
- Alfonso Barrantes renuncia a la Presidencia de Izquierda Unida (31 de mayo 1987).
- Presidente García anuncia privatización del Sistema Financiero (28 de julio 1987).
- Mitin de "Libertad" contra estatización financiera (21 de agosto 1987).
- Formación del Frente Democrático (enero de 1988).
- Visita al Perú del Papa Juan Pablo II (mayo de 1988).



RESULTADOS DEL PROGRAMA ECONÓMICO

UNA FÓRMULA PODEROSA

Por fin, los últimos fueron los primeros. En 1986, el ingreso de los más pobres fue el que más aumentó, de lejos.

En el campo, cada habitante recibió 100 dólares más: la cifra es modesta, pero representa una mejora de 30% en sólo un año. Y no sólo el dueño de tierras: en casi todas las regiones, los jornaleros cobraron de 40 a 80% más, en términos reales. O sea, el jornal diario subió mucho más que la inflación. Los que menos se beneficiaron, en el campo, fueron los cooperativistas del azúcar y del algodón.

En la ciudad, el sueldo de la empleada doméstica fue más del doble al final del año comparado con el nivel que registró doce meses antes. Si se deduce la inflación, la mejora fue de 44%. En la construcción, el costo de la mano de obra también aumentó en 44%, en términos reales. En las empresas, el salario real en agosto de 1986 fue 37% más alto, comparado con doce meses antes.

Todas estas cifras superan largamente el crecimiento de la economía que, en conjunto, fue de 8.5% en cuanto a la producción, y de 12% en cuanto al ingreso (El ingreso subió más que la producción, debido a que pagamos menos intereses y utilidades al extranjero). Son cifras excepcionales, pero pálidas en comparación con las que gozaron los de abajo.

Se trata de una revolución económica nunca lograda antes en el país. ¿A qué se debe semejante volteada de la tortilla? ¿Cuál fue la fórmula? ¿Se podrá repetir?

La clave, creo, ha sido el aumento de 30% en el ingreso del agro. A primera vista, la agricultura tuvo un año regular –la producción subió en sólo 3%–. En realidad, el aumento resultó aún menor porque lo que más subió fue la carne de pollo, que es más un producto de fábrica que del campo. Si restamos el pollo, la producción agropecuaria sólo mejoró en 1.2%.

¿De dónde, entonces, salió ese 30%? De su bolsillo, señor lector. Prácticamente toda esa mejora, 500 millones de dólares, resulta de precios más altos recibidos por el agricultor y pagados por el consumidor. También de subsidios al crédito, al fertilizante y a otros insumos utilizados en el agro.

Lo que más impactó fueron los precios más altos de la papa, las verduras, las menestras, las frutas y de otros productos agropecuarios. Todas las regiones se beneficiaron. En promedio, los precios subieron en más del doble: los términos de intercambio entre la ciudad y el campo mejoraron en 27%.

Los subsidios pagados por el contribuyente también ayudaron, sobre todo los que dio el Banco Agrario mediante tasas de interés baratas y créditos no cobrados.

¿A qué se debe tan extraordinario aumento en los precios agrícolas? Una forma de entender es mirando hacia atrás. En términos históricos, el año 1986 es una singular excepción. Desde 1950, los términos de intercambio venían mejorando a favor de la ciudad, y si bien los vientos han soplado en dirección del campo en algunos años, no se registra un caso anterior de reversión tan grande. Poco a poco, los precios del campo fueron perdiendo terreno ante los de la ciudad. Llegando al año 1985, el agricultor, con cada kilo de cosecha podía comprar sólo la mitad de lo que compraba en 1950. A través del mecanismo de los precios, al agricultor se le expropió todo el aumento en la producción que había logrado en los últimos 35 años. (Y usted, señor lector, si no es agricultor, se benefició de esa expropiación, pagando menos cada año por su comida).

Pero, entonces, ¿qué explica la reversión tan justa que se dio en 1986? ¿Fue la política del Gobierno?

Si miramos la política de precios descubrimos que la mejora del campo se dio, a pesar del Gobierno. El Gobierno hizo todo lo que pudo para frenar los precios de los alimentos –congelando, controlando en los mercados, aplicando el tipo de cambio más barato a los alimentos e importando masivamente. El resultado: los alimentos controlados directamente (el pan, la leche, el arroz, etc.) se abarataron relativamente, subiendo en promedio menos que el costo de vida. Felizmente, el Gobierno es ineficaz: la mayor parte de lo que produce nuestro agro escapa de su posibilidad de control. Si no, no se hubiera producido el fuerte aumento de la papa, las verduras, las frutas y las menestras que fue la clave del milagro redistributivo del año 1986.

Pero, lo que no hizo el Gobierno con una mano, sí lo hizo con la otra. Sino fue la política de precios, en cambio fue un conjunto de medidas, tales como la reactivación, los aumentos salariales, el programa de empleo y los subsidios masivos al campo.

La combinación produjo una reacción en cadena. La mejora inicial en el ingreso de los trabajadores se dirigió en gran parte hacia la compra de alimentos. La falta de mayor producción hizo subir los precios agrícolas.

El mayor efectivo en el bolsillo de los agricultores, junto con el incentivo a la inversión agrícola que significaron el crédito barato y masivo del Banco Agrario, y el abaratamiento de los fertilizantes, tractores e implementos agrícolas, hicieron aumentar la actividad en el campo, lo que repercutió elevando los jornales agrícolas.

El peón agrícola se volvió escaso para todo lo que el agricultor quería hacer. Y el programa de empleo masivo –el PAIT– y la reactivación general de la producción urbana contribuyeron a elevar aún más la demanda de mano de obra. En algunos valles se dio el caso de una reacción negativa en contra del PAIT por parte de los agricultores –se le acusaba de encarecer la mano de obra–.

El círculo se cerró con el mayor consumo de alimentos de la misma población rural, los agricultores y sus peones. Ese mayor “autoconsumo” hizo escasear aún más los alimentos no importados, y contribuyó a una elevación mayor de sus precios, beneficiando todavía más a los agricultores.

El efecto final es el que vimos –un aumento extraordinario y paralelo en los ingresos de los más pobres–. La base de ese aumento ha sido la mayor demanda de productos agrícolas nacionales. Esa demanda fue matizada en parte por el Gobierno mediante las importaciones y los controles de precios, pero, al mismo tiempo, lo estuvo estimulando vía una política de agresiva reactivación, apoyada por el PAIT, y los subsidios que estimularon la mayor actividad en el campo.

Si miramos hacia adelante surge una preocupación. ¿Se mantendrán altos los precios agrícolas? ¿O se regresará a la tendencia histórica antiagraria? En particular, dos factores crean duda. Uno es favorable en sí mismo –la excelente cosecha que se espera este año–. ¿Hará bajar los precios? De esta manera, el campo podría perder más de lo ganado a través de la mayor producción.

El segundo factor es la posibilidad de una crisis que frene la reactivación, crisis que podría surgir por una falta de divisas o por un descontrol de la inflación. Vivimos una etapa peligrosa –hace varios meses que las reservas internacionales vienen cayendo a un ritmo no sostenible por mucho tiempo–, y el déficit fiscal está creando un fuerte aumento en la emisión monetaria. Una crisis haría difícil mantener la reactivación, e incluso podría dar lugar a una nueva recesión, como ha sido el caso en tantas ocasiones anteriores.

Las mayores víctimas de una crisis serían el trabajador del campo y el trabajador pobre de la ciudad. La fórmula que ha dado un resultado tan extraordinario a favor de ellos entraría en marcha atrás. La reacción en cadena funcionaría al revés.

No sólo es importante mantener la reactivación global y los programas dirigidos hacia el empleo masivo y el fomento de la actividad del campo. El milagro logrado también puede protegerse dirigiendo más y más el consumo de alimentos hacia los productos nacionales.

Como hemos visto, el efecto de una mayor demanda para lo que produce nuestro campo tendría un efecto multiplicador a favor de los de abajo. Y lo que se ha logrado en un año podría quedar como un cambio histórico, y no un vaivén más de un país poco estable.

Caretas, 26 de enero de 1987

¿DESAFINADOS?

Hace meses que la orquesta viene tocando un vals, pero seguimos bailando salsa.

Parece que en economía somos unos desafinados. Ya antes lo demostramos cuando en 1983 hubo cambio de música. Esa vez, con las lluvias y la crisis mundial el ritmo se volvió tropical. Pero en vez de acelerar el paso y empezar a tirar cintura, como exigía la música, seguimos dos años y medio bailando al compás medido de un minué clásico. El resultado fue poco elegante.

Nos sincronizamos por fin en agosto de 1985. Por espacio de 12, quizás 18 meses, bailamos con la energía y la heterodoxia que imprime una música salsa. Pero la música ha variado nuevamente y, una vez más, no estamos escuchando.

El recurso más escaso de todos es el orden. Nadie levanta su casa en medio de un temblor. De allí la importancia de una rápida sincronización. Puede ser que el ritmo del 87 sea convencional y aburrido después de la salsa del 86, pero esa es la música que está tocando la orquesta ahora.

Un Año Diferente

Una forma de percibir cuán diferente es la cadencia de este año, es a través de las siguientes comparaciones.

	Porcentajes de aumento (*)	
	1986 (cifra oficial)	1987 (proyec. optimista)
PBI	18	4
Ingresos de asalariados	24	4
Informales	30	5
Agricultores	30	5
Inflación	63	100

(*) De diciembre a diciembre

De estas cifras se desprende que 1987 no será un mal año, al menos en esta versión optimista (del autor). El problema es que 1986 fue fenomenal. La frustración puede ser grande cuando se descubre que en 1987 hemos vuelto a la normalidad, y que un magro 4% de mejora salarial en el año es todo lo que nos espera. La sensación de defraudación será mayor, porque se ha creado la impresión de que bastó un poco de muñeca del Gobierno (y una jugada de taquito antiimperialista) para lograr el salto hacia la buena vida que nos dimos en 1986.

¿Por qué no podemos repetir el plato? ¿Y por qué sufriremos más inflación, si la política es la misma?

La razón es que durante 1986 el viaje fue gratis. Cuando empezó el año, gran parte del país estaba parado. Había costosas fábricas que sólo operaban unas horas al día y cientos de miles de obreros sentados en sus casas, todos esperando que se les pusiera a trabajar.

Era como encontrar un carro abandonado, con el tanque lleno y la llave puesta. Bastó maniobrar esa llave y pisar el acelerador. Sin costo inmediato se logró el gran salto registrado el año 1986, salto que en realidad únicamente representa el regreso de la economía a los niveles que gozaba antes del desconcierto y la paralización que empezaron en 1983. Pero no por eso fue un crecimiento artificial. Hubo un sólido y genuino aumento

general de la producción nacional. La clave y el mérito estuvieron en haber entendido la música.

Pero el viaje de balde se acabó. Puede discutirse la fecha exacta en que terminó, pero no cabe duda de que a estas alturas de 1987 estamos de nuevo en el mundo normal y penoso de la economía, donde todo avance es cuesta arriba. De ahora en adelante, el viaje se paga.

La prueba es que hace varios meses está aplicándose la misma receta que dio tanto éxito en el 86, y la economía no avanza más. La producción en abril, tanto la del sector industrial como la de la actividad económica en su conjunto, sigue en los mismos niveles que a fines de 1986. Los ingresos siguen la misma tónica: a pesar de los aumentos oficiales y de las negociaciones colectivas, desde fines del año pasado la mayoría de los sueldos y salarios empiezan a perder terreno en la batalla contra la inflación.

En vez de mayor producción, la receta ahora genera más inflación: de enero a mayo se registra una tasa anual de un poco más de 100%, a pesar de los controles. Además, la combinación de embalse y creciente déficit fiscal hace pensar que ese 100% no es la última palabra.

¿Cómo Sincronizar?

Los pasos del 86 no entonan con la música del 87. En el 86, brazos, máquinas y divisas, todos los ingredientes para producir más, estaban bobos. En el 87 esos recursos empiezan a escasear. Por otro lado, la gestión del productor, al menos de los que insisten en la legalidad, se ha vuelto más difícil porque hay más controles y más burocracia. Ya no basta pisar el acelerador y aplicar la fórmula del 86.

En el 87, producir más significa crear más ingredientes para la producción y administrar mejor.

Uno de los recursos cuya escasez impide producir más son las divisas. En realidad, el Banco Central tiene una buena cantidad de reservas, 2,000 millones de dólares, pero lo que entra cada mes no cubre todas las necesidades del Gobierno y del público. Para no “quemar” esas reservas,

tendremos que exportar más y aprender a vivir usando menos divisas. Sin embargo, una de las bases del esquema del 86 fue el dólar barato. Esa política ayudó a bajar la inflación y favoreció a algunos productores, pero está en total contradicción con la actual necesidad de incentivar el esfuerzo exportador, y de acostumbrar al público y a las fábricas a usar lo nacional, en vez de lo importado. Sin embargo, seguimos insistiendo con ese esquema: en los últimos seis meses el dólar que recibe el exportador no tradicional ha subido en sólo 22%, mientras sus costos han subido el doble, y el dólar para el importador se ha abaratado en 20% comparado con el costo de vida.

Otro de los recursos escasos es el crédito y aquí también choca el ritmo del 86 con lo que el país ahora necesita. El crédito barato ayudó a bajar la temperatura de la economía, pero no fomenta el hábito del ahorro en intis.

¿Cuántos seguirán poniendo su plata en los bancos para recibir un interés del 40 o 50%, cuando la inflación y el dólar están subiendo a 100% al año? A los grandes empresarios no les preocupa esta posibilidad, porque para ellos siempre habrá crédito bancario, pero un 70% de los empresarios peruanos no goza de ese privilegio. ¿De dónde saldrán los ahorros que necesitan los pequeños productores?

El Comercio, 18 de junio de 1987

LETRAS VENCIDAS

No es fácil hacer un balance del programa económico de los dos últimos años. El programa económico es como una compra a plazos: los beneficios se consiguieron de inmediato; el costo se irá pagando en el futuro.

Los beneficios están a la vista y han sido reconocidos por casi todo comentarista. Lo central ha sido una extraordinaria recuperación de la producción y una reducción parcial de la inflación.

Los elementos que más han contribuido a esos resultados fueron tres. Uno fue el dramático refuerzo de la situación de las divisas mediante medidas de excepcional energía, como la reducción en el pago de la deuda externa, la limitación de las remesas por empresas extranjeras, la conversión de los certificados bancarios de moneda extranjera y, más recientemente, las licencias de importación.

Un segundo elemento fue el aumento de la demanda. Se elevaron tanto el poder de compra como la voluntad de compra del público, y se aumentó, más moderadamente, la demanda del sector público.

El tercer elemento fue la congelación de precios, medida que afectó, sobre todo, a costos claves como son el tipo de cambio, la energía y el crédito.

Esta combinación de medidas tuvo un efecto inesperadamente favorable sobre la distribución de ingresos: los ingresos aumentaron fuertemente para todos, pero más para los de abajo, en especial en el campo.

Las primeras letras de este programa han vencido antes de completarse los dos años. Las medidas que reforzaron las divisas durante ese período empiezan a afectar la producción e inversión al reducir el financiamiento externo de proyectos, incluyendo la inversión petrolera, y alentar la fuga de los ahorros.

El aumento de la demanda ya presiona sobre los precios, como es evidente en la mayor fuerza de la inflación desde inicios de este año, sobre todo en los sectores agrícola y de servicios que son los menos afectados por las presiones de costos “desembalsados” en ese período.

La congelación de algunos precios también está afectando la producción e inversión, incluyendo la inversión en sectores estratégicos, tales como la energía eléctrica y el petróleo.

Hay un curioso contraste entre la energía inicial del programa y la falta de decisión actual para cerrar esa etapa, y salirle al paso a los crecientes problemas de producción e inflación.

Sí, 27 de julio de 1987



INFLACIÓN, RESERVAS Y AHORRO

OTRA CHELA

En una fiesta, el número de cervezas debe estar en relación con el número de invitados.

Igual sucede con el dinero. El dinero es para comprar cosas. El número de billetes que tiene el público debe estar en relación con lo que hay en las tiendas para comprar.

Si el anfitrión se excede con las cervezas, corre el riesgo de una borrachera. Si el Gobierno se excede con los billetes, la “borrachera” es una inflación.

Usted acaba de aprender la teoría “monetarista” de la inflación: cuando de billetes se trata, hay que guardar las proporciones.

Pero hay una teoría nueva. Se argumenta que la cerveza tonifica, tiene vitaminas y calorías. Y sin calorías y vitaminas no funciona el hombre. “Mozo, otra chela por favor”.

Con los billetes es igual, dicen los nuevos teóricos. Por que los billetes, cuando salen de los bancos, salen en la forma de préstamos. Y a más crédito, más producción. Entonces, “¿qué pasa, Leonel (*), estás en contra de la reactivación?”.

Dos teorías. ¿Cuál seguir? Imagínese usted en el directorio del Banco Central. El secretario lee la agenda: “Primer punto: decidir la cantidad de billetes para 1987”.

* *Leonel Figueroa, presidente del Banco Central de Reserva.*

Seamos optimistas y digamos que la producción crecerá este año en 8%. El sentido común nos dice entonces que se necesitará 8% más de crédito para producir, y 8% más de billetes para comprar.

No tiene que ser un 8% exacto. “Lo normal son dos botellas por persona, pero esta noche hay un buen plato de arroz con pollo. Creo que va a necesitar una media botella más cada uno”. El técnico monetario también tiene sus refinamientos. “El público cada día usa más tarjetas de crédito, y ya no necesita tantos billetes”. O, “el Banco Latino está haciendo estragos detrás del Mercado Central -todos los ambulantes ahora quieren chequeras en vez de billetes”.

Luego vienen los refinamientos del político: “Señores directores, no olviden que éste es el año de la inversión. De ninguna manera puede faltar el crédito; mejor pecar con un poquito de inflación que frenar la reactivación”.

Con todos estos elementos, usted decidirá: si se trata de guardar proporciones y no contribuir a la inflación, la decisión será 8%, un poco más, un poco menos.

¿Cómo se crean esos billetes? En su mayor parte el padre de la criatura es el crédito del BCR. Porque el Banco Central, el único banco que no tiene dinero para prestar, debe mandar a hacer más billetes cada vez que da un préstamo. Funciona así: el BCR otorga un crédito; pone un pedido a la fábrica de billetes (“20 kilos de a 100 y 10 de a 500 intis”); llegan los billetes; y el banco se los entrega al prestatario.

Entonces, si el directorio ha decidido aumentar el número de billetes en 8% este año, podrá aprobar un 8% más de créditos. Pero, si vemos la estadística de los últimos meses, descubrimos que el crédito del BCR viene creciendo, no en 8% al año, sino en 8% mensual. Si continúa así, llegaría a 200% en el año.

¿Por qué entonces la inflación no se ha ido por las nubes? ¿No funciona aquí la teoría de las proporciones? ¿Es cierto lo que dice la nueva teoría, que los billetes son como vitaminas: a más dinero y más crédito, más producción?

Depende. Si se gastan esos billetes en comprar productos nacionales, sobrarán, porque no hay forma de producir 200% más en un año. Eso sería tan inútil como tomarse todas las cápsulas de vitaminas de una sola vez. Pero si se gasta en productos importados o en viajar al exterior, los billetes volverán derecho al Banco Central para comprar los dólares necesarios. Así, los billetes nuevos que salen con cada préstamo del BCR regresan con cada dólar que el público le compra al banco.

Es como si se estuviera llenando la tina con una poderosa manguera, pero sin poner el tapón. De allí que los recientes créditos del Banco Central no han llevado la inflación por las nubes.

Veamos las cifras. Desde fin de setiembre último, el Banco Central de la Reserva prestó 9,400 millones de intis (*). Si todo ese dinero se hubiera gastado en el país, hubiera faltado de todo, y la inflación hubiera sido más alta. Pero 5,900 millones de intis regresaron al banco para comprar dólares. La diferencia, 3,500 millones de intis, fue lo que quedó en manos del público. Es bastante dinero, pero no una cantidad explosiva.

¿Podemos despreocuparnos? ¿Qué el BCR siga prestando nomás? Con esos préstamos el Gobierno está pagando más sueldos, haciendo más obra, dando más subsidios y más crédito barato a los agricultores. De cada cuatro intis que el Gobierno gastó durante los últimos meses, tres se pagaron en impuestos y uno con plata del BCR. Y todo eso se logró sin descontrolar la inflación.

Lamentablemente, el sistema tiene un bemo. El día que el banco diga “no podemos sacrificar más las reservas internacionales” o el día que simplemente se le acaben los dólares, deja de funcionar el sistema. Y será como ponerle tapón a la tina.

Felizmente, todavía le quedan buenas reservas al BCR. Y, con las recientes medidas de restricción de divisas, el Gobierno está diciendo que llegó el momento de adaptarnos para vivir con menos dólares.

* En julio de 1991 se realizó la conversión de intis a nuevos soles. 1 nuevo sol equivale a 1 millón de intis.

Eso significa que ahora debemos escoger: o vivimos también con menos préstamos del BCR o con una sobredosis de “vitaminas”, es decir, 200% de más billetes en un solo año.

¿Quién llevará la parte más difícil en esa adaptación, cuando el BCR se vea obligado a repartir menos? ¿El Gobierno cortará sus gastos drásticamente? ¿O le trasladará el problema al sector privado mediante más impuestos? ¿Y serán impuestos sobre las empresas, cortándoles capacidad de inversión? ¿O impuestos sobre las ventas, encareciéndonos la vida a todos?

Cada opción es dolorosa, pero quedándonos sentados corremos el riesgo de que nos suceda lo que acaba de acontecer en Brasil. El Plan Cruzado explotó como el Challenger: la inflación subió de casi cero a más de 300% en meses, y las tasas de interés ascendieron a 900%.

Brasil también demuestra que no podemos confiarnos en los controles de precios. Los controles se justifican en una emergencia. Son tan necesarios, a veces, como enyesar a un accidentado. Pero, ¿vivir enyesado? El arte del médico es saber cuándo quitar el yeso y dejar que el paciente camine solo.

Caretas, 2 de marzo de 1987

LA NUEVA ORIENTACIÓN

El plan económico parece haberse metido en un callejón sin salida. El avance se presenta bloqueado en todos los frentes: la reactivación fue impresionante hasta fines de 1986, pero la producción casi no aumenta desde diciembre; la inflación bajó pero ahora está de subida; las reservas de divisas –al revés– subieron y ahora bajan; la inversión sigue menor que durante la crisis del 83; y la sustancial redistribución del ingreso del 86 está amenazada de retroceso por una inflación que empieza a ganar a los reajustes.

Pero, en una esquina del callejón hay una puerta. Arriba se lee: “Bóveda del Banco Central de Reserva”. ¿Es una salida?

Hay quienes creen que sí.

La reactivación podría continuar, dicen, si dejáramos de obstaculizar la importación de repuestos e insumos con las licencias y las cuotas de divisas. Y si no restringiéramos la importación de maquinarias y equipos. Y la inflación sería menor si importáramos todo lo que escasea, y si el Banco Central fuera menos restrictivo con los dólares.

Sostienen, además, que cuando el BCR cierra sus puertas, obliga a que la gente recurra a Ocoña y, lógico, se dispara el precio de ese dólar, avivando la inflación. Cuando abre sus puertas y vende divisas, no sólo se controla Ocoña, sino que se consigue un efecto monetario favorable que ayuda a frenar la inflación: los intis emitidos para financiar el déficit fiscal regresan al banco para la compra de divisas, neutralizando así el efecto inflacionario de ese déficit. Se pierde reservas, pero se evita más inflación. Y con menos inflación se aleja el peligro de un nuevo empobrecimiento de los grupos marginados.

Finalmente, arguyen, es necesario tiempo para que se prenda la chispa de la inversión y empiece a surtir efecto, aumentando las exportaciones y reduciendo la necesidad de productos importados, y las reservas del BCR pueden darnos ese tiempo.

Entonces, el camino pasa por la puerta de la bóveda del Banco Central.

Todo general, cuando entra a una batalla, lleva batallones de reserva. Y no sólo con fines decorativos. Las reservas son para usarse en algún momento crítico. Sería absurdo perder la guerra con las reservas intactas. Por el contrario, el error de un general novato, o sin temple, sería “quemar” sus reservas ante el primer momento difícil.

Pero su mayor error sería no entender que las reservas pesan en una batalla, y contribuyen quizás decisivamente a su resultado, aun cuando no sean usadas. Su mera existencia limita la acción del adversario, y da confianza y, así, fuerza al ejército propio.

Antes de usar las reservas para sortear un momento difícil, el general hace un cálculo: Si no las uso ahora, ¿me hundo? o ¿quizás sólo pierdo algo de terreno? ¿Qué vendrá después de esta crisis? ¿Cuánto me debilita para las próximas batallas gastar mis reservas ahora?

Midiendo Fuerzas...

¿Cuántas reservas de divisas tenemos? Según el último boletín del Banco Central, al 12 de junio contamos con 716 millones de dólares en oro y plata, 928 millones de dólares en efectivo depositados en el extranjero, 183 millones de dólares en otros activos tales como bonos y pagarés de otros bancos, y dineros que nos deben otros países por exportaciones recientes. Total, 1,800 millones de dólares.

Pero ojo. Esas reservas no están ociosas –trabajan por el país, ganando intereses y, más importante, actuando de respaldo para los créditos que seguimos recibiendo del exterior, *a pesar de no estar cumpliendo con el pago de la deuda*. El día que desaparezca la ganancia que ofrecen nuestras reservas, perderemos 200 millones de dólares o más de los créditos que hoy financian nuestro comercio exterior.

Por lo tanto, nuestras reservas “netas” y disponibles son del orden de 1,600 millones de dólares. En comparación con el tamaño de la economía o con lo que tienen otros países, el nivel es bueno. Pero en relación con las dificultades que deberemos sortear en los próximos años, el nivel es ajustado.

Lo Que se Viene...

Un costo de nuestra política de deuda externa es que, en el futuro, deberemos guardar más reservas de lo que ha sido normal en años anteriores. La razón es que ya no podremos acudir a los bancos extranjeros para ayudarnos en una crisis futura. Si sufriéramos una pérdida imprevista de exportaciones o una repentina necesidad de importar, el único recurso serían nuestras reservas.

Y, si miramos para adelante, vemos que el difícil momento actual no es una excepción. Hasta donde se percibe, la perspectiva es de una insuficiencia de exportaciones para financiar todo el equipo, los repuestos y los materiales necesarios para una economía que avanza. Y la escasez será mayor si pretendemos una economía boyante.

De otro lado, el alivio que ahora nos darían las reservas sólo postergaría el dolor inevitable de aprender a vivir con menos divisas. En gran medida, el plan económico está bloqueado porque ha venido eludiendo ese aprendizaje: hablamos de “vivir de lo nuestro”, pero llegado el momento decimos “mañana”.

Tampoco se logrará prender la chispa de la inversión con base en el consumo de las reservas. En un avión al que se le está acabando el combustible, y en el que los pasajeros van viendo el descenso de la aguja del medidor, el piloto no va a inspirar confianza anunciando tranquilamente que “hasta aquí bien” y que el vuelo está batiendo un récord de velocidad. El pasajero sabe que el resto del viaje será por tierra.

Puerta Falsa

El Banco Central está sufriendo una crítica por haber vendido divisas en un intento por controlar el mercado de Ocoña, o sea el mercado libre. Cualquier evaluación de esa política debe considerar que el banco antes había extraído de ese mercado varios cientos de millones de dólares.

Más importante es no distraerse del problema de fondo –la falta de divisas y la necesidad de las medidas de defensa de las reservas que ha venido imponiendo el Banco Central–. Lo peor sería gastar las reservas y seguir estimulando el apetito de dólares y desalentando al exportador con tipos de cambio que suben menos que los costos.

Para recuperar el camino, la entrada a la bóveda del Banco Central es una puerta falsa. La única salida permanente del callejón consiste en dar marcha atrás, al menos en algunos de los pasos seguidos hasta el momento.

Caretas, 22 de junio de 1987

¡REBELIÓN!

En el Perú sí que somos originales: el que ahorra 100 recibe 50 cuando retira sus depósitos.

Sin embargo, en la economía como en la política, cuando son tomadas medidas “a la mala” la gente termina rebelándose.

Abuso

Lo normal es premiar el ahorro, recompensar el sacrificio y la disciplina que significa ajustarse el cinturón mientras otros se dan la buena vida.

En países menos heterodoxos (verbigracia: el resto del mundo) el que ahorra 100, retira después de un año 105 o 110. Ese 5 o 10 son sus intereses. Y si hay inflación, los intereses son mayores, lo suficiente para que el ahorrista no pierda si, al retirar su dinero, los precios de las cosas han subido.

Y esto no sólo por razones de justicia sino porque en los bancos el ahorro se convierte en crédito, y con ese crédito un país construye, se equipa y crece.

¿Cuál ha sido el premio al ahorrista nacional? El que puso 100 intis en una cuenta de ahorros hace dos años, hoy puede retirar 145 intis gracias a los intereses que han sido abonados a su cuenta. Pero con 145 intis compra hoy sólo la mitad de lo que pudo comprar entonces. En apenas dos años el ahorrista nacional ha perdido el 50% del valor de su ahorro.

Y esto no es historia nueva. Hace más de 13 años que ahorrar soles o intis en un banco, mutual o cooperativa es un mal negocio. El que puso 100 soles en una cuenta de ahorros en el año 1974 hoy tiene un capital que sólo vale 12 soles, si se toma en cuenta la subida de los precios. La suma de todo lo perdido por los ahorristas nacionales en ese período equivale a casi un tercio del ingreso nacional de 1985.

Rebelión

Lo que sí es nuevo, es lo excesivo del abuso. Nunca antes el ahorrista perdió lo que, de mantenerse la política actual, perderá este año.

A pesar de todo, quizás no hubiera pasado nada si no se hubiera añadido la gota final –la anunciada reducción de las tasas de interés–. Cualquier empleador sabe que una cosa es no subirle el sueldo al empleado cuando sube el costo de vida; eso, a veces, se soporta. Otra cosa es bajarle el sueldo, y justo cuando la inflación está poniéndose peor. Eso es precisamente lo que acaba de sucederle al ahorrista.

Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando fue partida Europa en dos y el comunismo se impuso en la mitad oriental, ocurrió una migración masiva de Este a Oeste. Y en la ciudad de Berlín, millones de personas cruzaron del lado oriental al occidental, buscando la libertad. De allí la frase “votar con los pies”.

En las últimas semanas, el ahorrista nacional ha votado con los pies. Ha caminado a su banco, retirado su dinero y corrido hasta el jirón Ocoña, o cualquier casa de cambio, para convertir sus intis en dólares.

Aprovechamiento

¿Lo que pierde el ahorrista se esfuma? ¿Por qué tanto abuso?

Hay algo de ignorancia y mucho de aprovechamiento.

Pocos saben, por ejemplo, que hay casi 7 millones de libretas de ahorro en el Perú, según la Superintendencia de Bancos. Y otro millón y medio de asociados de mutuales, además de los que tienen sus cuentas en las financieras y cooperativas de crédito. En total, hay más cuentas y libretas de ahorro que jefes de familia en el país.

El pobre sí ahorra, quizás porque, a diferencia del rico o el de clase media, no puede acudir a un préstamo bancario en un momento difícil, y porque el ahorro y la capitalización es su camino para salir de la pobreza.

También pasa inadvertido para muchos que sin ahorro no hay crédito. El intí que presta un banco es un intí que algún ahorrista ha depositado allí.

La rebelión de los ahorristas se ha tornado dramática en estos días, pero data desde el inicio del maltrato. Hace una década que cada año hay menos ahorro y menos crédito. En el año 1973, los préstamos en soles a la actividad productiva representaban un 21% del producto nacional. El año pasado llegaron a sólo 12%.

Es cierto que existe un importante ahorro de las empresas cuando reinvierten sus utilidades. Pero, ¿de dónde invierte el que no es poderoso, el que quiere iniciarse como empresario? ¿Cómo se va a democratizar la propiedad si sólo invierte el que ya tiene? ¿Es casualidad que en países más dinámicos, como Colombia, Chile, Brasil y Corea del Sur, el crédito a la actividad productiva sea el doble del nuestro como proporción del producto nacional?

Pero no todo es ignorancia. Lo que pierde el ahorrista no se esfuma; termina en manos del que consigue un crédito bancario. Lo que uno pierde, otro lo gana. Contablemente, es cara y sello de la misma moneda.

No es tan difícil, por lo tanto, entender el porqué se abusa del ahorrista. En el Perú, ¿quiénes son los que gozan de créditos bancarios? O quizás habría que preguntar entre los que tienen algún grado de poder político o económico, ¿quién no ha recibido un préstamo?

¿Cómo recuperar a nuestro ahorrista? ¿Cómo lograr que ahorre en intis y no se dolarice la economía? Podrán ingenjarse múltiples esquemas, pero ninguno funcionará si no se encarece el crédito. El Estado puede subsidiar al ahorrista hasta cierto punto, pero la caja fiscal tiene sus límites. El problema es demasiado grande para una solución basada en los subsidios, sobre todo cuando el Gobierno insiste en solucionar tantos otros problemas de esa forma.

Al final, la única manera de terminar con la rebelión del ahorrista es cobrando intereses mayores a los prestatarios que usufructúan de esos aho-

ros y pagándoselos a los que tienen la heroica y valiosa paciencia de poner su plata en el chanchito.

Caretas, 20 de julio de 1987



EL INTENTO DE ESTATIZACIÓN DE LA BANCA

¿Y AHORA EN QUÉ VIAJAMOS?

Allí estábamos, en una carcocha parada en el camino. Y cuán agradecidos, entonces, al joven chofer que con esfuerzo e ingenio nos puso a caminar de nuevo.

Pero, el motor empezó a fallar otra vez, como de costumbre. No preocuparse: tenemos un chofer que saca soluciones de la manga.

¡Dios mío! ¿Pero de dónde sacó esa hacha? ¡Cataplum! ¿Pero qué hace? Ha despachurrado el motor (y un par de pasajeros) de un hachazo. ¡Señor chofer, si usted mismo ayudó a armar ese motor!

¿Y ahora en qué viajamos?

Carro Parado

La versión oficial es que en 1987 la economía sigue creciendo. Ya no es cierto. El índice de producción nacional aumentó en un dramático 17% de diciembre 1985 a diciembre 1986, pero allí se quedó.

Indice del PBI
(1975=100)

Dic. 1985	102
Jun. 1986	110
Dic. 1986	119
Jun. 1987	115

Hace seis meses que, nuevamente, la carcocha está parada, y todo indica que la producción ha llegado a un tope.

A las fábricas no les falta pedidos. No pueden cumplir, a veces porque las máquinas no dan más; con mayor frecuencia porque no se consiguen los repuestos, los materiales, las divisas, los técnicos o los benditos permisos para producir más. Y, en algunos casos, no producen más porque, con los actuales controles de precios, terminarían vendiendo a pérdida.

Hay un creciente desabastecimiento. En lenguaje técnico, hay más demanda que oferta. Los encuestadores encargados de medir el costo de vida están frustrados: un porcentaje inusitado de los ítems cuyos precios tienen que verificar no se encuentran en los mercados o en las tiendas.

El campo, el mar y las minas están produciendo hasta donde los recursos lo permiten.

En el mismo sector informal escasea el principal instrumento de la producción: la mano de obra, lo que explica el continuo aumento de los salarios e ingresos en ese sector.

Si no queremos quedarnos en el camino, sólo queda invertir.

¿Año de la inversión?

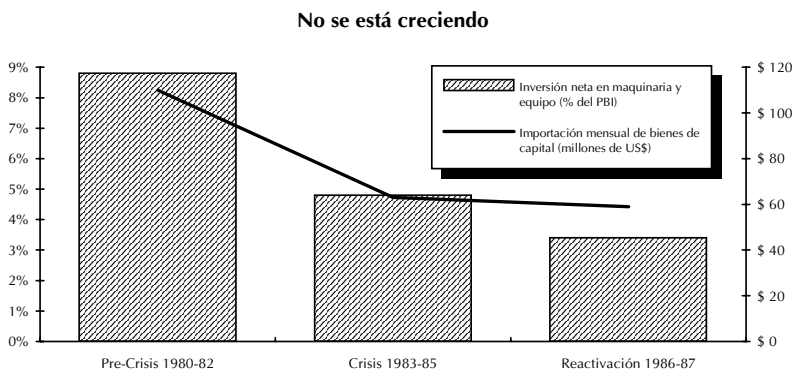
Muy acertada, entonces, la idea del Gobierno de designar éste como el “Año de la inversión”. ¿Se está logrando?

“La inversión va bien –nos dijo el ministro de Economía días antes del 28–: aumentó en 20%”. La verdad completa es menos halagüeña. Hay dos tipos de inversión: la construcción y la compra de maquinarias y equipos. La construcción va bien; su ritmo actual se acerca al récord histórico alcanzado por el presidente Belaunde en los años 1981-82.

Pero la compra de maquinarias y equipo tiende a la inversa: si continúa la tendencia de los últimos meses, este año se registrará uno de los niveles más bajos en varias décadas, del orden apenas de un 6% del producto nacional.

Los datos del cuadro son indicativos de la tendencia actual.

Para comparar, la inversión en maquinaria y equipo fue casi el doble en los años 1980-82, y también en la década más dinámica de los 50.



La insuficiencia de la inversión se aprecia más claramente, si se considera la inversión neta, o sea, descontando el desgaste o depreciación que sufre todo equipo con el tiempo. La inversión neta en maquinarias y equipo alcanzaría sólo un 3.4% del producto nacional este año, la mitad del nivel promedio existente desde el año 1950.

La inversión productiva en nuevas fábricas, minas, explotación petrolera y reequipamiento pesquero –imprescindible para no caer en una nueva recesión–, no se ha venido dando.

Y todo esto, antes del hachazo.

El Último Modelo

Era una carcocha, y estábamos haciendo poco para mantenerla en marcha, pero al menos era un carro. Después del hachazo, ¿cómo vamos a movilizarnos? ¿Qué último modelo nos va a traer el chofer?

Además de ingenioso, el chofer es juguetón y le gusta jugar a las adivinanzas. ¿Qué pistas nos dio?

- No somos estadistas ni burocratizantes-, llegó a decir. Tampoco -podemos deducir- nos vamos a movilizar con base en la empresa privada.

- Ya sé. ¡Un modelo pluralista! –grita un pasajero que recuerda los días de “ni capitalismo ni comunismo”.

- Calla, zonzo –grita otro-. Si eso es precisamente lo que era nuestra banca: siete partes estatal y tres privada.

- Quizás es un modelo chicha –dice un gracioso.

- Así no van a dar nunca –dice uno con cara de estudioso-. Hay que analizar. Primero, ¿cuál va a ser el combustible? o sea, ¿de dónde saldrá el ahorro? Después hay que ver quién gasta esa plata y en qué.

- Veamos. El combustible del nuevo modelo debe ser el ahorro financiero, o sea el que se hace en los bancos. Sino, ¿para qué se nacionalizan los bancos?

- Además es lógico –continúa-. El ahorro extranjero está eliminado. El Gobierno no ahorra hace varias décadas, y menos éste. Y el hachazo tiene que haber sido, precisamente, para que las empresas dejen de reinvertir. Por deducción, entonces, el nuevo combustible tiene que ser el ahorro que deposita el público en los bancos.

- Te equivocas –dice otro-. Yo escuché al chofer decir que ese tipo de ahorro es estéril. Además, ¿cómo explicar que pague tan pocos intereses a

los ahorristas? ¿Y que haya prohibido el ahorro en dólares, cuando ésa es la receta segura para abrir el apetito de la gente para que compre dólares en vez de ahorrar en intis?

- Bueno. Me rindo. Pasemos a la segunda pregunta. ¿Quién será el inversionista en el nuevo modelo?

Yo me apunto –dijeron al unísono los pasajeros–, con tal que no sea de mi plata. Así continuaron también al perfecto unísono y poniéndose de acuerdo por primera y única vez en todo el viaje.

Caretas, 3 de agosto de 1987

¿Y QUIÉN SOSTIENE LA ESCALERA?

Definitivamente somos unos “contreras”. Antes del discurso, cuando la desconfianza hizo volar Ocoña, el ministro Larco Cox (*) dijo: “Ello sólo es fruto de la falta de entendimiento”. El público no confiaba, decía el ministro, porque no entendía al Gobierno.

Después del discurso, desconfiamos porque sí sabemos adónde nos lleva el Gobierno.

Seremos libres, dice el Gobierno, cuando eliminemos al poder financiero, “el mayor obstáculo” para la democracia y mejora económica.

Vencidos la corona española, la Standard Oil, los terratenientes y los bancos extranjeros, llegó la hora de completar nuestra emancipación y librarnos del yugo del Banco Regional del Norte, del Banco del Sur y del salsero Banco Latino.

* *Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Presidencia entre junio de 1987 y mayo de 1988. También desempeño el cargo de Canciller de la República entre el 1 de marzo de 1989 y 28 de julio de 1990.*

¿Cuán importante es ese poder financiero? ¿A cuánto asciende el crédito monopolizado por los bancos y que, mediante la estatización, sería liberado y democratizado?

Poco más del 1% del producto nacional.

Según datos del Banco Central de Reserva, el crédito de la banca privada (incluyendo financieras) al sector privado fue de 21 mil millones de intis a fin de junio último. El producto nacional este año, con la ayuda de dos gotas de reactivación y ocho litros de inflación, llegará a 712 mil millones. La torta que, en teoría, se podría repartir representa, por lo tanto, un 2.9% del producto.

Pero cerca de un cuarto de ese monto ya está “democratizado”, mediante créditos otorgados en provincias, los préstamos chicha del Banco de Crédito, préstamos a la agricultura y múltiples créditos a pequeños empresarios del sector informal.

Y, de lo restante, que si está prestado a la gran empresa, difícilmente se puede democratizar más de la mitad, porque mucho está prestado a actividades de alta prioridad, como son las exportaciones no tradicionales, las fábricas de medicamentos y de alimentos básicos, de ropa y útiles escolares.

Con lo que queda –8 mil millones de intis– el Gobierno pretende “abrir el crédito a todos”. Nos tocará 400 intis a cada uno.

Con estos 400 intis a cada uno, nos dice el Gobierno, se logrará la verdadera independencia de los peruanos, despegará la inversión, y empezará el nuevo Perú.

¿Alguna vez antes se ha distribuido tanto crédito? Sí. Durante 1986 se aumentó el crédito a la agricultura en un monto equivalente a 16 mil millones a los precios de hoy, o sea 2% del producto nacional. Es decir, el doble de los recursos que rendirá la revolución financiera propuesta.

¿Resultados? El incremento de la producción agrícola este año podrá llegar a 2 mil o 3 mil millones de intis, o sea una fracción de lo invertido. Lo

peor es que tres de cada cuatro agricultores no recibieron un céntimo de esa repartición.

Sin embargo, esta vez, con el 1%, se “abrirá el crédito a todos los agentes económicos” y a “todo el país”.

Hay un argumento adicional contra los bancos: amén de poderosos, se dice, no producen nada. Sólo reciben y entregan plata y se quedan con una tajada.

Es curioso que ningún otro país del mundo se ha percatado de esa inutilidad. Y que sólo los bancos privados (y nacionales) sean inútiles.

Finalmente, se arguye, los bancos (privados) vienen obstaculizando la inversión ¿Y la viga en el ojo propio?

El Estado es el principal responsable de la falta de inversión. Primero, porque desalentando el ahorro, ha destruido parte de la capacidad crediticia del país. El crédito total a la actividad productiva, hace cinco años, alcanzó un 15% del producto nacional, hace dos años un 13%, hoy es sólo 11%.

De seguir las políticas actuales, es probable que en los próximos doce meses se destruya el crédito por un monto mayor al 1% del PBI, o sea, que es lo que se pretende redistribuir.

Además, el Estado ha destruido su propia capacidad de ahorro. Este llegó a 3.9% del PBI en 1985, se redujo a 0.2% en 1986, y ha pasado al rojo en 1987. Y como además, ya no puede financiarse afuera, termina acaparando una proporción cada vez mayor de los ahorros del resto del país.

En 1985 no usó crédito del sistema financiero nacional. En 1986 absorbió el 24% de ese crédito. Desde marzo de este año, con el colapso de las finanzas públicas, el Estado viene consumiendo el 60% del ahorro financiero.

Pero la parte gruesa de esa viga es la destrucción de la confianza.

Levantar la economía de un país es como el trabajo que hacen dos obreros cuando construyen, uno de ellos sujeta la escalera; otro trepa con

sus herramientas. El que se arriesga arriba es el empresario. El que debe asegurar la estabilidad de la escalera es el Gobierno.

¿Es culpa de los bancos que, hace ya buenos años, el empresario sea más y más renuente a subir? El Gobierno creyó que colgando unos billetes del peldaño más alto lograría que el empresario suba. Pero el problema no es éste. El problema es que también, desde hace muchos años, los gobiernos no hacen su trabajo, estabilizarle el piso a los millones de peruanos, campesinos, ambulantes y banqueros, que están jugando sus ahorros y sus personas para hacer empresa, la mayoría de ellos creyendo que, de esa manera, ponen un grano de arena para levantar a su país.

El Comercio, 6 de agosto de 1987

FALTA DE CONFIANZA (ENTREVISTA)

¿Cuál es su opinión sobre el proyecto del Gobierno para estatizar la banca?

- El Gobierno está cometiendo un error. Creo que la estatización no le dará ninguna ventaja en cuanto a articular mejor los recursos del país.

La medida va a ser costosa en términos de la desconfianza que está generando y en términos de la probable menor eficiencia de la actividad financiera. Creo que el balance será negativo.

En el campo financiero ¿la confianza es medible?

- No hay medidas claras para la confianza. A veces hay indicadores: el movimiento del precio del dólar libre, el nivel de la inversión... pueden ser los indicadores más importantes.

Si hubiera bastante confianza en el país, estaríamos viendo el doble de la inversión.

Desde el punto de vista de los usuarios del crédito, ¿cuál es el

mayor peligro de la estatización?

- Yo diría que es el problema de la falta de opciones y de la sujeción que eso implica para el usuario a decisiones, preferencias o simplemente prejuicios que podrían ser de tipo puramente políticos o burocráticos.

¿Cree usted que el poder financiero se ha dejado sentir negativamente en los últimos 24 meses?

- Es muy difícil medirlo pero evidentemente existe; en mi opinión ese poder está matizado en una forma importante por la misma competencia que existe dentro del sistema financiero.

Tenemos la suerte de contar con un buen número de bancos estatales, privados, regionales y extranjeros. Hay cierto pluralismo. En realidad es una situación relativamente abierta; sería difícil que cualquier banquero pueda impedir que alguien tenga acceso al crédito. El mercado defiende al usuario. Naturalmente, el acceso al crédito siempre está limitado por factores como son recursos, garantías, antecedentes, pero estos son problemas estructurales que en todo país limitan el crédito.

Alguien sin garantías tampoco accede a un crédito en un banco estatal. Si el banquero estableciera restricciones distintas, seguro que los usuarios se irán a otros bancos.

Hay un grado de poder, pero yo diría que es bastante limitado por la existencia del mercado.

¿Estaba aparentando la banca privada la democratización del crédito concediendo los publicitados créditos chicha?

- Definitivamente hay muchas limitaciones para que la banca extienda créditos a personas de pocos recursos o que no han tenido acceso anterior. Por eso mismo los bancos asociados (Continental, Popular) tienen una cartera muy parecida a la de los bancos privados, en términos del porcentaje de crédito, que se da a empresas grandes. Si uno no cambia la estructura productiva del país o si se mantiene la actual estructura, donde una parte importante de la producción se da en empresas muy grandes, incluyendo estatales, entonces es muy difícil y quizá no tiene sentido cambiar radicalmente la orientación del crédito. No sería eficiente y productivo dejar sin crédito a las empresas grandes. A través de la palabra democratización, se

sugiere que puede cambiarse radicalmente la distribución del crédito, se está alentando una expectativa que evidentemente no es real. Uno se pregunta con qué intención se está sugiriendo eso que es irreal. La única forma de democratizar realmente el crédito es si paralelamente se pudiera cambiar la estructura de la producción. Eso por razones tecnológicas no es posible, inclusive si se estatizara la producción, igual seguirían existiendo muchas fábricas grandes estatales, igual los bancos tendrían que dar una parte importante de su crédito a esas empresas grandes. Quizá hay algún margen para aumentar la proporción de pequeñas empresas, pero estamos hablando de cambios graduales y eso debería ir mano a mano con una expansión del crédito a esos sectores. Para ello, desde hace mucho tiempo, han existido bancos de fomento, justamente para extender el crédito a sectores marginales y, en particular, a la pequeña empresa. Hay varios programas de apoyo crediticio a la pequeña empresa. Incluso ocurre el caso hoy que el total del crédito que da la banca de fomento es casi igual al otorgado por la banca comercial. Esta es la forma que han utilizado distintos gobiernos para democratizar el crédito.

Hay quienes sostienen que el Estado se ha mostrado como un gerente eficiente en materia de banca. Y hasta se exhiben ejemplos de cómo algunos bancos quebrados fueron reflatados por la administración estatal.

- Eso no es cierto. Esto es difícil de precisar con números o documentar de alguna forma. Los burócratas normalmente, yo diría casi todas las veces, son menos eficientes que los empresarios particulares.

¿A qué cree usted que se deba la poca atención y el poco desarrollo de la banca en el interior del país?

- Porque en el interior del país no hay a quien prestar. Los negocios son muchísimo más limitados y es muy difícil prestarles a personas que no tienen recursos que puedan ser utilizados como garantías. Creo que allí uno de los grandes problemas que ha habido es la dificultad para preñar la tierra y la decisión política de no permitirlo. Eso ha sido el efecto de excluir al agricultor del crédito de la banca comercial y hacerlo totalmente dependiente del Banco Agrario.

Hay quienes sostienen que la alta participación de los banqueros en el accionariado de una institución de crédito, les permite ejercer su

poder financiero y que no sería lo mismo si aquéllos, mediante el accionariado difundido, no excedieran del 10% del capital total.

- El accionariado no es instrumento poderoso para lograr lo que se está buscando. Siempre alguien tiene que manejar el banco. Igual esa persona tiene un margen de manejo que debe ser fiscalizado. Por eso, para mí, la clave es la Superintendencia de Banca y Seguros. Sea cual sea el porcentaje del accionariado, alguien es el gerente, o hay algún grupo que maneja el banco. Esas personas tienen que ser rigurosamente supervisadas. Esa es la clave del control del manejo de un banco.

¿No es cierto que algunos banqueros se excedieron y burlaron la ley a pesar del órgano de control, como es el caso de Bertello?

- Así es. Y también León Rupp. Y ha habido otros. Esto se debe a que hemos fallado en la tarea de supervisión. Y se debe también a que las leyes no ayudan mucho sino más bien complican y dificultan la tarea de la Superintendencia de Bancos. Hace tiempo que se ha debido modificar la ley de bancos.

¿Se equivocó el Gobierno al enviar interventores del MEF a los bancos privados en vez de técnicos de la superintendencia?

- No conozco quién nombró a los interventores ni si en esa decisión tomó parte la superintendencia. Sé que algunos titulares tienen experiencia financiera, como es Armando Giulfo, pero creo que la intervención debe ser hecha por la Superintendencia de Bancos. Eso no quiere decir que todos sean funcionarios de la superintendencia, pero sí pueden ser designados por aquélla, como ocurrió en el caso del BIC.

Hay quienes le echan la culpa de la fuga de capitales a los bancos...

- Hay mil millones de dólares que entran al país cada año (cifra aproximada, quizá son 700 a 1,200, no sé), producto del narcotráfico y una serie de otras fuentes. ¿A dónde van esos dólares? ¿Qué tienen que ver los bancos con esos mil millones de dólares? Sería perfectamente posible que exista una fuga de capitales de mil millones de dólares sin que nada tengan que ver los bancos. Hay gente que compra esos narcodólares, o les compra a los turistas o a los peruanos que reciben remesas de familiares. Todo eso se puede comprar y remesar. Así como el Estado no logra controlar la salida

de la coca, tampoco podría impedir la salida de gran parte de esos billetes. Eso financia el contrabando, pero mucho también es fuga de capitales.

Sí, 10 de agosto de 1987

HACIA ATRÁS

Hace veinte años lo que crece en el Perú es la actividad informal, el negocio ilegal y la burocracia. Lo moderno, lo de alta productividad, más bien decrece.

Poco parece sorprender que el mundo nos venga dejando atrás. La producción por peruano en 1986 fue casi igual a la de 1966; en el resto del Tercer Mundo creció 55% en ese lapso.

Y poco parece extrañar que, desde algún tiempo, los gobiernos no logren sus metas: la vida se encarece, empiezan los desabastecimientos y el futuro se ve amenazado por la falta de inversión. En otras palabras, se pierde el manejo.

Es que lo único controlable en la economía es la empresa privada formal. El ilegal, el informal y el campesino se le escapan de la mano al Gobierno. Y lo más incontrolable de todo es el mismo Estado.

Ante este pasado, el remedio del Gobierno es más burocracia, más informalidad e ilegalidad, y menos empresa privada formal. O sea, un futuro igual.

La locomotora

La locomotora del crecimiento económico (del mundo no comunista) ha sido la empresa privada de tecnología moderna. Así también lo fue en el Perú, y de 1950 a 1966 el Perú tuvo una de las tasas de crecimiento más altas del Tercer Mundo.

Los demás sectores han dado una mano. En algunos países los campesinos han elevado mucho su productividad, caso de la revolución verde del trigo en la India, del arroz en Tailandia y de las frutas de exportación de Taiwan. Y ahora Chile nos está demostrando el potencial de la agricultura: en pocos años ha elevado la exportación de frutas a mil millones de dólares.

La actividad informal urbana ha contribuido también: gran parte de los zapatos que exportan Brasil e Italia se producen en pequeños talleres. Además, ante las deficiencias del Estado y de la empresa formal estrangulada, el informal es el que hace viable la vida urbana. ¿Cómo viviríamos sin el frutero, el bodeguero, el mecánico y el microbusero?

Incluso, la empresa estatal ha sido, a veces, gestora de nueva producción y hasta de utilidades reinvertidas.

Pero ni el minifundista, ni el informal, ni menos la empresa pública aportarán el volumen de ahorro ni el salto tecnológico que necesitamos para llegar al siglo XX. Es la empresa privada moderna, y en especial la industria, la que debe servir de punta de lanza para un avance sostenido.

La efectividad de esa punta de lanza la demuestra la experiencia de los treinta países pobres de más éxito en las últimas dos décadas: la producción total por habitante se duplicó, pero la producción de las fábricas –en su mayoría privadas– se triplicó.

El revés de la medalla fue el Perú, donde las fábricas hoy producen lo mismo por habitante que hace veinte años, y el resto de la economía también. Y el sector moderno privado, según un estudio del autor, se redujo en proporción al resto de la economía, de 39% en 1961 a 27% en 1984, mientras que el Estado creció de 14 a 31% y los sectores informal e ilegal de 20 a 29%.

Un Futuro Igual

El Gobierno ha decidido achicar aún más la locomotora: una parte se quitará por cirugía; al resto se le cachetea con controles de precios, nuevas y múltiples trabas burocráticas y, pronto, quitándole el crédito (para “de-

mocratizar”). Ante la eventualidad de algún empresario todavía dispuesto a apostar sus ahorros, se amenaza con más cirugía.

Con coherencia, el Gobierno estimula la actividad informal e ilegal. Los mil millones de dólares anuales del ex mercado libre, antes comprados en parte por el Banco Central de Reserva para financiar importaciones, ahora son negros. Las licencias de importación y otros permisos que debe otorgar el Estado son nuevas fuentes de ingresos prohibidas. Aumenta el contrabando.

Los controles de precios son un nuevo premio a la informalidad, como lo es la política confiscatoria hacia el ahorro financiero –desde enero el ahorrista peruano ha perdido el 25% del valor real de su ahorro–. En defensa propia, algunos se retiran de los bancos y aumenta el mercado del crédito informal.

El futuro igual también incluye más empresas estatales.

El Estado sería la fuente del dinamismo productivo que hasta ahora no logramos. Es decir, se le pedirá peras al olmo.

Hasta la fecha, al menos, la expansión del Estado peruano se ha dado sólo por apropiación de lo ajeno, vía impuestos, devaluación de los ahorros del público, préstamos del exterior y estatización. Lo creado directamente por el Estado es la parte ínfima.

Sin embargo, cada día hay menos que apropiar, han desaparecido los recursos externos y el sector privado formal está reducido y estrujado. ¿De dónde se financiará la inversión del Estado? Desde 1968, la inversión del Estado promedia 6.6% del producto nacional, pero la mitad fue financiada con créditos externos ya no disponibles. De otro lado, el Estado ahora necesitará más financiamiento que antes, si se va a dinamizar un sector público más grande.

¿Y la iniciativa empresarial? ¿Estamos por inventar una raza de Dionisios Romero burócratas?

¿Entrenador?

Antes de julio último, el remedio del Gobierno ante cada problema fue crear más controles. Era como si un entrenador, cuyo equipo va perdiendo, desesperado, empezara a gritar instrucciones cada vez más detallistas y rígidas a los jugadores.

Luego, ante la previsible confusión, el entrenador saca a varios jugadores y anuncia que jugará él mismo.

Así, ¿vamos a llegar al Mundial?

Caretas, 18 de agosto de 1987

LA INTERVENCIÓN ESTATAL EN LA ECONOMÍA

Todos queremos un Estado fuerte, pero ¿cómo lograrlo? Quizás, como dice el refrán, debemos retroceder para saltar mejor: con menos controles podría haber más control; con menos órdenes, más orden.

A continuación haré tres comentarios sobre la intervención estatal en la economía. El primero tiene que ver con el carácter autojustificador de la intervención. El argumento más común para justificar la regulación o los controles en la economía es la ineficacia o lentitud de algún mercado. La fijación de un tipo de cambio barato, por ejemplo, se justifica arguyendo que las exportaciones son inelásticas: la devaluación no traería como consecuencia un aumento significativo en su valor. El beneficio reasignador de la devaluación sería mínimo, mientras que el costo desestabilizador siempre es grande.

Lo que no se tiene en cuenta en ese argumento es que, con el tiempo, un tipo de cambio bajo tiende a reducir la elasticidad, o sea, la capacidad de respuesta de los exportadores. Un dólar barato poda al sector exportador en la peor forma: elimina las actividades con alto componente de costo varia-

ble, como es la mano de obra, y deja más bien las empresas o actividades con alto componente de costo fijo, o excedente rentista, como son las de alto contenido de recursos naturales. Así, se reduce el componente elástico del sector, y aumenta además su carácter rentista. A la larga, se refuerza el argumento a favor de la intervención.

El segundo comentario es en relación con la inestabilidad. El grado de inestabilidad en la economía viene experimentando un aumento continuo, desde hace un cuarto de siglo, tanto en el aspecto macroeconómico como en el de la inestabilidad legal. En lo económico, ha significado un permanente y hoy dramático aumento en la oscilación de precios y costos relativos y de los niveles de demanda; y, en lo legal, el cambio y la pérdida de transparencia de las reglas de juego para el productor. A lo anterior, se suma la inseguridad civil creada por la violencia. Este proceso de gradual desestabilización y de pérdida de seguridad en los marcos legal, civil y económico ha sido, sin duda, la causa principal de la sustancial caída en el nivel de la inversión neta privada en el país, de aproximadamente 15 a 20% del PBI en los años 50 y 60, a sólo 5 a 10% en el último quinquenio.

Ahora bien, uno de los principales elementos en ese proceso de desestabilización ha sido la creciente intervención estatal de la economía. En esto ha habido mucho de círculo vicioso: el poco éxito y, a veces, los efectos negativos de las intervenciones han sido el motivo, no de una reflexión sobre las limitaciones del método intervencionista, sino de nuevas leyes, nuevos decretos y más cambios administrativos. La experimentación intervencionista ha incluido medidas dirigidas a graduar la composición y el precio de venta de la producción, y medidas orientadas a mejorar la distribución del ingreso. Ha incluido los cambios mayúsculos, de un régimen político a otro, y el proceso continuo de cambio menor consistente en la rutinaria rotación de personal y reorganización de reparticiones públicas, el ciclo perenne de publicitadas y pronto olvidadas iniciativas, las variaciones en los impuestos y en los subsidios, y las interpretaciones administrativas de los funcionarios públicos.

Tanto el grado de intervención como la inestabilidad de ella se han visto enormemente aumentados por la inflación. La inflación obliga y justifica la intervención directa para frenar el alza de precios y para proteger a los sectores pobres. Ante la emergencia inflacionaria se llega a aceptar un

grado de arbitrariedad, sorpresa e imposición gubernamental que jamás sería tolerado en época estable. Y la única consecuencia del fracaso de esas medidas es la justificación de un grado aún mayor de sorpresa, imposición e intromisión estatal.

El tercer comentario es que los economistas hemos contribuido sustancialmente a la desestabilización. Pecamos de aprendices de mago, en algo por ingenuidad, en parte por soberbia. Mucho influye la visión mecánica de la economía, y no sólo en los ojos de los colegas ingeniero-economistas, que ven a la economía como el motor de un vehículo. Si algo anda mal, basta identificar la pieza-problema –una bujía quizás– y cambiarla, de inmediato tendremos un crecimiento del 8% anual de PBI, inflación cero y una sociedad sin pobres. En otros países, el potencial destructivo de esta ingenua proclividad al experimento es controlado o reprimido por el instinto conservador y la sensatez de grupos dirigentes, sean del poder económico o político.

No me quedo atrás en ingenuidad. Durante mis años en la presidencia del Banco Central, propuse medidas psicológicas de control de inflación, créditos selectivos para reorientar la producción, nuevos impuestos para acabar con el déficit fiscal, un dólar paralelo para combatir el contrabando y fuga de capital. Pronosticaba un rápido fin a la inflación, un dramático aumento en las exportaciones no tradicionales y una histórica recuperación del agro. Hoy dudo de la eficacia de todas esas medidas, en particular del crédito selectivo que termina siendo más subsidio a pocos, que palanca de cambio para la mayoría, y veo, con más claridad, el costo desestabilizante de cada cambio en el marco económico.

Pero el aprendizaje de brujo recién llega a su madurez con el APRA. Si el punto de partida de la ortodoxia es el concepto poco plausible del hombre económico, el de la heterodoxia es aún menos plausible –el del funcionario omnisciente y omnipotente– que sabría medir el nivel exacto requerido de déficit fiscal y lo graduaría, cual piloto de carrera, con toques de pedal. Y así como con el déficit, con la inversión: unos cuantos anuncios, almuerzos y tasas de interés baratas, y la inversión privada despegaría. Y la crítica a esta óptica en su mayor parte, no es al supuesto, sino al manejo exacto de los pedales. “Déjame a mí, hermanito, que yo sí sé manejarlo”.

¿Debemos inventar una ciencia económica que parta de un *homo economicus* menos económico, y de un funcionario menos poderoso?

El Comercio, 19 de setiembre de 1988



**AHORRO,
RESERVAS
E INFLACIÓN**

EL MAGO Y LA BROMA

Ha sido la temporada de circo más larga que se recuerda. Ya desde antes el Perú tenía fama de ser una buena plaza en Fiestas Patrias, pero esta vez ¡se pasó!

El espectáculo ha continuado ofreciendo de todo: acróbatas, malabaristas, payasos. En el número estelar, un “mago” sigue intentando sacarle la billetera a otro, anunciando al público que el dinero reaparecerá en los bolsillos de todos.

Pero el número se ha vuelto cómico y la gracia del mago está ahora en su torpeza. Con cada intento se enreda más, y más se confunde a sí mismo que a su víctima. La gente se ríe y algunos todavía se interesan por el regalo que les pueda tocar.

No saben que la verdadera broma está en lo que encontrarán cuando vuelvan a casa.

¿Alguna vez se ha preguntado usted al asistir a un espectáculo por la seguridad de su casa? ¿Cerré bien la puerta? ¿El caño?

Normalmente no hay cómo averiguarlo hasta después de terminada la función. Esta vez, en cambio, es posible adelantar la noticia: se han medido a su casa y llevado los muebles.

Desde el 28 de julio, gracias a la inflación, se le han evaporado 20 de cada 100 intis que tenía guardados bajo el colchón. Y si ahorra alguna platita en el banco, ha perdido 15 de cada 100 en sólo tres meses, porque los intereses no han compensado la inflación.

Todo mientras gozaba del circo.

La magnitud de esta “expropiación” posiblemente no tenga precedentes en el país. Y si continúan la inflación y las tasas de interés actuales, la pérdida durante 1987 llegará a 44 de cada 100 intis ahorrados.

El total de intis en el país sumaba 61,000 millones al empezar el año. El valor de lo que se está esfumando es, por lo tanto, gigantesco. Equivale al 5% del producto nacional.

Ni siquiera la reforma agraria llegó a “redistribuir” tanto: las rentas y utilidades anuales que se quitaron entonces a los terratenientes sumaban entre 1 y 2% del producto nacional. Además, esa vez se expropió a los de arriba y se repartió a los campesinos que tenían poco –o, por lo menos, eso es lo que se quiso hacer–.

Ahora la mano expropiadora está en el bolsillo de todo el que haya tenido la mala idea de ahorrar un chico, incluyendo los millones de familias modestas que constituyen el público de la cazuela. Aquí, en todo caso, el que menos está perdiendo es el rico, quien se beneficia del crédito barato.

Además, en esta función prolongada más de la cuenta, también han sido expropiados los ahorristas que jugaron a la Bolsa en lugar de comprar divisas en Ocoña. Desde principios de año han perdido casi la mitad de lo que tenían invertido –o el equivalente a más de 200 millones de dólares y el 1% del producto nacional–. Entre los afectados están los dueños de acciones laborales, y en muchos casos obreros industriales y mineros.

Y mientras se extendía el espectáculo, igualmente se ha estado evaporando el ahorro colectivo: las reservas nacionales de divisas. Sólo desde

el último 28 de julio han volado 300 millones de dólares, y durante todo el año la merma podría ser de más del doble -o un 3% del producto nacional-. Y las reservas de petróleo están corriendo la misma suerte.

¡Si sólo el circo hubiera terminado a tiempo! Un par de ejercicios hubiera bastado para entonar el espíritu. Ahora, cuando termine la distracción, hasta los elefantes se van a quejar.

Cuando regrese usted a su casa, en suma, el inventario tendrá un mayúsculo faltante. En términos del país en su conjunto, la pérdida será de 2,000 millones de dólares -o casi 10% del producto nacional-.

Mientras tanto, ¿le provoca comprar otro chocolate? ¿Quizás un heladito? Total, parece que se viene un número más. Ha comenzado a llover picapica del cielo...

Caretas, 26 de octubre de 1987

¿CRISIS?

Curiosa crisis. Nunca tanta producción, tanto empleo, tanto crecimiento. Mire las estadísticas. O pregúntele (en confianza) a cualquier dueño de fábrica.

Hasta los datos oficiales se quedan cortos. Según el Instituto Nacional de Estadística, la producción habría aumentado en 16% a lo largo de los dos últimos años. Sin embargo, la realidad es aún mayor. La razón es que el método del INE no está actualizado: se basa en la estructura productiva de 1979.

La revista especializada *Andean Report* acaba de publicar un cálculo más correcto, utilizando los mismos datos oficiales de producción, pero con una base más actual, la de 1984. Resultado: hoy producimos 21% más que

en 1985. El crecimiento del PBI ha sido 11.3% en 1986 y 8.7% este año. Un salto histórico.

Pero ahora sólo se habla de “crisis”. Y no sólo entre la “crítica”. También el público la percibe.

¿Globo?

Ambos tienen razón, la crítica y el público; aunque sus argumentos son distintos para sostener que, en medio de tanta producción, hay crisis.

El argumento de la calle es muy directo –las alzas–. Contra la evidencia de los precios en el mercado, las estadísticas de los ministros no pesan una lenteja.

Los datos fríos de los técnicos serán ciertos. Los salarios, por ejemplo, han subido más que la inflación. Pero cuando los precios se disparan, todos se sienten más pobres. Todos *saben* que los precios en el mercado han subido más de lo que dice el Gobierno, y a nadie puede convencerse que su bolsillo no se ha achicado. Es una realidad subjetiva pero absoluta.

En cambio, para muchos expertos, todo lo logrado es artificial. Hay más de todo, pero no tiene sustento y, cual globo sobreinflado, pronto reventará.

Esgrimen un argumento casi tangible: sin dólares no habrá producción ni inversión. Hay más de una fábrica que ya ha puesto sobre aviso a su personal: por falta de materiales o de algún repuesto, se trabajará menos horas en enero. Y eso que el señor Pedro Coronado, el presidente del Banco Central de Reserva, recién empieza a cerrar el caño y que todavía hay oro para vender. ¿Y cuando se acabe?

Además, dice la crítica, lo logrado no es crecimiento sino sólo “expansión”. Su argumento es que se hizo con un nivel modesto de inversión, y sin que se plasmaran los planes mayores que se buscaba. Esto que, en realidad, es en cierta medida un mérito porque se supo aprovechar lo que ya teníamos, se convierte en demérito a los ojos de la crítica porque de allí no

pasamos. Se le ha dado un buen empujón al carro, pero el motor no arranca. Y como van las cosas, ¿quién va a invertir? Y aunque se quiera, ¿con qué? Sin divisas, sin ahorro y sin crédito externo.

Ha sido un salto histórico, parece decir la gente, pero al vacío.

Nuevos Ricos...

¿Se pudo evitar esta crisis? Demos marcha atrás a la película. Hace dos años la producción nacional bordeaba los 18,000 millones de dólares. Hoy llega a los 21,800 millones. Aumentó 3,800 millones.

Miremos ahora el consumo privado –es decir, el del público en general–. Hace dos años era 12,200. Hoy, 16,400 millones de dólares. Aumentó 4,200 millones.

O sea, el consumo adicional supera la producción adicional, a pesar de lo extraordinario de esta última.

Con el desenfreno y la despreocupación del nuevo rico, que en este caso se refiere tanto a las clases medias como a las populares, nos hemos consumido no sólo el último centavo que nos llovió en esta bonanza reactivadora. En el colmo de la glotonería, nos “comimos” también la mayor parte de las reservas de divisas del país y parte de los intereses que debimos pagar por la deuda externa.

Y nos dimos el lujo, incluso, de consumirnos parte de nuestras exportaciones. Consumimos mucho más petróleo, azúcar, algodón y muchos productos de fábrica que antes exportábamos, o que estábamos a punto de exportar. Y bajó la exportación de cada uno de estos productos.

Más grave fue el consumo que se dio a expensas de las exportaciones, pero en forma indirecta: se abarató el dólar y, así, el costo de vida. Era el momento para comprar. Además, con la intuición de siempre, el público sabía que esos precios no podían durar, y se apuró a comprar. El que pagó esa factura fue el exportador, recibiendo un dólar barato.

Pero la crisis sí pudo evitarse. Hubiera bastado cierta moderación: consumir sólo la mitad de la mayor producción y dedicar la otra mitad a crear divisas. En medio de las fiestas decirle no a esa última chelita de principios de este año, por ejemplo.

Salida...

¿Se puede todavía evitar un colapso?

Lo mínimo y lo más urgente sería echar mano a 1,000 millones de dólares adicionales durante el próximo año.

En el papel no parece cosa de otro mundo. Si el consumo este año ha sido de 4,200 millones de dólares más que hace dos años, ¿sería mucho sacrificio “devolver” una cuarta parte de eso y dedicarla a la exportación? Si en dos años el consumo aumentó en 34%, ¿es mucho pedir una reducción de sólo 6% para evitar un colapso de la economía?

Incluso, ¿por qué no ser más ambicioso? ¿Por qué no “devolver” la mitad de la mejora desde 1985? Así dispondríamos de 2,100 millones de dólares, suficientes no sólo para sortear la crisis sino para tirar sólidamente para adelante con una fuerte inversión en el área de exportación.

En la práctica, naturalmente, es más difícil. Habría que convertir todo ese consumo –arroz, frijoles, camisas, libros, licuadoras, viajes, cuartos extra en la casa– en divisas y en tierras sembradas, pozos perforados y máquinas instaladas.

Los instrumentos son conocidos... y conocidamente dolorosos: controles, aumentos de precios e impuestos, o el Gobierno ordena, y tanto el sector privado como el estatal cumplen con exportar parte de lo que hoy consumen, o se induce el mismo resultado encareciendo productos como el algodón, el azúcar, el petróleo, etc. Dada la urgencia, no nos queda más que usar todos los instrumentos y con la máxima energía.

El instrumento más poderoso y más necesario para que todos nos aboquemos a crear divisas y a dejar de derrocharlas, es, de lejos, el precio

del dólar. La devaluación ha sido fuerte, pero, honestamente, ¿hay alguien que cree que con dólares oficiales que promedian 40 y en Ocoña más de 90, vamos a lograr un despegue exportador y un uso medido de las importaciones?

La crisis que empieza es de heterodoxa fabricación nacional y la solución también tendrá que ser hecha en casa. En el idioma chino, “crisis” significa peligro, pero también oportunidad.

Caretas, 21 de diciembre de 1987

DILE NO

Todos estamos volando. Algunos, sobre las alas de la droga blanca. Pero todos, víctimas de otra droga –la que viene en papелitos de varios colores y con números–, cortesía del Banco Central de Reserva.

La blanca nos hace sentir bien, al principio. Sin haber hecho nada para merecerlo, nos sentimos llenos de bienestar, logrados, amados.

La de colores nos levanta igual. Sin haber producido un pan, ni un par de zapatos, ni una camisa adicionales nos sentimos mejor en el bolsillo. Con papелitos a colores, el Gobierno paga más a sus empleados, regala el crédito y la gasolina, remata los dólares y hasta compra bancos.

Desde hace un año y un verano, la producción nacional casi no aumenta. ¡No importa! Porque los papелitos a colores se han multiplicado: donde había 100 en diciembre de 1986, ahora hay 260. Y aunque nos cuesta admitirlo, la verdad es que casi todos, en el último año y pico, hemos volado un poco.

Todos felices. Y todo sin esfuerzo. Al principio.

Quince meses de evolución de la economía

	Set-Dic 1986	Ene-Mar 1988
Producción Real (PBI)	100	100
Papelitos a colores	100	260

Fuente: Nota Semanal del Banco Central de Reserva

Sin Brújula

Como nos viene advirtiendo la televisión, el viaje de la droga acaba mal. La dosis que al principio nos lleva a las nubes, sólo posterga el infierno por unas horas. Al final, la droga blanca termina por descerebrarnos.

Algo parecido sucede con la droga de los papelitos de colores.

El cerebro de la economía moderna son los precios. Cual brújulas o señales de tránsito, ellos orientan al productor, al consumidor y al mismo Estado. El que consume busca lo barato. El que produce se fija en los precios para buscar el buen negocio. Y al Estado los precios le avisan sobre la necesidad de apoyo en algún sector de la economía. Así, los precios regulan y orientan los pasos que da el país hacia una mejor economía.

Pero la droga de los papelitos ataca directamente a ese cerebro. Primero marea, y al final destruye la brújula. La aguja da vueltas locamente. En cuestión de economía, sea de hogar, de empresa o de Gobierno, uno no sabe ya hacia dónde ir.

¿Acaso no hay precios que parecen de alucinación? Algunos por baratos, otros por caros. Congelados un día, volando por reajustes correctivos el siguiente.

Es difícil saber a qué atenerse en el mercado. ¿Cómo saber si un precio está regalado, o si más bien el vendedor se está matando de risa?

- A ver, esta lata está a 320. ¡Pero si ayer nomás estaba a 180!

- Sí, pero ¿a cuánto estará mañana?

Además, ya no cambia sólo el precio; el producto no es el mismo de un día para otro.

- Busco ese modelo con rayas azules, el que cuesta 510.

- Está discontinuado. Pero aquí tenemos uno a bolitas verdes. Sólo cuesta 890.

Y la lechuguita ahora viene fresquecita, en su bolsita de plástico, bien salpicadita de agua.

Quizás lo peor es no saber, con relación a los precios, cuánto es real, cuánto antojo y cuánto aprovechamiento. Conforme avanza la droga, los precios se van haciendo menos y menos reales, con más y más de alucinación y de aprovechamiento. Al final, cualquier número valdrá, ya que nadie tendrá la menor idea de si es o no un precio razonable.

Trueque...

La droga de los papelitos no se contenta con descerebrarnos. Ataca también otras partes del cuerpo de la economía. En especial, la circulación.

La circulación de una economía es la función del dinero. Sin dinero, la economía se atrofia. Pero ¿cómo puede acabarse el dinero, si la droga consiste precisamente en más y más papelitos con números?

La explicación está en las propias defensas biológicas: el organismo se esfuerza para rechazar la droga. Nadie quiere quedarse con esos papelitos que cada día valen menos y hacen más bulto en el bolsillo. El final es una paradoja: nos ahogamos en papelitos, pero no hay dinero que valga. Algo como morir de sed en medio del océano.

Claro está, podríamos regresar al trueque.

- ¡Ahem!, señor, córteme el pelo, y le doy dos sostenes.
- ¡Oiga usted! Se ha equivocado de peluquería.
- ¿Y ahora qué hago? Si yo trabajo en una fábrica de sostenes.

El Gran Pichicatero...

¿Cómo cortar el hábito? Veamos primero, ¿quién consume, y quién abastece la droga a colores?

Por supuesto, el Estado es el gran pichicatero. Hace un año que el Estado vuela como nunca en nuestra historia. Consumiendo, invirtiendo, pero por sobre todo, regalando a manos llenas: el crédito, la gasolina, el pan, los pasajes aéreos, la leche, las divisas y mucho más. Sólo en la época del guano el Estado se dio tanto lujo. Pero, en esa oportunidad, lo que se regalaba era dinero de a verdad, producto de la fabulosa riqueza de las islas. No era la droga pura -de puro papel- que hoy gozamos.

El historial médico está registrado. Veamos las dosis de los últimos seis meses.

Recibido por el Estado desde octubre 1987

Concepto	Millones de intis
Impuestos	44,200
Pichicata	47,700
TOTAL	91,900

De cada dos intis que llegaron a manos del Estado desde octubre, uno vino de impuestos y otro de la fábrica de papelitos a colores y con números, o sea, droga. Una parte –19,300 millones de intis– de esos papelitos fueron entregados al Tesoro para cubrir sus diversos gastos. Otros 7,700 millones

de intis fueron al Banco Agrario, para que siga la fiesta del “crédito cero”. Y 20,700 millones de intis fueron regalos directos del Banco Central, principalmente a los compradores de dólares baratos. Todos esos intis –hasta el último de los 47,700 millones– fueron pura pichicata.

No es sólo el Estado. Casi todos hemos consumido y, en algo, somos cómplices.

Como cuando un loco empieza a tirar billetes en la calle. A todos nos parecerá mal, pero primero a agarrar, hermano. Ya después vendrán los discursos.

- Corrompe a la juventud...

- ¡Cómo es posible que nadie controle! Sobre todo a los que han agarrado poco.

¿Cuántos empresarios objetaron los bajos intereses, los dólares baratos, el combustible regalado? ¿Cuántos líderes de sindicato protestaron porque el Estado estaba pagando los aumentos con puros papelitos de colores?

Dile No...

Es hora de decirle no a la droga y regresar al mundo real. Será doloroso para todos, pero todos somos responsables.

Sugiero una gran marcha a palacio. Chicas con camisetas que digan “Dile no”, y mucha picapica hecha de papelitos del Banco Central.

Afortunadamente, tenemos un arma secreta, inventada precisamente para combatir el vicio de los papelitos a colores.

Es que, en el caso de esta droga, hay un solo abastecedor. Trabaja a la luz del día y, según la Constitución, decide por sí solo cuánto producir. Es el Banco Central de Reserva.

Caretas, 11 de abril de 1988



VIVIENDO DE LO NUESTRO

“DOLARIZÁNDONOS”

El oro que buscamos en el extranjero, en realidad está en nuestras manos.

O, más exactamente, en nuestros bolsillos.

Claro, dirá alguien, se trata de exportar y así conseguir divisas. Lo que falta es un poco de orden y aliento a esa actividad.

Sí, es verdad, pero hay un camino aún más directo: las divisas que ya poseemos, contantes y sonantes, y que, aunque parezca mentira, no bajan de 1,000 millones de dólares.

Admito que no es tan fácil. Para ello, el Gobierno tendría que dar una nueva medida: crear un dinero peruano que de verdad sirva.

Y para que un dinero sirva, tiene que valer lo mismo de un día para otro.

Explicemos. El dinero es como el aceite en un carro: facilita el movimiento. Imagínese ahora un aceite de cuya duración nunca se sabe. Hoy se echa un litro, se camina unas cuadras, y... mañana tenemos el motor fundido.

Cuando una moneda no mantiene su valor de un día para otro, ocurre exactamente lo mismo; nos pagan, caminamos una cuadra, y...

Cuando eso sucede, la gente no espera sentada. Busca un dinero que sí sirva.

En los últimos años, los peruanos han convertido casi todos sus intis en dólares, para poder seguir trabajando sin fundir motor.

Es por eso que hoy tenemos más de 1,000 millones de dólares en el bolsillo.

Cuando usábamos soles o intis, necesitábamos un monto equivalente a 2,000 millones o 3,000 millones de dólares. Esa enorme masa de dinero era el aceite de la economía. Hoy, según las cifras del Banco Central, el valor de los intis que circulan en el país apenas alcanza los 400 millones. Si ese fuera el único aceite, ya estarían tiosos siete de los ocho cilindros de la economía.

Felizmente, hemos echado también otro aceite; uno que sí mantiene su valor de un día para otro. La economía ahora trabaja con la ayuda de 1,000 millones a 2,000 millones de dólares que cumplen el papel que tenía la moneda nacional.

Hoy en día, esos dólares son el aceite principal que permite a la economía seguir moviéndose.

Una parte son los billetes verdes que casi todos tienen en el bolsillo.

Otra parte, seguramente mayor, está en un “bolsillo” más lejano y más seguro: cuentas bancarias en Panamá o Miami. Y no se crea que son “capitales fugados”. Al contrario, son dólares que más bien están trabajando por el país: a diario, muchos de ellos se cambian por intis, o directamente por productos nacionales. Realizan el trabajo que hacían los intis y los soles. Podría pensarse que sus dueños están contentos de poseer dólares en vez de una moneda nacional. No es así.

Lo práctico, lo seguro, lo simple, es trabajar con un dinero que pueda guardarse en el banco a la vuelta de la esquina y que sea, además, el dinero legal del país; no con uno que tenga que esconderse bajo el colchón, en otro país o que deba cambiarse por otro cada vez que se hace una compra.

El día que exista una moneda nacional cuyo valor sea el mismo de un día para otro, casi nadie querrá trabajar con dólares. Ese día sacaremos más

de 1,000 millones de dólares de nuestros bolsillos para venderlos al Banco Central y adquirir la nueva moneda.

Con esos 1,000 millones de dólares tendremos lo suficiente para iniciar un programa serio de recuperación.

Caretas/Cuánto, 13 de febrero de 1989

Capítulo 2
AÑOS DE CRISIS
(setiembre 1988 - setiembre 1990)

Breve Cronología: Set. 1988 - Set. 1990

PERU: INDICADORES ECONOMICOS, 1985-94

(Tasas de crecimiento promedio anual)

	1985-86	1987- Ago. 88	Set. 1988- Ago. 90	Set. 1990- 1992	1993-94
<i>PBI</i>	6.3	-5.8	-12.5	6.5	9.0
<i>Inflación</i>	105.2	231.2	8,413.8	117.5	26.9
<i>Tipo de Cambio Libre 1/</i>	92.9	335.2	3,626.7	100.8	14.5
<i>Salarios reales 2/</i>	7.3	-10.6	-54.3	37.2	20.1
<i>RIN 3/</i>	866	-261	106	2,425	6,152

1 / Fin de período.

2 / Lima Metropolitana.

3 / Reservas Internacionales Netas del Sistema Bancario a fin de cada período. En millones de dólares.

Presidente: Alan García Pérez (1985-1990)

Ministros de economía

	Desde	Hasta
Ing. Abel Salinas Izaguirre	02/09/88	27/11/88
Sr. Carlos Rivas Dávila	28/11/88	12/05/89
Sr. César Vásquez Bazán	13/05/89	27/07/90

- "Paquete económico" del Ministro Abel Salinas. Alza de combustible y productos de primera necesidad (setiembre de 1988).
- Ecóloga y periodista Bárbara D'Achile es asesinada por terroristas en Huancavelica (1 de junio de 1989).
- Multitudinaria Marcha por la Paz contra el terrorismo. Se congregan partidos políticos, instituciones sociales e Iglesia (3 de noviembre de 1989).
- Elecciones Municipales. Candidato independiente Ricardo Belmont es elegido Alcalde de Lima (12 de noviembre 1989).
- Elecciones Generales (8 de abril de 1990). Mario Vargas Llosa y Alberto Fujimori definieron en segunda vuelta (10 de junio) la presidencia de la República. Victoria de Fujimori.
- Presidente del Consejo de Ministros Juan Hurtado Miller anuncia drástico programa para combatir la hiperinflación (agosto 1990).



EL SHOCK DE SALINAS ()*

¿SALIÓ LA MUELA?

Cuando el dolor de muelas hace crisis, lo peor es un dentista sin pulso firme. Excepto, quizás, uno teórico.

El paquete ha sido un buen jalón y, pálidos de dolor, todos preguntan ¿salió la muela? Yo creo que no.

Hay dos razones. Una, aunque sea difícil de creer, es que faltó espina-ca. La otra (más creíble) es la torpeza del dentista.

Si bien el futuro del plan antiinflacionario no es claro, sí tiene posibilidades de éxito todavía, merced a la brutal severidad de muchas de las correcciones. La fuerza de las alzas de precios y los nuevos impuestos aseguran una importante reducción en la fabricación futura de billetes por parte del Banco Central. La unificación de los tipos de cambio, por ejemplo, detendrá cerca de la mitad de la emisión monetaria que se venía dando desde marzo pasado.

Pero el porrazo más recio es uno que ni el ministro ni la crítica han señalado. Se trata de la desaparición casi instantánea de la mitad de los billetes que había en el país. Es que, como de un día para otro todo cuesta el doble, el dinero que uno tenía en su bolsillo o en el banco, ahora sólo compra la mitad. Es como si en la noche del paquetazo un duende supersónico

* *El ingeniero Abel Salinas desempeñó la cartera de Economía entre el 2 de setiembre y 25 de noviembre de 1988.*

hubiera volado de casa en casa, y de banco en banco, con una tijera en la mano y entrando por la ventana hubiera cortado todos los billetes en dos. Amanecemos con sólo la mitad del dinero que teníamos antes.

Pero justamente, por la energía de esos golpes, sorprenden las visibles imperfecciones del plan. Estas deben ser enmendadas rápidamente para lograr el objetivo: acabar con la inflación.

¿Cuáles son? Una es que el paquete no estimulará las exportaciones: esto no se daría porque la elevación de los costos del exportador (mano de obra, equipos, fertilizantes, combustibles, intereses más impuestos) supera el 100%, en muchos casos largamente, al alza de 71% establecida ahora en el tipo de cambio exportador.

Incluso, pasado el aluvión de alzas de setiembre y octubre, el poder de compra real de los 250 intis por dólar que estará recibiendo el exportador, llegará a su nivel más bajo de los últimos doce meses. Y si se toma en cuenta que seguirán los problemas de abastecimiento, las trabas burocráticas, y que se agravará la escasez de crédito, no se habrá avanzado un milímetro en la búsqueda de generar nuevas divisas. Así las cosas, el sucesor de Salinas, en un crucial futuro, nos podrá anunciar también como hoy que “el error de la política hasta ahora ha sido el sesgo antiexportador, pero esta vez sí vamos a promocionar las exportaciones”. Sin más divisas, como se sabe, todo quedará en buenas intenciones.

Otra imperfección procede del desorden y la timidez política, cuya consecuencia son los aumentos muy desiguales y descoordinados y los nuevos embalses.

Todo shock exitoso se ha basado en dos mecanismos: frenar la emisión de billetes y, en forma simultánea, conjurar la psicosis de la inflación, deteniéndola en seco. Ambos mecanismos son fundamentales. El shock inicial del presidente García, en el debut de la heterodoxia, falló por subestimar el primero. Creyó, e incluso pregonó, que había inventado una nueva teoría: la inflación iba a frenarse sin cortar la emisión de billetes. Hoy, el programa antiinflacionario se preocupa casi exclusivamente de parar la maquinita ¡Bravo!, pero, irónicamente, descuida lo psicológico.

Así, en vez de sacarnos la muela de un tirón, el ministro Salinas nos dice que los subsidios bajarán en etapas, dejando entrever que vienen más alzas y más emisión de billetes; de otro lado, con excepción del salario mínimo, los aumentos de sueldos tardarán, descuadrando muchos de los nuevos precios que los empresarios fijarán en los diez días señalados; el anuncio de que la congelación de sueldos y precios durará 120 días suscita, desde ya, expectativas de nuevas alzas en enero; como dijimos, la devaluación se ha quedado corta, y la falta de nuevas divisas obligará muy pronto a nuevas devaluaciones; por último, en el colmo del descuido en lo que concierne a confianza y credibilidad, se deja entender que el nuevo plan fue elaborado por los creadores de la “inflación neta”.

Para rescatar el programa, urge completar a toda velocidad la corrección de los precios. Es necesario que se vea lo antes posible que no hay motivo para esperar más sobresaltos; que no están quedando gruesas e insostenibles injusticias; y que no están surgiendo nuevos desabastecimientos. En suma, todos deben estar convencidos de que, cuando se elimine el control de precios en 120 días, los precios no se dispararán otra vez.

La tercera imperfección –también subsanable– ha sido la falta de honestidad. Se ha pretendido dar la impresión de que la economía se arreglará en un dos por tres. El Gobierno insinúa que a partir de noviembre no habrá inflación; que bastará una sonrisa cordial, cual hijo pródigo, para obtener de la banca internacional los dólares que nos faltan; y, el mayor pecado, que vendrá la normalidad sin dejar muertos y heridos: cierre de fábricas, desempleo y empobrecimiento general.

Esto amenaza la credibilidad del programa porque el pueblo sabe o intuye que la cosa no es tan fácil. Además, cuando lleguen los inevitables escollos –protestas, cierres de fábricas– el Gobierno no tendrá la fuerza moral para ser firme.

Señor dentista: díganos la verdad. Y saque la muela de una vez.

Caretas, 12 de setiembre de 1987



VACAS FLACAS

Como en el sueño del faraón egipcio, empezó la época de las vacas flacas. No es que antes estuvieran muy gordas, pero ahora sí que están huesudas. Definitivamente, llegó el tiempo de comer menos.

Lo peor, claro, es cuando falta comida. Sin embargo, la estrechez se manifiesta por todos lados en la falta de divisas, la penuria de la caja fiscal, las fábricas cerradas, la evaporación de los intis y del crédito bancario, los sueldos diezmados y en un agudo empobrecimiento campesino.

A diferencia del cuento bíblico, las siete vacas llegaron juntas y, lo peor, no se trata de un sueño.

La vaca flaca más visible para el público es el desabastecimiento de los alimentos. De esto, el ama de casa sabe más que el técnico.

Lo constatan diariamente sus pies adoloridos por las horas de cola y de búsqueda en los mercados. El técnico, más bien, sigue confundido por estadísticas oficiales que señalan que se producen e importan más alimentos que antes.

Una explicación a esa confusión puede ser la masiva exportación ilegal de ciertos alimentos que el Gobierno vende con subsidio, a precios mucho más baratos que en los países vecinos. Pero, sea cual fuere la explicación, de lo que no cabe duda es que muchos alimentos escasean.

Otro enflaquecimiento que no necesita la constatación de los técnicos es el de los sueldos. El que más ha sufrido es el empleado público: su capa-

cidad de compra en el último mes fue sólo un tercio de la que tuvo en enero del año pasado. Esto significa que, si hace un año gastaba dos tercios de su sueldo en alimentos, hoy tendría que destinar todo su ingreso a ese fin y, aun así, sólo le alcanzaría para la mitad de los alimentos que consumía antes.

También se ha desinflado la remuneración del trabajador del sector privado. Si consideramos el poder adquisitivo real de su sueldo, hoy gana, en promedio, la mitad de lo que ganaba hace doce meses.

Mejor suerte habrían tenido los que perciben el salario mínimo legal, así como los trabajadores domésticos. En ambos casos, la pérdida de poder adquisitivo fue de “sólo” un tercio.

Otra víctima del severo estrechamiento es el Tesoro Público, en meses recientes viene gastando apenas la mitad de lo que gastaba hace un año. Esto se debe, en parte, a una caída de 29% en el valor real de los impuestos que recauda, si comparamos los últimos cuatro meses con los mismos del año anterior.

Pero, en importante medida, se debe a que el Gobierno viene haciendo mucho menor uso de la maquineta del Banco Central –o sea, de la emisión de billetes– para financiar sus gastos. A fines del año pasado, la emisión monetaria llegó a ser tan grande como la recaudación de impuestos. Hoy, la emisión dirigida a financiar al Gobierno es mínima y el sector público se ha quedado casi sin capacidad de gasto.

De allí que se haya reducido a la mitad el sueldo público promedio, que casi no se hagan obras, que se vengán reduciendo los subsidios y que no se pague la deuda externa, e incluso la deuda interna a los arroceros, constructores y otros. A todos estos motivos de reclamo, el Gobierno tiene una misma respuesta: “¿De dónde?”.

Pero la actividad productiva que más se ha desinflado es la industria manufacturera. En los últimos tres meses de 1988 ésta fabricó un 38% menos que en los mismos meses de 1987. Hay menos de casi todo, en noviembre último se fabricaron sólo 2,500 licuadoras, cuando un año antes la pro-

ducción fue de 11,500; 76,000 pares de zapatos en vez de 143,000; una y media gaseosas por habitante en vez de tres, y ocho gramos de crema dental por habitante en vez de 16.

La mayor fábrica de envolturas de plástico está en apenas un quinto de su producción de hace un año antes. La producción de alimentos balanceados para pollos fue 42% más bajo en diciembre último que en diciembre de 1987. La de fideos fue 22% menos y la de harina de trigo: 28% menor.

No se sabe cuántas personas se han quedado sin trabajo como consecuencia de la menor producción, pero el número es considerable. Muchas fábricas han reducido personal masivamente. Y los que continúan, trabajan menos horas. Por último, los contratistas de las fábricas –en su mayoría pequeñas empresas– vienen cerrando sin que nadie lo advierta, salvo sus trabajadores.

Quizás la vaca más exprimida es la bóveda del Banco Central de Reserva. En sus libros ostenta aún importantes reservas de divisas, pero se entiende que es sólo por una cuestión de dignidad.

La realidad es que no hay con qué importar. En los últimos meses, las importaciones por habitante han sido apenas 9 dólares al mes. Hace 7 años eran más del doble y hace 20 años llegaban a 15 dólares.

Durante 1986 y 1987 no se sufrió la escasez de divisas porque el país consumió las reservas del BCR. Pero ahora, es necesario vivir de las pocas exportaciones que quedan.

Hay una vaca tan famélica que ya casi no se le distingue de perfil. Se trata del ahorro y del crédito bancario en moneda nacional. Los ahorros en bancos llegan a un escaso 20% del valor que tenían hace 12 meses, y el crédito bancario en intis a las empresas alcanza apenas un 18% de su valor anterior.

La séptima vaca desnutrida, de la que menos se habla pero la más grave para el país: es el ingreso del campesino peruano, que durante 1988 se redujo a la mitad.

Casi toda esa pérdida fue debido a que los precios de venta de sus productos subieron mucho menos que los artículos que debía comprar de la ciudad. La relación entre los precios del campo y los de la ciudad descendió de 100 en 1986, a 95 en 1987, y a 50 en 1988. Las cosechas también descendieron pero muy ligeramente: 4%. El atraso de los precios tuvo el efecto de un huaico.

Hacia dos años, en 1986, el campesino se había beneficiado de un fenómeno contrario: sus precios se elevaron sustancialmente, debido al alto gasto y consumo generalizados de ese año. Ahora, el público difícilmente creerá en el colapso de los precios agrícolas. Todos creen, más bien, que lo que más ha subido con la inflación han sido los alimentos, creencia que es cierta, tratándose de los importados, pero no en el caso de los nacionales.

La gravedad de este hundimiento de la economía campesina es por partida doble. Primero, porque se refiere a las familias más pobres del país y con menos margen para un mayor empobrecimiento. Segundo, porque es la población más susceptible de ser aprovechada por el terrorismo.

La economía, donde todo sube y baja a la vez –los precios vuelan y lo demás se desinfla–, no es invento peruano. Al contrario, lo común es que recesión e inflación vayan de la mano. Lo inusual, aunque no original, es la fuerza de ambas.

La solución tampoco es necesaria inventarla. Todos los casos anteriores, de exagerada inflación y recesión, fueron resueltos por una fórmula que combina la disciplina monetaria con el liberalismo económico. Y una fuerte dosis de fe.

Caretas/Cuánto, 13 de febrero de 1989

¿POR QUÉ MURIÓ DEMETRIO?

Usted acude al mercado y mira: ¡600 intis el kilo de yuca! ¡1,750 el litro de aceite! Descorazonado, con una canasta de mercado inquietantemente liviana, lo asalta una buena noticia al llegar a su casa: murió el tío Demetrio, y usted es el feliz heredero de una productiva chacrita en Tarma. Piensa: “Tal como está el precio de la papa, me forro de plata. ¿No es cierto?”.

No, no es cierto.

Aunque usted no lo crea, el agricultor peruano está atravesando por uno de sus peores años. En 1988, sus ingresos cayeron 40% con respecto al año anterior. Es decir, si en 1987 ganó 100 intis por la venta de sus productos, en 1988 recibió apenas 60.

Y usted es el beneficiado.

Porque, al contrario de lo que podría pensarse, los alimentos nacionales han subido por debajo de las cosas que ahora compra.

El error es comprensible. Primero, porque algunos alimentos –los importados– sí han subido bastante, 1,624%, y éstos representan un 29% de todo lo que comemos. Y segundo, porque cuando la inflación vuela, todo parece caro.

El tomate, por ejemplo, subió 1,311%, el arroz 1,292%, la cebolla 470% y la naranja 555%, todo muy por debajo de lo que subieron los alimentos importados, 1,624%, y los productos no alimenticios, 1,830%.

Es una verdad incómoda. Cuando suben los alimentos, el agricultor se beneficia a costa del consumidor urbano. Asimismo, cuando los alimentos suben menos que lo demás –como ahora–, el poblador ciudadano se beneficia a costa del agricultor. Y en el país, la inestabilidad de los precios agrícolas es una constante. Es un subibaja.

Esa también es la historia del presente gobierno. Con el auge económico, los que más subieron fueron los precios de los alimentos nacionales.

En esos años, el tío Demetrio sí se forró: el ingreso promedio campesino aumentó 35%.

Pero, con el colapso económico del año pasado, lo que menos subió fueron los precios de los alimentos y, consecuentemente, el ingreso campesino ha caído en un 40%.

El campesino no está aislado. El loco subibaja reciente es una historia que se repite, aunque nunca con tanto desnivel. Pero, también antes al campesino le fue “más peor” en los años de recesión, como fueron los años de 1978, 1983 y 1985; y “más mejor” en los años de bonanza, como en 1974-75 y 1986-87.

También el crédito agrario ha sido un frenético subibaja. De 1985 a 1987 subió 91%, pero en 1988 cayó 70%.

Así, los altibajos de la economía campesina a lo largo de los años son más irregulares que una chacra arada. Y menos por efecto de las lluvias, heladas o sequías, que por el clima económico que se crea en la avenida Abancay.

A la larga, no es así por supuesto. Mientras mejor esté el campo, mejor abastecida estará la ciudad. Y mientras mejores ingresos perciban los campesinos, mayor será la demanda de los productos que se elaboran en la ciudad. ¿Cuánto debemos preocuparnos? Los campesinos representan el 40% de la población nacional y, de lejos, los más pobres. Cuando se gana casi nada y se pierde el 40% del ingreso, ¿cuánto le queda?, ¿quién lo ayuda? y ¿quién dice que lo ayudará?

Caretas/Cuánto, 13 de marzo de 1989

TIJERETAZOS DOMÉSTICOS

Hace unos meses su familia vivía ajustadamente con un ingreso de 100. Hoy gana sólo 60 o 70. ¿Qué hacer?

¿Pregunta teórica? ¿Broma? No. Es la realidad de 4 millones de hogares peruanos, casi toda la población.

En el hogar típico, el hombre está viendo cómo ganar más y el ama de casa cómo gastar menos. Aunque no hay que olvidar que casi dos millones de mujeres también producen una entrada para el hogar. Así, la pareja comparte el problema económico, pero debido a lo difícil que es ganar más en este momento, sospechamos que la carga más pesada y angustiada de las decisiones recae sobre el ama de casa.

¿Qué decisiones, por ejemplo, viene tomando tijeras en mano esta gerente del hogar? A continuación, los resultados de una investigación reciente de **Cuánto**: caddado al teléfono • en cuanto a la ropa, practican el consumismo (con su mismo saco, mismos zapatos, etc.) • corte de pelo, teñido, laciado, etc., en casa • “no más Pepsi”, dicen 30% de las entrevistadas; emoliente en vez de gaseosas • consultan al boticario en lugar del médico • ya no comen en la calle • hacen la plaza en la feria popular el fin de semana, sufriendo colas para todo, resucitan la cocina a kerosene y también las lámparas • “¿que hay que pintar la casa? Ya veremos”, reparan, retapizan, reutilizan, remiendan, tejen • para el desayuno, pan con soledad • más cubitos de caldo, limonadas, refresco en sobre, azúcar rubia, manteca, margarina a granel y aceite compuesto • bonito y merluza en vez de carne y pescado fino, quinua, papa blanca y arroz corriente en vez de pan francés, fideos, galletas y papa amarilla • para el niño que crece, achican la ropa y cortan la punta de los zapatos • un micro en vez de dos y caminan la diferencia • dan doble uso al colorete (para labios y chapas) y calientan el rimmel gastado, • usan menos focos o de menor potencia • y menos salchipapa, pollo, embutidos, menestras, cigarrillos, conservas, Milo, regalos, desodorante, cosméticos, papel higiénico, pasteles y licores • hierbas medicinales y aspirina para todo dolor, para el Día de la Madre, ruda • ¿al cine? Sí, pero en casa ¿qué hay en la tele? • intercambian las últimas novelas • en lugar de sombras de ojos usan tizne de olla con aceite • los hijos a un colegio privado más económico, o a uno nacional.

Pero, ¿cuánto es posible reducir y modificar el gasto de la familia? ¿Hasta dónde se puede meter tijera? Para responder es preciso conocer el punto de partida, antes de la crisis.

En el año 1986 la torta nacional se repartió un tercio (36%) para el Gobierno y la inversión, y dos tercios (64%) para las familias. Así, de arranque, se reduce sustancialmente el margen de maniobra familiar, a menos que el país decida repartir menos al Gobierno y gastar menos en la inversión.

¿Qué hicieron las amas de casa con sus ingresos en 1986? A continuación, el patrón de gasto familiar en ese año:

	%		%
Alimentos	45	Transporte y comunic.	7
- Básicos (10 ítems)	13	Salud	3
- Otros alimentos	32	Alquiler y combustible	2
Autoconstrucción	12	Diversión y cultivos	2
Muebles y enseres	11	Otros	10
Vestido y calzado	8	TOTAL	100

La evaporación de un 30 a 40% del ingreso familiar en los últimos meses, obligaría a una severa redistribución del gasto. La familia que rehúsa reducir la alimentación se vería obligada a recortar los demás gastos en más de la mitad, y el gasto alimenticio pasaría a ser un 65 a 75% del total. La autoconstrucción (12%), los muebles y enseres domésticos (11%), la diversión y cultura (2%) y los gastos diversos (10%) serían los más postergables.

También una parte del gasto en transporte y comunicación es de necesidad para el trabajo.

Sin embargo, el ajuste presupuestal a nivel de la familia usualmente incluye una modificación de los hábitos alimenticios. Los alimentos básicos constituían apenas 13% del total en 1986, mientras que un 32% era

gastado en una gama de alimentos menos prioritarios y relativamente caros desde el punto de vista de su valor nutritivo: las bebidas gaseosas y alcohólicas, los dulces, los pescados finos y las carnes. Además, la compra de alimentos y bebidas fuera del hogar representó nada menos que un cuarto del total de alimentos, aunque su contribución nutritiva es proporcionalmente pequeña. Así, el presupuesto alimenticio también es candidato para las tijeras, y si fuera más difundido el conocimiento de los valores nutritivos de los distintos alimentos, se descubriría un margen aún mayor para reducir el gasto, sin sacrificar la nutrición. Gran parte del problema del ajuste presupuestal son los hábitos. De allí que es interesante descubrir la enorme variación de esos hábitos de un país a otro.

En el caso de los alimentos, por ejemplo, se dan los siguientes contrastes en la dieta:

Consumo diario por persona en 1980

(En gramos)

<i>Verduras</i>	Portugal 453, EE.UU. 267, Argentina 109, Perú 115, Brasil 60, Etiopía 26.
<i>Leche</i>	Finlandia 32, Polonia 28, Perú 7, Filipinas 2, Tailandia 1.
<i>Grasas</i>	Bélgica 101, Argentina 46, Perú 26, Colombia 17, Corea del Sur 5.
<i>Papas y otros</i>	Nigeria 698, Perú 398, Venezuela 104.
<i>Tubérculos</i>	Japón 71, Costa Rica 34.
<i>Huevos</i>	Israel 57, Hungría 39, Costa Rica 26, Perú 6, Argelia 2, Paquistán 1.
<i>Pescado</i>	Islandia 126, Jamaica 40, Perú 35, México 11, Honduras 1.
<i>Carnes</i>	EE.UU. 304, Argentina 269, Cuba 98, Perú 69, Malasia 41, India 4.
<i>Cereales</i>	Corea del Sur 575, México 376, Perú 252, Gran Bretaña 189, Colombia 188.
<i>Frutas</i>	Paraguay 531, Ecuador 396, Perú 263, Rusia 124, China 24.

Fuente: FAO.

Tanta diversidad confirma la capacidad de adaptación del hombre ante las circunstancias de su entorno. Aunque, en realidad, han sido las mujeres –las amas de casa– a través de decisiones diarias en el manejo del presupuesto de sus hogares, las que han logrado esa racionalidad.

Caretas/Cuánto, 15 de mayo de 1989



EL AJUSTE ESTATAL

PANTALÓN CORTO PARA EL ESTADO

- Adivinanza. Crece, crece, y pesa menos. ¿Qué es?
- ¿No lo sabe?
- Se encoge al estirarse. ¿Qué es?
- ¿Se rinde? ¿Otra pista?
- Se privatiza al estatizarse. ¿Qué es?
- Respuesta. El Estado peruano.

Nunca antes hubo más empleados públicos, más empresas estatales y más trámites. Sin embargo, el Estado peruano actual es el más pequeño en medio siglo.

¿Cómo se comprueba esta paradoja? ¿Cómo se explica?

En primer lugar, se debe precisar cómo se mide el tamaño del Estado. ¿Con base en qué puede decirse que un Estado es más grande o más chico que otro?

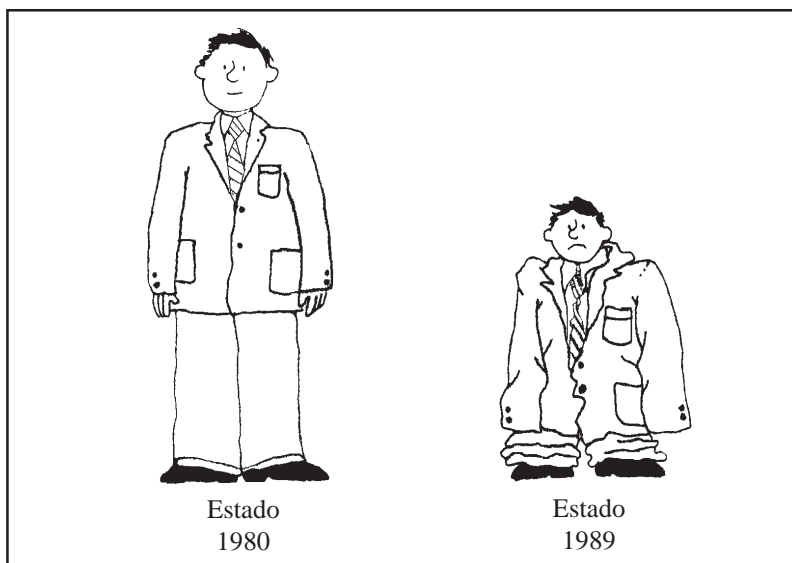
La dimensión de un Estado tiene un aspecto económico y otro político. En lo económico, su tamaño depende de dos factores: cuánto gasta el sector público y cuánto interviene en la actividad económica privada. Un Estado grande puede ser uno que gasta mucho (en planillas, inversión, gasto militar, pago de deuda, etc.), o dicta muchas leyes y regulaciones para controlar y dirigir al sector privado, o hace las dos cosas. En el aspecto político, la dimensión de un Estado se mide, más bien, en términos de cohesión social y de fuerza moral, aspectos más difíciles de cuantificar.

En el Perú no pareciera ser necesario disponer de un estudio sofisticado para determinar si el Estado es grande o chico. El Gobierno está en todo; hay una profusión de reglamentos y trámites para cada detalle de la actividad productiva, y el Estado mismo se compone de ochocientos mil burócratas, cientos de instituciones y otros cientos de empresas públicas. De allí que sea un lugar común que suframos de un exceso de gobierno.

Pero se trata de un error, al menos parcial. El Estado peruano actual es uno de los más pequeños del mundo.

Sólo el gasto del Gobierno central, en las 97 naciones que el Banco Mundial considera como países en desarrollo, alcanza en promedio 25% del producto nacional. En las ahora privatizantes naciones vecinas de Chile y Bolivia, la proporción pasa de 30% y en el Perú, esa cifra difícilmente pasará de 8% este año. Muy pocos países, como Uganda y Paraguay, nos acompañan con porcentajes menores de 10%. La inclusión del gasto de las empresas públicas no varía mucho las cifras. La estatización de la actividad productiva sigue siendo una realidad común de la gran mayoría de los países.

También mirado históricamente resulta pequeño el Estado peruano de 1989. Considerando el gasto público total, o sea incluyendo el déficit de las empresas públicas, el gasto actual es aproximadamente 9% del producto nacional, menos de la mitad del nivel alcanzado por Morales Bermúdez (20.0%) y el segundo período de Belaunde (20.7%) –como se aprecia en el gráfico de la página 88–. Lo extraordinario es que el gasto público actual resulte siendo aún más pequeño como proporción del producto nacional, de lo que fue durante el gobierno de Odría (10.1%).



Un detalle impactante es que la inversión pública casi ha desaparecido. En los años 1981-1984 llegó a representar un 7.5% del producto nacional, en 1989 será apenas un 2.5%. Y si la comparación se efectúa no en términos de proporción del PBI, sino en el nivel real de inversión, la caída es mayor, debido a la contracción sufrida por toda la economía. Así, mientras la inversión pública del período 1981-1984 fue algo más de 4,000 millones de dólares por año, este año difícilmente llegará a 900 millones de dólares, o sea, menos de la cuarta parte.

¿Por qué entonces subsiste la idea de un Estado grande? Hay dos razones. Una que el achicamiento del Estado es muy reciente (ver gráfico de la siguiente página), y el público recién empezará a descubrirlo.

Pero la razón más importante es la ilusión óptica que produce el ropaje del Estado. Este se ha desinflado, pero tiene todavía puesto el traje de un Estado grande. Donde resulta más evidente este contraste es en el tamaño de la burocracia, que sigue siendo, como correspondía al gasto, mucho mayor hace unos años. Durante el gobierno actual, el gasto en planilla se ha reducido a la mitad, pero el número de empleados públicos incluso ha aumentado.

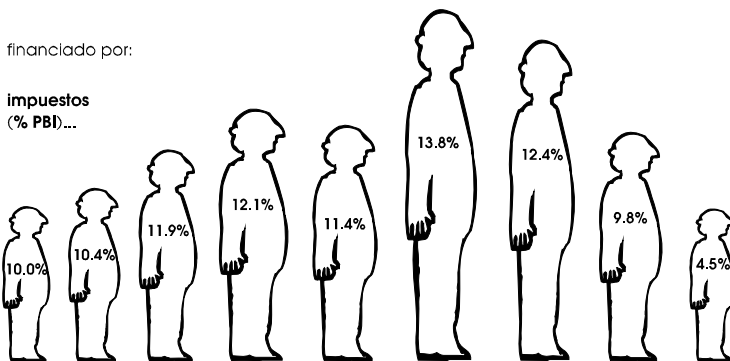
TAMAÑO DEL GASTO PÚBLICO

Gasto Público
(% PBI)...

Odría	Prado	Junta Militar	Belaunde	Velasco	Morales B.	Belaunde	García	García
10.1%	10.9%	13.5%	15.2%	16.6%	20.0%	20.7%	14.4%	9.0%

financiado por:

impuestos
(% PBI)...



Déficit
(% PBI)...

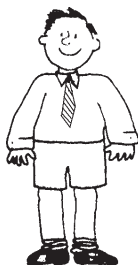
0.1%	0.5%	1.6%	3.1%	5.2%	6.2%	8.3%	4.6%	4.5%
1950-56	1957-62	1963	1964-68	1969-75	1976-80	1981-85	1986-88	1989

La otra causa de la ilusión óptica viene de la frondosa y aún creciente reglamentación de la actividad productiva privada. En el papel, el Perú es uno de los países con mayor controlismo estatal en el mundo. Pero la realidad es otra. La mayor parte de la actividad económica evade esa reglamentación. Se pensaría que esa evasión se circunscribe al sector informal (que incluye mucha venta no facturada de empresas formales) y a la actividad ilegal del narcotráfico, del contrabando y de la corrupción oficial. Pero la ineffectividad de los controles empieza en realidad, dentro de la misma empresa estatal, como lo puede confirmar cualquier ex ministro de Economía, frustrado en sus intentos de fiscalizarla. Las empresas estatales deciden sus propias inversiones, planillas, tecnologías, ubicaciones y si pagan impuestos o no. La evasión del "control" estatal se manifiesta también de una forma legal y más sutil, a través de la frecuente aplicación de exoneraciones, de permisos especiales, de compensaciones financieras de los créditos de la

banca de fomento y otros subsidios. Esto es válido tanto para las empresas públicas como privadas.

El achicamiento del Estado no es cosa pasajera. El nuevo gobierno quizás logre frenar la inflación, pero el Estado no regresará a su tamaño anterior por mucho tiempo. A nivel de gasto público, lo primero que tendría que hacer el nuevo gobierno es eliminar el déficit fiscal, o sea, el financiamiento de ese gasto mediante la maquineta del Banco Central. Eso significaría quitarle al nuevo gobierno la mitad de los fondos que en la actualidad financian el gasto público. Parar la inflación obligaría, inicialmente al menos, a reducir ese gasto de su nivel actual de 9% del producto nacional a sólo 4.5%, tamaño casi paleolítico en cuanto a la evolución de los Estados. Únicamente mantener el disminuido 9% de gasto público actual implicaría duplicar la recaudación actual de impuestos. Y recuperar el nivel real de gasto de hace una década requeriría no sólo cuadruplicar la tajada actual de los impuestos, si no recuperar además los niveles de producción de esa época.

Lo inevitable, entonces, es que el país se irá acostumbrando a vivir con un Estado mucho más pequeño. Con el tiempo, incluso, la necesidad impondrá un cambio de ropa. El Estado deberá quitarse el amplio terno de años anteriores y usar el pantalón corto que corresponde a su nueva estatura.



¿Estado 1990?

La radical disminución del Estado se ha dado bajo un gobierno que se define de izquierda. Y seguramente, durante el próximo gobierno, aunque éste se defina como antiestatista, el tamaño del Estado se irá recuperando. Cosas de la vida (peruana).

Cuánto, setiembre de 1989

EL CUENTO DE LA ESTATIZACIÓN DE LA BANCA

Fue una finta espectacular. El anuncio presidencial del 28 de julio. Los encandilados discursos contra los “grupos económicos”. Los comités interventores. Los misteriosos cambios en el proyecto de ley. Y finalmente, la misma Ley de Estatización de la Banca.

Una tirada de cintura.

Porque, con la otra mano, la que el público no ha estado mirando, el gobierno actual ha privatizado la banca.

En julio de 1985, los diversos bancos de propiedad estatal (Asociada, de Fomento, Nación y Banco Central) otorgaban el 60% del crédito recibido por el sector privado. Hoy, el aporte de la banca estatal se ha reducido a sólo 41%. El componente privado, por lo tanto, ha crecido de 40% a 59%.

La estadística anterior incluye a las mutuales, financieras y banca informal. Si consideramos solamente a los bancos, el grado de privatización del crédito ha aumentado de 30.6%, en 1985, a 48.3% en la actualidad.

En términos de la privatización de los orígenes del crédito, hemos regresado a los niveles pre-Velasco.

¿Cómo se ha logrado esta “transformación estructural”?

Ningún banco ha cambiado de dueño. El mecanismo ha sido más sutil: la banca estatal se ha achicado. La banca de fomento, por ejemplo, está en vías de desaparición. En 1985, los préstamos del Banco Agrario, Industrial, de la Vivienda, Minero e Hipotecario alcanzaban una cifra equivalente al 4.7% del PBI. En el año 1983 la cifra llegó a ser 8.9%. Hoy, el porcentaje correspondiente es 1.1%.

La explicación es simple: la banca de fomento ha regalado todo su capital, cobrando tasas de interés muy por debajo de la inflación.

La banca asociada también se ha reducido. En 1985 otorgaba el 37% del crédito total prestado por la banca comercial al sector privado; hoy sólo el 31%.

Otro factor ha sido la aparición de la banca informal, que hoy alcanza algo más del 10% del crédito total a la actividad productiva.

Todo lo cual demuestra la poca confianza que merecen los políticos. Los del gobierno hacían lo imposible para convencer al país de los méritos de la estatización de la banca... y simultáneamente la privatizaban. Y los de la oposición piden privatización... sin percatarse de que ya se está dando.

Cuánto, noviembre de 1989

GASTOS DE REPARACIÓN

Terno apollado, al sastre. Para zapato viejo, suela nueva. ¿Vaso de la licuadora rajada? Soldimix. ¿Que faltan micros? Importarlos usados. ¿Que gotea el agua? A cambiar las huachas. ¿Huecos traga carros en las pistas?, a taparlos. Torres derrumbadas, a levantarlas. Equipos que ya duraron 40 años, que duren 41.

Después de quince años de crisis, somos un país para reparar. Y lo nuevo, tendrá que esperar.

Hace ocho años el Estado se daba el lujo de gastar 2,904 millones de dólares (de 1990) para levantar obras nuevas de toda índole; este año, el gasto estatal en obra nueva apenas alcanzará 1,194 millones. Pero si, en vez de construir, nos dedicáramos a reparar y a mantener lo que ya tenemos, el dinero estatal alcanzaría para mucho. Por ejemplo, reparar los micros antes de avanzar el tren eléctrico.

El Estado debería aprender del ama de casa, quien ya se puso en la tónica de la reparación. Si no, no se explicaría que lo que más subió en los últimos seis meses han sido los precios cobrados por los sastres, zapateros, gasfiteros y mecánicos. El Índice del Costo de Reparación de Cuánto ha sufrido un aumento de 44% en seis meses (julio 1990 - febrero 1991), con

relación a los demás precios. Esto significa que la gente ya no compra cosas nuevas y más bien se ha dedicado a reparar en gran escala hasta los objetos más inimaginables

Usar parche no es lo más elegante, pero tampoco luce mal. En todo caso, no nos queda otra, salvo hacer de la necesidad, una virtud.

Cuánto, marzo de 1991



LA PARIDAD CAMBIARIA

SIN CÉNTIMOS, POR FAVOR

Más y más se escucha, y se lee, la frase paridad cambiaria.

Todos saben lo que cuesta el dólar. Basta mirar cualquier noticiario o periódico.

Pero ¿cuál debería ser ese precio? ¿Cómo saber si debiera estar más alto, o más bajo que su nivel actual?

“No problem”, dice el economista. Y al toque presenta un cálculo exacto, con céntimos y todo, de la paridad cambiaria, que en la jerga propia de su profesión significa “el tipo de cambio correcto”.

Pero sí es un problema, porque calcular el precio correcto del dólar tiene mucho de adivinanza.

La razón es que el tipo de cambio trae mucha cola; si hoy está barato, mañana habrá menos exportación y más apego a las cosas importadas. Contrariamente, si hoy escasea el dólar, la inversión se dirigirá hacia la exportación y el consumo hacia lo nacional.

Es por eso que el precio “correcto” del dólar no es un asunto sólo del momento: depende de cómo será y cómo queremos que sea el futuro.

El precio correcto, o de paridad del dólar, es el que señala el camino para los próximos años.

De allí que, para determinar el nivel correcto del dólar, se necesite más que fórmulas matemáticas, una buena bola de cristal.

Pero, entonces, ¿cómo hace el economista para calcular tan exactamente esa paridad?

El método es muy práctico, desde el punto de vista de guardar su imagen profesional. En vez de admitir que es poco lo que su ciencia puede precisar, y que todo cálculo de la paridad es una especulación, calcula una cifra exacta... mirando al pasado.

“El futuro –dice uno– se parecerá al año 1985”. Otro toma un año diferente como imagen de lo que viene. Luego, –dice– el nivel correcto para el dólar es el que regía en el año escogido. Corregido, naturalmente, por la inflación.

En otras palabras, lo que calcula el economista es una “paridad para atrás”, cuando, precisamente, la paridad debe ser “para adelante”. O sea, un nivel del dólar que prepare al país para lo que viene.

Para defensa del lector, hay una regla infalible para que no le vendan gato por liebre en materia estadística. Es la regla de los céntimos.

Si la cifra de paridad es exacta, sobre todo si viene con céntimos, es un engaño. Sólo el pasado se puede ver con tanta precisión.

Cuánto, noviembre de 1989

CALCULE USTED MISMO LA PARIDAD CAMBIARIA

(El precio correcto del dólar)

□ El siguiente ejercicio le permitirá calcular cuál debería ser el nivel del dólar actualmente –la paridad cambiaria. Como verá, la paridad depende de lo que se suponga y de lo que se busque para el futuro.

□ Responda las ocho preguntas. Cada respuesta tiene un valor en intis, positiva o negativa. Anote las cantidades que corresponden a sus respuestas. Sume las cifras obtenidas y luego sume este resultado con el precio actual del dólar libre (6,000 intis).

1. ¿Cuál debe ser el crecimiento anual del producto nacional durante los próximos cinco años?

<i>% anual</i>	<i>I/.</i>	
0	0	
3	+ 2,000	
6	+ 4,500

2. ¿Debemos pagar la deuda externa?

	<i>I/.</i>	
Nada	0	
Un poco	1,000	
Bastante	2,000

3. ¿El Perú recibirá capitales externos por un valor mayor a los intereses y repagos de créditos anteriores en...?

<i>Millones US\$</i>	<i>I/.</i>	
<i>por año</i>		
200	0	
600	- 800	
1,000	-1,700

4. El Banco Central debe recuperar sus reservas de divisas en:

<i>Millones de US\$</i>		
<i>por año</i>		<i>I/.</i>
0		0
400		+ 800
800		+1,700

5. ¿El precio del cobre, de la plata y de los demás productos de exportación...

		<i>I/.</i>
Mejorarán en un 20%		- 900
Seguirán iguales		0
Bajarán en un 20%		+ 900

6. El narcotráfico...

		<i>I/.</i>
Se erradicará		+1,600
Seguirá igual		0
Aumentará en 50%		- 800

7. La violencia...

		<i>I/.</i>
Se reducirá significativamente		-600
Seguirá igual		+1,000
Seguirá aumentando		+2,500

8. La inflación anual será...

		<i>I/.</i>
Menos de 20%		- 800
Entre 20% y 100%		- 300
Más de 100%		0

Suma de las respuestas....

Más el tipo de cambio libre actual 6,000 intis

La paridad cambiaria

Según el economista

(Su Nombre)

Explicación

1. Tener una economía dinámica exige divisas para importar más materias primas, repuestos, equipos y maquinarias. Se necesita un dólar más caro para conseguir esas divisas a través de más exportaciones.

2. Pagar la deuda nos obliga a devaluar más.

3. A más capital externo, menos necesidad de exportar, y así, menos necesidad de devaluar. Pero sólo vendrá ese capital si estamos pagando la deuda (Pregunta N° 2). (Ojo con lo que respondió en la pregunta 2).

4. El país está desprotegido por falta de reservas de divisas. Pero recuperarlas exige exportar aún más, y por lo tanto, devaluar algo más.

5. Cuando suben las cotizaciones de los productos de exportación recibimos más divisas gratis, sin el esfuerzo de devaluar y exportar más cantidad de productos.

6. La erradicación exitosa del narcotráfico dejaría al país sin la mayor fuente actual de divisas, obligando a devaluar para compensar con nuevas exportaciones.

7. La violencia genera una fuga creciente de divisas, lo que debe ser compensado exportando más, y por lo tanto, devaluando más.

8. La inflación crea inseguridad para el capital, baja la inversión y el crecimiento y crea fuga de divisas.

Si se logra controlarla, podría devaluarse menos.

Cuánto, noviembre de 1989

Ooops

“La China, con un ingreso por persona de 370 dólares al año, es uno de los países más pobres del mundo”.

(...Ooops.. Borre ese comentario. Debe decir...)

“La China, con un ingreso por persona de 1,950 dólares al año, es la tercera economía más poderosa del mundo, después de Estados Unidos y Japón, en el ranking”.

“Fue un errorcito de cálculo”, dijo la semana pasada el prestigioso Fondo Monetario Internacional, al dar cuenta del cambio en sus estadísticas anuales.

Un errorcito... de 427%.

Bueno, *errare humanum est*, y el FMI, aunque algunos no lo crean, no es divino.

Mucho menos nuestras propias fuentes nacionales de estadística.

Pero nadie lo adivinaría al leer las estadísticas que publican las más importantes fuentes de datos, o los cálculos de economistas de fama. Con divina precisión (hasta el segundo decimal), nos dice alguno: “la paridad del dólar es 2.87 soles”.

¿No será 15.12 soles?

O sea, ¿no podrían nuestros técnicos estar cometiendo un error del tamaño de una China?, ¿o de un FMI?

Cuánto, junio de 1993



LA INFLACIÓN

CADA AÑO LA COMPRENDO MENOS

Indudablemente, la inflación es la historia de muchas relaciones, incluyendo la que todos tenemos con ella misma.

Teoría A: *La inflación se debe al alza de los costos.*

Hace unos años nos convencieron que tal era la causa, sobre todo por la devaluación. Según esta teoría, bastaba fijar el precio del dólar, de la gasolina y de otros costos de las empresas, y dar dos pases con la varita mágica y desaparecería la inflación. Teníamos que creer: la teoría nos la explicó un sagrado 28 de julio el mismo Presidente de la República.

Experimento 1: Por el espacio de 19 meses (agosto 1985 a marzo 1987) se cumplió religiosamente con lo que mandaba la teoría A. Se congeló el dólar para los importadores; también la gasolina y la luz. Y los intereses bancarios estuvieron regalados.

Resultado: el costo de vida subió 117%.

Experimento 2: Desde hace un año se ensaya nuevamente la teoría de los costos para bajar la inflación. Debido a la hiperinflación, el freno es parcial (semejando a un ciclista sin frenos en plena bajada de cerro, quien se trata de controlar arrastrando sus pies por la pista). Desde febrero de 1989, el dólar importador, el combustible y la electricidad fueron aumentados en 700%.

Resultado: el costo de vida subió 2,220%, tres veces más que los costos embalsados.

Teoría B: *La causa principal de la inflación es el déficit fiscal.*

Experimento: Durante el año 1989 el déficit fiscal fue del orden de 4% del PBI, menos de la mitad del 10% registrado en el año 1983.

Resultado: la inflación del año 1989 fue 20 veces mayor que la de 1983.

Teoría C: *El responsable de la inflación es la emisión de billetes por la maquina del Banco Central de Reserva.*

Experimento: Hace cuatro meses que se frena la emisión monetaria. De octubre de 1989 a febrero de 1990 la cantidad de intis se expandió en sólo 95%.

Resultado: la inflación de los últimos cuatro meses ha sido de 200%, más del doble de la emisión monetaria. (Otro resultado: faltan intis para el funcionamiento normal de la economía, lo que empieza a causar una reducción de la producción y del empleo).

Teoría D: *La inflación se ha vuelto un círculo vicioso: en buena parte la causa es simplemente la idea que tienen todos de que los precios van a seguir subiendo.*

Esta es la teoría de los que afirman que parar la inflación instantáneamente es posible. El problema es cómo lograr que todos cambien de idea. El ex ministro de Planificación de Bolivia, quien logró esa hazaña en su país, dice que la fórmula consiste en (I) cambiar el gobierno, (II) cambiar el Banco Central y (III) cambiar la moneda.

Pero, además, hace falta tomar medidas que den credibilidad cuando el nuevo gobierno anuncia que “desde hoy, se acabó la inflación”. Paradójicamente, las medidas centrales consisten en congelar el dólar, acabar con el déficit fiscal y “ponerle candado a la maquina”, o sea, las medidas que recomiendan las teorías A, B y C.

En otras palabras, aplicar la teoría D consiste en aplicar las cuatro teorías: A, B, C y D, simultáneamente.

(De hecho, ha habido una pérdida de religión en cuanto a las creencias económicas, especialmente en las referidas a la inflación. Pocos siguen creyendo en una sola teoría, aunque muchas veces sólo mencionan a una de ellas cuando opinan públicamente).

Experimento: Está programado para agosto próximo.

Caretas, 5 de marzo de 1990

UN VUELO SUPERSÓNICO

Cuando se viaja por avión, los momentos de mayor peligro son el despegue y el aterrizaje. Sobre todo el aterrizaje. El vuelo hiperinflacionario es igual.

La inflación pasó la barrera oficial de la hiperinflación en setiembre del 88, mes de verdadero lanzamiento, en el que los precios subieron 114%. En realidad, todo el segundo semestre de ese año fue período de despegue, porque la inflación se elevó de un nivel de 200 a 300%, a 2,000 a 3,000% por año.

El efecto de ese repentino cambio de velocidad fue poner patas arriba a la economía. En pocos meses, el público perdió un tercio de su poder de compra y las empresas un tercio de sus ventas. Entre mayo de 1988 y febrero de 1989, el producto nacional se redujo en 28%. El dólar importador vio casi doblado su precio real y los precios en general perdieron la brújula. El crédito se volvió un lujo extravagante. Para las empresas el resultado fue una lotería, pero una en la que casi todas perdieron.

Y luego, sucedió lo inesperado. En los primeros meses de 1989, el ambiente se calmó. Los precios continuaron su vuelo, pero a una velocidad constante. La producción y los sueldos empezaron a recuperarse, el dólar a abarataarse y el BCR a llenarse de reservas. Era la vida en las nubes, a 3,000% al año, sorprendentemente fluida. Como el vuelo suave de un DC-10.

Pocos se percataron de la relativa quietud del vuelo durante el 89 e inicios del 90. Unos, como pasajeros que vuelan por primera vez, no podían relajarse a esa altura. Los más nerviosos eran los economistas: sus esque-

mas no admitían la combinación de estabilidad con hiperinflación. Otros pasajeros estaban demasiado ocupados rajando del piloto. La mayoría de ellos –empresas y hogares– simplemente no estaba en condiciones de percibir la mejora en el ambiente global, o macroeconómico de la economía: se encontraba aún exánime por los efectos del despegue inflacionario y del colapso productivo del 88.

Pero la relativa tranquilidad del 89 –inflación predecible de 25% al mes, dólar barato, leve recuperación de los ingresos, de las ventas y de la producción– alguna huella dejó sobre el subconsciente colectivo del país. En algo explicaría la aceptabilidad de la cura gradualista, lo que supone convivir más tiempo con la alta inflación.

Se trata de una ilusión, como quien olvida sus problemas en el transcurso de un cómodo y largo viaje en jet. El vuelo sólo durará lo que sirva el combustible.

El combustible de la inflación es el ahorro en la forma de billetes o de depósitos en los bancos. Es la quema de ese ahorro lo que posibilita el gasto inflacionario. También es posible quemar reservas –del BCR, de petróleo, de minerales– y consumir capital ya instalado, dejando de reparar los caminos y las máquinas.

Desde junio del 88 se ha consumido el 70.2% del ahorro financiero del país, la mayor parte de las reservas del BCR y una parte importante del capital físico nacional. El combustible se agota.

Y sería una intrepidez creer en la posibilidad de calcular el casi fin del combustible, con la intención de demorar o alargar el aterrizaje. El último momento de una hiperinflación, como el de muchas hogueras, es de violenta llamarada.

La inflación del 40% en abril abre una nueva etapa; de mayo a agosto, como mínimo, nos espera inflación creciente, medidas oficiales desesperadas, cambios sorpresivos en los precios relativos, caídas bruscas en el poder de compra, escaseces y caídas en la producción. Un período que tendrá más parecido con los borrascosos meses del 88, que con la etapa quieta del 89.

Alargar el período de la estabilización será alargar una etapa cuyas características serán muy distintas, más dañinas y más dolorosas que la que se ha estado viviendo durante el último año.

Todo aterrizaje es peligroso. Pero si no lo hace el piloto, el vuelo acabará sólo por la falta de combustible. Y sería, además, una caída en picada.

Newsletter de Good Year, mayo de 1990



EL FIN DE UNA ERA

EL FIN DE UNA ERA: UNA REFLEXIÓN

Terminó 1989 y muchos creen que es el principio del fin, cuando, en realidad, es el principio del principio.

Dios, por fin se hizo peruano, y nos quitó el maná caído del cielo.

Con el fin de los años 80 terminó la era de la fortuna en el Perú.

Durante cientos de años el Perú ha vivido de la riqueza fácil, de riqueza no creada sino recibida en bandeja.

La Era de la Abundancia

De los incas, los españoles heredaron dos tesoros: el oro, que impactó al mundo del siglo XVI e hizo sonar la frase “vale un Perú” en toda Europa. Y una nación equipada con infraestructura, caminos, canales de irrigación

y organizada socialmente para producir y concentrar riqueza en manos de unos pocos. El segundo duró más que el oro y acaso también rindió más.

Al oro le sucedieron otros recursos naturales: la plata, el guano, el caucho, el azúcar, el algodón, el cobre, la anchoveta, el petróleo y la coca. Cada uno generó fortunas para unos pocos, y una vida cómoda para muchos otros. Paralelamente, la tecnología, la infraestructura y los mecanismos de control político heredados de los incas continuaron funcionando durante siglos, y generando ingentes rentas para algunos.

Más adelante, el ingenio criollo descubrió una nueva fuente de riqueza fácil: la declaración de quiebra.

Cuatro veces en dos siglos el Perú terminó apropiándose de una fortuna con fondos prestados del exterior. La mayor parte de esos fondos fue prestada a los gobiernos y terminó beneficiando a las cúpulas políticas y económicas del momento.

Viveza: 20; Sabiduría: 0

Si hubo viveza, faltó sabiduría, porque, una a una, se fue depredando y acabando con esas fuentes de fortuna.

La sobreexplotación, el descuido por la eficiencia y la despreocupación por la inversión han terminado por menguar, y a veces arruinar las fuentes de riqueza. Hoy importamos azúcar, caucho, petróleo y fertilizantes.

La pesca por habitante es un tercio de lo que fue hace veinte años. Y la agricultura, que en 1955 producía 26% del ingreso nacional, hoy sólo produce 6%.

Pero no todo desapareció: a pesar del abuso y el descuido, aún quedan importantes fuentes de riqueza. La minería, por ejemplo, con una producción actual 5 veces mayor a la de hace 40 años.

Lo que sucede es que ahora son más manos en pos de esa riqueza. Y resulta más difícil para unos pocos monopolizar el dinero fácil. El poder

político está más repartido; han aparecido sindicatos, movimientos sociales y regionales, comités de barrio y partidos políticos. El país es más democrático. Por fin se ha desgastado el control político y económico heredado de los incas.

Manotazos de Ahogado

La cornucopia de la abundancia –perennizada en nuestro escudo nacional– no quedó vacía de un momento a otro.

Conforme se agotaban los recursos naturales y perdida la capacidad política para frenar las demandas de la población, se fue recurriendo más y más a medidas extraordinarias: créditos externos imprudentes, funcionamiento de la “maquinita”, y por último, uso de las reservas internacionales del Banco Central.

Pero eran manotazos de ahogado, formas de extender un poco más la vida cómoda de cúpulas adineradas y de clases medias que han venido participando crecientemente en el reparto de dólares baratos, créditos regalados, servicios públicos subsidiados, exoneración de impuestos, sueldos del Estado, etc.

El Fin de “Papá Gobierno”

En la primera etapa de la era de la abundancia, la riqueza iba directamente a manos privadas.

Ahora, es el Estado el principal captador y repartidor del dinero fácil. Y, por lo tanto, el Estado termina siendo la primera y mayor víctima de la desaparición de esas fuentes de fortuna. Fuera de los impuestos, esas fuentes incluían recursos captados con menos esfuerzo y menor costo político inmediato. Por ejemplo, el crédito externo que en su mayor parte fue a parar al Gobierno y las empresas públicas. También las divisas, que el Estado canalizó en sus propias manos a través del BCR y a costa de los exportadores. El ahorro del público, que el Estado dilapidó en créditos baratos. Y los billetes de la maquinita y las reservas internacionales que también fueron

repartidos por el Estado. Todo esto se ha esfumado, o está en proceso de extinción.

Así, aunque hay más empleados públicos y empresas estatales que nunca, tanto el nivel real como la tajada del gasto público se han reducido drásticamente en los últimos años.

Como sostuvo Cuánto en setiembre de 1989, el gasto total del Estado en ese año fue menos del 10% del PBI, apenas la mitad del 21% alcanzado entre 1976 y 1985. Este recorte fue el resultado inevitable del colapso de la recaudación de impuestos, de 15% del PBI en años anteriores a 5% en 1989, y de la desaparición de los créditos externos.

Lo mismo viene sucediendo con las otras fuentes del reparto estatal. El crédito del Banco Agrario, por ejemplo, que llegó a representar la suma de 418 millones de dólares en el año 1981, se había reducido a 111 millones en 1989. El reparto de divisas, con altibajos, sigue una inexorable tendencia a la baja, porque la exportación se estanca y porque se acaban las reservas. Y hasta la emisión de billetes, que en números crece fabulosamente cada año, en realidad se achica, si la miramos como una proporción del producto nacional.

La Era del Trabajo

Empieza, entonces, una era de las vacas flacas en el Perú. Sus primeras fases –quizás una década o dos– serán de pobreza. Para la mayoría de la población, el cambio pasará inadvertido porque no disfrutó de las vacas gordas.

El gran cambio será, más bien, para los que antes podían enriquecerse del dinero fácil, así como para las clases medias cuyas comodidades no estuvieron del todo justificadas por su esfuerzo.

En el futuro, mucho más que antes, el enriquecimiento y la comodidad serán frutos más bien del trabajo y del esfuerzo. Y esto no por alguna decisión política, sino porque las circunstancias así lo imponen.

A la larga, y aunque a muchos les suene irónico, es lo mejor que puede haberle sucedido al país. Por eso, merece recibirse el año con optimismo.

Cuánto, enero de 1990

Capítulo 3
AÑOS DE CORRECCION
(setiembre 1990 - setiembre 1992)

Breve Cronología: Set. 1990 - 1992

INDICADORES ECONOMICOS, 1985-94 (Tasas de crecimiento promedio anual)

	1985-86	1987- Ago. 88	Set. 1988- Ago. 90	Set. 1990- 1992	1993-94
<i>PBI</i>	6.3	-5.8	-12.5	6.5	9.0
<i>Inflación</i>	105.2	231.2	8,413.8	117.5	26.9
<i>Tipo de Cambio Libre 1/</i>	92.9	335.2	3,626.7	100.8	14.5
<i>Salarios reales 2/</i>	7.3	-10.6	-54.3	37.2	20.1
<i>RIN 3/</i>	866	-261	106	2,425	6,152

1/ Fin de período.

2/ Lima Metropolitana.

3/ Reservas Internacionales Netas del Sistema Bancario a fin de cada período. En millones de dólares.

Presidente: Alberto Fujimori (1990-1995)

Ministro de economía:

	Desde	Hasta
Ing. Juan Carlos Hurtado Miller	28/07/90	14/02/91
Dr. Carlos Boloña Behr	15/02/91	07/10/93

- Se deroga la Ley de Estatización de la Banca (diciembre de 1990).
- Una epidemia del cólera llega violentamente al Perú (febrero 1991).
- Es asesinada por terroristas la dirigente popular y Teniente Alcaldesa de Villa El Salvador, María Elena Moyano (febrero de 1992).
- El Presidente Fujimori, con apoyo de fuerzas del orden, anuncia disolución del Parlamento nacional, Consejo Nacional de la Magistratura, Tribunal de Garantías Constitucionales y del Ministerio Público (5 de abril de 1992).
- A las 9:15 de la noche estalla coche-bomba en la segunda cuadra de la calle Tarata, de Miraflores, provocando la muerte de 18 personas (16 de julio de 1992).
- Es capturado el líder terrorista de Sendero Luminoso Abimael Guzmán (12 de setiembre de 1992).
- Frustrado intento de golpe de Estado, encabezado por el General EP, Jaime Salinas Sedó (noviembre de 1992).



VIGILANDO EL AJUSTE

“NO SE PUEDE”

“No se puede”, dijo en julio el entonces premier designado, Hurtado Miller (*), al entrevistador de la televisión cuando le preguntaron si el nuevo Banco Central eliminaría la emisión monetaria.

Dio una explicación. “Se tiene que financiar al Banco Agrario para dar crédito a los campesinos”.

Para seguir emitiendo billetes nunca faltan las razones. Razones de urgencia, de peso. Otras veces es el pago de los empleados estatales o la compra de equipamiento militar, o el pago de una deuda externa, o el subsidio al pan y a las medicinas.

Hace algunos años, otro primer ministro calificó públicamente de “traidor a la Patria” a un presidente del Banco Central cuando no quiso emitir billetes para uno de esos pagos “urgentes”.

Lo que nunca parece ser urgente, ni tener peso, es el lento, continuo y seguro hundimiento del país ante el caos financiero.

Podemos salir adelante, pero un requisito es empezar a decir “sí se puede”. Sobre todo si se es funcionario público.

* El ingeniero Juan Hurtado Miller fue ministro de Economía entre el 28 de julio de 1990 y el 14 de febrero de 1991.

Todo gobierno formula un plan de desarrollo. El actual ha demorado en su preparación, por razones entendibles, pero algo ya se ha avanzado y, seguramente, los detalles serán completados en las próximas semanas. Esos planes se centran en las cifras económicas de inversión y de producción. Se trata de variables de peso.

Sin embargo, hay algo que está faltando en esos planes. Es el aspecto psicológico: la “garra”. ¿Se imaginan a Man Bok Park, el entrenador de nuestra exitosa selección femenina de vóley, diciendo a las jugadoras “no se puede”?

Señor premier, verá que “sí se puede”.

Cuánto, agosto de 1990

¿QUÉ HA CAMBIADO?

Alguien zarandó el piso: los precios por las nubes, las ventas por el suelo, todo patas arriba. Agosto fue un mes para no recordar. Ahora que empezamos a ponernos de pie nuevamente, veamos qué cambió. En relación a los precios, todos subieron, por supuesto. En promedio, el alza fue de 4.8 veces. Pero si todos hubieran aumentado igual (4.8 veces), no habría cambiado nada, y el paquetazo hubiera sido un puro capricho. Pero no fue así.

Fue por lana...

Los precios regulados por el Gobierno –combustibles, servicios públicos, leche, pan, etc.– fueron elevados 7.2 veces. En comparación con el aumento promedio de 4.8 veces, representa un encarecimiento real de 50%. Ese 50% es el resultado más importante de todo el mes de agosto. Los precios regulados por el Gobierno fueron, después de todo, la madre del cordero. El paquetazo se dio justamente porque estaban demasiado bajos, y causaban un fuerte drenaje en el presupuesto nacional. A su vez, ese drenaje

era el motivo principal del ciclo déficit fiscal, emisión monetaria y creciente inflación. De allí que todos los partidos habían acordado la necesidad de elevar los precios de los productos y servicios regulados por el Gobierno, aunque algunos lo querían hacer más gradualmente. Lo lamentable es que, para lograr ese modesto aumento de 50% en los precios regulados, haya sido necesario elevarlos en 620% (7.2 veces). Y, de paso, zamaquear tanto al país. Fue como subir las dunas de Huacachina: das un paso y te resbalas medio paso. Sólo que, con los precios, la relación fue mucho peor. Para avanzar un paso tuvo que caminarsé doce. Esperamos que ese 50% sea suficiente para que el Estado pueda cubrir sus gastos sin recurrir más a la maquina del BCR, y que permita así terminar con la inflación...

Y salió trasquilado

La gran sorpresa de agosto fue la caída del dólar. Se daba por descontado una disparada. Después de todo era un sinceramiento. Si se descuenta las 4.8 veces de aumento promedio de los precios, resulta que el dólar de Ocoña de hoy cuesta menos de la mitad de su costo a fines de julio. El dólar que reciben los exportadores también se abarató en un 40%. Ni el Gobierno lo esperaba. Otro rubro que se abarató fue el de los alimentos nacionales, que hoy cuestan, en promedio, un 30% menos. Tampoco era uno de los objetivos gubernamentales; al contrario, la idea era favorecer a la agricultura con mejores precios. Pero ocurrió lo contrario. Los productos de fábrica también se abataron en un 19%, mientras que los servicios personales y de empresa (lustrada de zapatos, alquileres de vivienda, servicio doméstico, consultas médicas, etc.) se defendieron, subiendo 10% más que la inflación. El otro gran cambio tampoco querido por nadie fue el colapso de los ingresos y de la producción. A pesar de los aumentos, el poder de compra de las remuneraciones se contrajo entre 30 y 60%. Los que más perdieron fueron los estatales (-61%). Y la producción sufrió una drástica caída, cuya magnitud aún no está precisada, pero que seguramente se sitúa entre el 15 y 20%.

El premio consuelo del mes fue el aumento de las reservas internacionales del BCR en 154 millones de dólares.

Cuánto, setiembre 1990

FALTA LO DIFÍCIL

Ya lo había dicho Jeffrey Sachs, el Maradona de los economistas en el campo de la inflación, cuando nos visitó en junio. “Cualquiera puede parar una hiperinflación durante un mes. Muchos países lo han hecho. El logro es impedir la recaída”.

Es como la vieja broma del fumador que dice: “yo puedo dejar de fumar cuando quiero, lo he hecho varias veces”.

Brasil, en el campo de la inflación, es como ese fumador. También diría: “puedo parar la inflación cuando quiero, lo he hecho varias veces”.

Es que el shock necesitó mucho coraje y altruismo políticos, por lo que felicitamos al presidente Fujimori y a su jefe de Gabinete. Pero, evitar una recaída requerirá un esfuerzo, quizás más difícil, de perseverancia y sacrificio.

En las próximas semanas habrá muchas presiones para que suban nuevamente los precios: impuestos adicionales, aumentos salariales, elevaciones de precios para cubrir los costos de reposición, escasez de alimentos y corrección de un dólar barato.

Todas son buenas razones para alzar los precios. Y todas son chispas que volverían a encender la hoguera inflacionaria.

Después de varios años de estabilidad, cualquiera de estas alzas sería igual que chispas que caen en campo mojado. Pero, ahora la gente está atenta ante cualquier indicio de recaída para regresar a los malos hábitos.

Si perseveramos, cada mes de sacrificio valdrá su peso en oro —en producción y salarios futuros—. Si evitamos la recaída, con los recursos que tenemos, nadie nos para.

Cuánto, setiembre de 1990

EL TIGRE ESTÁ VIVO

“La inflación es un tigre, y sólo tendrán una bala para matarla”, nos advirtió Gonzalo Sánchez de Lozada (*), ex ministro y artífice de la estabilización de Bolivia. Fue en abril, antes del cambio de gobierno.

La bala se disparó el 8 de agosto. Para alivio de tirios y troyanos, el tigre rodó por el suelo y, a todas luces, yacía muerto. Pero, ¡cielos!, ahora empieza a moverse.

Las señales de vida no impresionan a primera vista, pero, tratándose de un tigre, dan que pensar. Después del disparo, hubo un “silencio” inflacionario que duró cinco semanas: los precios incluso bajaron en ese período. El primer parpadeo del tigre fue la última semana de setiembre, cuando los precios se elevaron en 2.0%. De allí, cada semana ha visto una recuperación de fuerzas: 2.2% la primera de octubre, 2.7% la segunda y cerca de 3.0% la tercera.

¿Serán los últimos estertores o se levantará la bestia para atacar con furia redoblada?

Ciertamente, no se puede prever el futuro extrapolando la tasa mensual que corresponde a las alzas recientes –o sea, 11% al mes–. Sería tan absurdo y peligroso, como suponer que la velocidad futura del tigre será la de sus tambaleantes movimientos iniciales. Si el disparo dio en el blanco, las alzas de precios que empiezan hoy a alarmarnos se irán reduciendo por sí solas; será cuestión de esperar con sangre fría. Pero si la herida no es mortal, debemos prepararnos para un rápido regreso del torbellino anterior.

Para evaluar estas dos posibilidades, hagamos un aparte sobre las causas de la inflación. Son dos los mecanismos de fuerza que mueven el nivel de los precios: el mercado y la psicología. En el mercado, la causa normal de la elevación de los precios es el exceso de la demanda. Pero los precios pueden subir aun cuando no existe exceso de demanda, incluso en plena recesión, si es que el público llega a creer que la inflación continuará. Este

* *Ministro de Planeamiento de Bolivia en el período 1986-85. Fue elegido Presidente de esa república en las elecciones de mayo de 1993, asumiendo el mando en agosto de ese año.*

fenómeno psicológico –difícil de conocer, y más de controlar– se conoce como el de las “expectativas inflacionarias”.

Afortunadamente, cuando los precios son estables por un período largo, las expectativas se “duermen”, y los factores reales de la economía, como son la productividad y las condiciones del mercado, se imponen cada vez que se fija un precio o un salario. El gran peligro de “un poco” de inflación es que termina despertando a esas expectativas. Cuando la cosa avanza, y se llega a las alturas de una hiperinflación, los papeles se invierten. Todos se olvidan de la productividad y de otros factores reales del mercado, y lo único importante en el manejo de los precios viene a ser “no quedarse”. Es así que la virulencia del proceso hiperinflacionario se debe a la interacción de estas dos fuerzas: el exceso de demanda y la psicología.

Matar al tigre, entonces significa dos cosas: eliminar las fuentes de expansión monetaria que impulsan la demanda y lograr que el público, de un momento para otro, deje de creer que los precios seguirán subiendo.

En mi opinión, el tigre está vivo. El disparo y el paréntesis inflacionario de agosto y setiembre no han logrado el necesario “lavado de cerebro”. Además, las presiones para hacer funcionar la maquinita y elevar la demanda, se multiplican.

Lo que queda ahora es un largo y sangriento mano a mano con el tigre.

Newsletter de Good Year, octubre de 1990

LA FE: PRIMER EFECTO DEL AJUSTE

¿Cómo se le enseña a un niño a montar bicicleta? Primero, se le sube al aparato, y luego uno corre a su lado sosteniéndolo. Pero, en cierto momento, se le suelta.

El truco está en que el niño no se dé cuenta de ese momento. Creyéndose protegido, el niño termina equilibrándose y pedaleando solo.

Hace pocos meses, cuando se debatían los planes de gobierno de los distintos candidatos, todos repetían una gran “verdad”: el primerísimo paso para salir del hoyo tenía que consistir en obtener una importante ayuda externa. Economistas de peso nos aseguraban que era impensable frenar la inflación sin tener divisas, las que sólo podrían obtenerse como un préstamo de los países amigos. Y, ni hablar de la recuperación de la economía sin el capital de afuera.

Los candidatos le hacían el juego a esta “verdad”, rivalizando para convencernos de sus “contactos” en el exterior y el Fondo Monetario Internacional –el cuco para el anterior presidente– se convirtió en el santo de su devoción.

Hoy, la inflación se encuentra contenida, las ventas y el empleo se recuperan, y las arcas del Banco Central tienen 600 millones de dólares. Todo esto, sin haber recibido un dólar de nueva ayuda.

Sin darnos cuenta, creyendo en el apoyo que iba a venir de afuera, terminamos equilibrándonos y pedaleando solos.

Si los Reyes Magos nos quieren visitar, bienvenidos. Pero ahora sabemos que el verdadero regalo ya nos lo dieron: la fe.

Cuánto, diciembre de 1990

UN AÑO DE GOBIERNO

Al cabo de un año de gobierno, es un buen momento para tomar el ascensor y subirse al techo de la torre del Centro Cívico. Sin ninguna intención trágica; sólo para ver el horizonte. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?

¿Ha sido el año del shock? No exactamente. El shock empezó a mediados de 1988 y terminó en setiembre de 1990. Si nos atenemos a la caída de la producción nacional, ésta descendió en 17% a lo largo de los nueve trimestres antes del cambio de gobierno. Si medimos más bien el consumo familiar de los limeños de estratos bajo y medio, éste se redujo en 53% entre 1985 y junio de 1990 –antes del cambio de gobierno–.

Ese shock se extendió hasta agosto de 1990, agravándose severamente por la fuerza especial de las medidas de ese mes. En un trimestre, el PBI bajó en un 18% adicional y los ingresos familiares en un 24% adicional. En los meses siguientes, o sea, la mayor parte de este primer año de gobierno, tanto la producción como los ingresos familiares han experimentado una gradual recuperación, retornando, aproximadamente, a los niveles de la etapa anterior de gobierno. El salario privado actual se ubica 50% por encima de su nivel en setiembre de 1990, y el PBI en 36%.

¿Dirá la historia que fue el año en que se liquidó al sector público? Tampoco es exacto. Más correcto sería decir que las medidas liberalizadoras y desreguladoras del presidente Fujimori han venido oficializando lo ya ocurrido. El Estado se encogió drásticamente durante los dos años y medio antes del cambio de gobierno: en ese período la recaudación y el gasto público se redujeron en cerca de 80%, o sea, a un quinto de su nivel en 1987; las empresas públicas perdieron gran parte de su participación en el mercado y de su capacidad operativa; y el Estado perdió todo control sobre los mercados de cambio y de crédito, y sobre la economía en general. Lo que subsistía el 28 de julio de 1990 era, en gran parte, la fachada del Estado –los edificios, equipos y empleados de las entidades públicas, y los decretos y leyes en el papel.

¿Qué se avista en la otra dirección, mirando para adelante? En realidad, es una perspectiva brumosa: sólo el atisbo de un camino que se bifurca. Se distingue que una de esas sendas laboriosamente escala una pedregosa montaña, pero la bruma no deja entrever su destino. La otra senda, más corta, desciende suavemente sobre un verde páramo, hasta llegar al borde de un precipicio.

Aún no se distingue cuál senda habremos tomado.

Newsletter de Good Year, julio de 1991

GEOGRAFÍA Y AUSTRERIDAD

¿Es necesario sufrir tanta austeridad, tanto apretón del cinturón? Los técnicos, los ministros y el ejemplo de países en todos los continentes nos dicen que sí; que no hay alternativa; que estamos pagando los pecados de desmanejos anteriores.

¿Quién entonces es el atrevido que declaró hace pocos días al prestigioso diario londinense, el *Financial Times*, que “¿tienen que existir medidas para proteger a la población más pobre. Si no, los programas de ajuste no funcionan?”.

¿Un diputado de izquierda?, ¿un obispo seguidor del padre Gustavo Gutiérrez? En todo caso es evidente que se trata de un bien intencionado que no entiende de números, que no se percató de que un país en crisis simplemente no tiene con qué “proteger a los pobres”.

Pero el autor de esa declaración fue el señor Lewis Preston (*), presidente del Banco Mundial. Y no fue un comentario aislado.

“Hace diez años que venimos insistiendo en el ajuste, pero esta fórmula no está cumpliendo con su cometido”.

Me dijo recientemente el ejecutivo de una de las más importantes instituciones multilaterales de crédito, haciendo coro con otros personajes que expresan sus dudas acerca del esquema del ajuste financiero.

¿Qué hacer en el Perú? ¿Debemos abandonar la austeridad y financiar las medidas de protección social que recomienda el señor Preston?

Antes de tirar por la borda todo el esfuerzo de los últimos dos años, cabría fijarnos bien en la declaración completa del señor Preston –se refería a los países de Europa Oriental–. O sea, el remedio para los países más pobres seguirá siendo el mismo: la austeridad total. Para los hijos pródigos del ex mundo comunista, la receta será la austeridad matizada –para “proteger a los pobres”–.

* Presidente del Banco Mundial desde setiembre de 1991 hasta su muerte (4 de mayo de 1995).

Un director del Fondo Monetario Internacional cuyo país colinda con el ex bloque soviético, me lo explicó con toda claridad: “En realidad, ahora nos damos cuenta que no existe la llamada pobreza absoluta, es una cuestión relativa; y la pobreza que se ve actualmente en Polonia y Hungría es tan urgente como la del Tercer Mundo. Además, si no los ayudamos nos invadirán masivamente buscando trabajo”.

La ayuda internacional no es lo que era antes, y cada año disminuye y, de lo poco que queda, mucho se dirigirá a lo que era el Segundo Mundo, vecinos más directos del primero.

Si tuviéramos una frontera común con algún país rico, me atrevería a sugerir menos austeridad y más atención social. Pero, así ubicados, nadie nos pagará las facturas.

Cuánto, mayo de 1992

PERSPECTIVAS PARA 1993

Las metas (léase aspiraciones) para el año 1993, anunciadas recientemente por el ministro Boloña, apuntan a un proceso de recuperación gradual de la economía. El PBI, dice Boloña, crecería en 3%, la inflación se reduciría a 30% y la recaudación fiscal aumentaría en 8%. Además, se reforzará el gasto social a favor de los más pobres.

El anuncio es a la vez esperanzador, porque significa progreso, y chocante porque evidencia la impotencia del Gobierno ante la crisis que vive la economía.

El hogar promedio ha visto desaparecer nada menos que una cuarta parte (27%) de su presupuesto familiar desde 1986: la recuperación del 93 (si se logra) se traduciría en una mejora de sólo 1% para el hogar típico (3% más de PBI menos el aumento poblacional). A ese ritmo pasará una generación sólo para regresar a la situación que tuvimos hace seis años.

¿No es un exceso de gradualismo? ¿Por qué morimos de hambre cuando, a lo largo de toda la avenida Argentina, hay plantas completas con maquinarias, gerentes, técnicos y trabajadores, todos sentados gran parte del día, esperando la orden para empezar a trabajar? Y divisas sobran en el Banco Central para importar insumos y repuestos. ¿Dónde está la lógica de este inmovilismo?

Es cierto que la capacidad productiva ha sufrido en los últimos años: técnicos emigrados, maquinarias no reparadas, caminos descuidados, reservas mineras no reconstituidas. Pero esa merma no explica la severidad de la recesión actual.

En realidad, la ciencia no tiene una explicación para la parálisis que sufre la economía peruana. O, lo que es lo mismo, tiene mil explicaciones. Lo que sigue, podría decirse, es mi intuición del porqué el ministro Boloña se encuentra con las manos atadas para apurar la recuperación. Las razones son dos.

Una, es que aún no pasa el trauma del terremoto casi ininterrumpido de los últimos 17 años. Las reglas básicas de la economía se han venido modificando sin parar, algunas por obra del mundo externo (como los precios de los minerales y la crisis de la deuda), pero la mayoría por obra de un experimentalismo criollo. En ese sentido, la misma política actual, en sus extremos inauditos, viene a ser una continuación de esa inestabilidad sísmica que afecta las bases de la economía desde los años 70. Se entiende que son pocos los que están arriesgando su dinero, su profesión o su empleo, basados en la creencia de que, con los cambios recientes, se ha puesto punto final al carácter sísmico de la economía peruana.

La segunda atadura, que entrapa al ministro, es un marco financiero que todavía no se asienta: aún no se han pagado todas las letras incurridas por la irresponsabilidad financiera de los últimos años. Una de esas letras no pagadas es la frustrante y debilitante lucha contra la inflación que, a pesar de los simpáticos anuncios oficiales cada mes, sigue siendo una de las más altas del mundo. Inclusive la meta de 30% para el año entrante es peligrosamente elevada –susceptible a un fuerte rebrote por efecto, por ejemplo, de un alza en el tipo de cambio, o de un aumento en la tasa de expansión monetaria–.

Otra letra no pagada es el dólar barato: el rechazo del sol, como instrumento monetario, ha significado una fuerte importación y utilización de dólares para servir de medio de pago, de ahorro y de crédito, lo que ha contribuido en una medida importante a abaratar el billete verde. La experiencia mundial nos señala que la clave del desarrollo es un despegue exportador; la verdadera recuperación del país comenzará el día en que las exportaciones empiecen a elevarse rápida y sostenidamente. Por eso, cada día que pasa con el nivel actual, regalado de la moneda estadounidense, es un día perdido desde el punto de vista de la recuperación económica. Lamentablemente, el Gobierno no podrá controlar el precio del dólar hasta que esa moneda deje de ser el principal instrumento monetario del país, o sea, hasta que el sol recupere su primacía.

Se avanza paso por paso, y de allí lo importante de la perspectiva optimista para el año próximo que nos presente el ministro Boloña. Pero al mismo tiempo, no debemos caer en la impaciencia y frustración si la recuperación no se logra de un día para otro.

Newsletter de Good Year, octubre-noviembre de 1992



EL COMERCIO EXTERIOR

INSERTADOS AL MUNDO

Según la estadística oficial, las exportaciones peruanas en el año 1989 alcanzaron 3,500 millones de dólares. En realidad, fueron 6,200 millones.

Según la estadística oficial, las importaciones peruanas en 1989 alcanzaron 2,000 millones. En realidad fueron 3,600 millones. La gruesa sub-

estimación del comercio exterior en las cifras oficiales tiene varias causas. Una es la arcaica costumbre de darle más importancia a las mercancías físicas que a los servicios, prejuicio que ha sido llevado al extremo de simplemente hacer caso omiso a los servicios en los datos del comercio exterior. Es algo como la antigua práctica, cuando se daban cifras de la población de un país, de no incluir a los esclavos. En el caso del 89, por ejemplo, esta costumbre significó omitir un gasto de 1,000 millones en servicios importados.

Otra causa es la omisión de la coca –la exportación más importante del país–. Tampoco se incluye el contrabando, ni el que entra ni el que sale. Será que, para el mundo oficial, reconocer en blanco y negro la existencia de lo ilegal sabe a una confesión de parte.

Dos errores mentales han sido el efecto de la subestimación del comercio exterior en las cifras oficiales. Uno es creer que el país se ha aislado del mundo; la realidad es que el Perú sigue mucho más “insertado” de lo que se cree.

El otro error ha sido subestimar la fuga de capital. Lo que sucede es que, si se contabilizan correctamente los servicios, la coca y el contrabando dentro de las cifras del comercio exterior, se descubre que el país exportó bastante más de lo que importó en los últimos años. En el 89 el exceso fue de 2,600 millones de dólares.

¿A dónde fue a parar ese excedente? En el 89, entraron 900 millones a las reservas del BCR, y otros 400 se usaron para pagar deuda externa. Por deducción, la diferencia, o sea más de 1,000 millones, debe haber sido fuga de capital.

Sin embargo, cuando se habla de fuga de capital, debería tenerse en cuenta que ésta comprende tres fenómenos distintos. Una es la fuga de las utilidades del narcotraficante, por obvias razones. Una segunda forma que toma la fuga de capital, es la compra de billetes de dólar cuando la moneda nacional se desvaloriza. Y la tercera es la fuga tradicional de ahorros a cuentas bancarias en el exterior. En el 89 es probable que las tres formas de fuga de capital fueron importantes.

Al final, la fuga de capital es también una evidencia de que el Perú sigue altamente insertado al resto del mundo, no sólo en lo comercial, sino además en el ámbito financiero. Es que estar “insertados” puede tomar la forma de recibir capitales del exterior. El Perú está insertado, pero al revés: con sus ahorros financia al resto del mundo.

Cuánto, mayo 1990

LA REINSERCIÓN TAMBIÉN EMPIEZA EN CASA

Conforme crecen las dudas acerca del programa económico del Gobierno, más se centra la esperanza en la reinsertión.

Se trata de un hábito de siglos. “Dios es peruano”. O sea, la salvación vendrá de afuera o de algún lado, siempre que no sea de nosotros mismos.

Bueno, hablemos de reinsertión. ¿Pero cuál reinsertión?

Hasta ahora, sólo escucho hablar de una, la llamada reinsertión financiera. Una forma elegante de decir que hay que cambiar la cara, recuperar una postura de seriedad y responsabilidad, y... nuevamente estirar la mano.

Se dice: “acceder nuevamente al crédito externo”. Deberíamos decir: “seguir endeudándonos”.

No importa que ya seamos uno de los países más endeudados del globo terráqueo, y que el pago de esa deuda empobrecerá al país durante décadas. Lo que prima (siempre) es la necesidad del momento. Lo más curioso es que, si pensamos en el tamaño de la deuda que ya tenemos, deberíamos decir que el problema del Perú no ha sido la falta de inserción financiera, sino su exceso.

Lo que sí ha faltado es la *inserción comercial*. El comercio exterior en los años cincuenta representaba nada menos que un tercio de la econo-

mía peruana (31%). En 1990, ese mismo coeficiente, o sea, la participación del valor total de las exportaciones más las importaciones en el PBI fue tan sólo de 13%. Comercialmente, vivimos a espaldas del resto del mundo.

La “desinserción” comercial no fue accidental. Costó tres décadas de esfuerzo y perseverancia en la aplicación de una impresionante gama de políticas y medidas, todas orientadas por el concepto rector de que ni las exportaciones ni las importaciones le convenían al país. Las exportaciones, se dijo, eran sinónimo de oligarquía, de dependencia, de capital extranjero, de concentración de ingresos, de inestabilidad macroeconómica, de fuga de capitales y de otros pecados. Importar, se dijo, significaba perjudicar al productor nacional, no desarrollar la industria, sufrir el “dumping” o competencia desleal, etc.

Tuvimos éxito. Cuando en otros países, tan o más pobres que el nuestro, las exportaciones casi se triplican, en el Perú aumentaron apenas 10% en un cuarto de siglo. Y, cuando las importaciones de otros crecieron 152%, las peruanas *decrecieron* en 31%. Que no se diga que no sabemos lograr lo que nos proponemos.

Otro asunto es si la desinserción comercial fue una buena idea: ¿será casualidad que, de 1965 a 1990, los demás países pobres aumentaron su PBI por persona en 95%, cuando el Perú lo hizo en sólo 3%?

Pero si queremos tomar el camino de regreso, el camino de la mayor producción, exportación, importación e inversión externa, el primer paso tendrá que ser la reinserción del Gobierno con el resto del país.

Se trata de lograr un gobierno que sea socio y no rentista del resto del país, que confíe en la energía y en la buena intención del sector privado, que sea menos fiscal, interventor y extractor, y más hermano, un gobierno que identifique su propio interés con la prosperidad y el bien común.

O sea, debemos empezar por la reinserción más importante de todas -en la casa propia-.



LA RECAUDACIÓN TRIBUTARIA

¿PODREMOS ADAPTARNOS?

El dinosaurio no pudo adaptarse al cambio ecológico. El Estado peruano quizás sí lo logre.

Como cualquier ser, un Estado vive en estrecha relación con su medio ambiente: una geografía, un pueblo, una economía, una cultura. Ese hábitat, ahora, está cambiando a una velocidad-luz. Cambia el clima, se marchita la vegetación y emigran las víctimas de siempre. Se comprende, entonces, el desconcierto de la bestia, digo, del Estado peruano.

Digámoslo con la frase aséptica del economista: se reduce la base tributaria.

¿Cuál ha sido la base tributaria en el Perú? Una pista: partamos de que un Estado tributa donde puede. Cuando de legislar impuestos se trata, el criterio que se impone es el de la factibilidad; la justicia, la eficiencia y otros criterios llegan a placé.

El Manual del Recaudador dice: “olvídense de los que están desparrramados por los cerros, perdidos en la selva o escondidos en los callejones. Busque lo visible, lo vital, los puntos de concentración”. En el Perú, las víctimas fáciles han sido todo lo que pasa por la aduana, las empresas grandes y productos como los combustibles.

Durante siglos fue un buen esquema. Al menos, para el Estado. Contra la dispersión geográfica y desorganización social, el recaudador peruano jugaba las cartas de un ingente comercio exterior, de un importante sector “formal” (que siempre existió porque era el precio de ser grande y de gozar privilegios legales), y de los monopolios de productos vitales.

Ahora hay que revisar el manual y buscar una nueva base tributaria. Veamos por qué:

- * En 1950, el comercio exterior significaba 31% del PBI peruano; hoy significa tan sólo el 10%.
- * La parte más jugosa de esas exportaciones para el recaudador son las materias primas, por ser productos de calidad y precio fácilmente reconocible, y de difícil contrabando. En 1950 las materias primas significaban el 16% del PBI; hoy sólo 4%.
- * El sector moderno, que creció de 40% a 54% del PBI entre 1950 y 1981, se ha reducido a sólo 48% a fines de los ochenta. En gran parte, esta reducción representa una “emigración” desde el sector moderno, precisamente para evadir impuestos.
- * Como en todo el mundo, la producción de bienes físicos pierde importancia, y crece la de los servicios –mucho más difíciles de “agarrar” tributariamente–. En todo el mundo, los médicos y los abogados se “ríen” del fisco.
- * El valor de los productos cada día depende más de la calidad, de la marca, de la tecnología que incorpora, de la novedad y de su grado de adecuación dentro de una utilización específica. O sea, una pesadilla para el recaudador. Una cosa es valorar la producción de cerveza o de zapatos; otra, la de una boutique o un servicio de sistemas de cómputo.

El cambio “ecológico” no sólo se da en la economía. También en lo político el medio ambiente se vuelve menos favorable al Estado. El Perú (y el mundo) de hoy es más democrático, más educado, más informado y menos dócil cuando se trata de su bolsillo. Y cuando se trata de decidir en qué gastar, el Estado se ve más presionado y con menos libertad para seguir su libre albedrío.

¿Qué debe hacer el Estado para no seguir el camino del dinosaurio? El primer paso se está dando –dejar de lado la política del avestruz–. El

segundo es la dieta –volverse chiquito (también había dinosaurios del tamaño de un perro)–. El tercero es adaptarse al nuevo hábitat, que implica otros métodos de cultivo de ese hábitat, y un nuevo menú tributario.

Newsletter de Good Year, mayo de 1991

“EL AÑO ESCOLAR”

Los niños han perdido medio año escolar (*). Pero hay una compensación, porque el país entero se encuentra abocado a un duro y acelerado programa de aprendizaje... en economía.

En los últimos años, los peruanos nos hemos venido graduando sucesivamente en varias materias: Deuda externa, Hiperinflación, Mercado bancario y funciones de un Banco Central. Este año, el syllabus cubre Costos y Tributación, dos temas novedosos para el peruano medio.

Es que la letra con sangre está entrando.

El nombre completo del primer curso que ha tocado este año es *La importancia de los costos y cómo bajarlos*. El otro curso se titula *La necesidad de los impuestos y cómo aumentar su recaudación*. El método didáctico aplicado para ambos se deriva de las técnicas de la llamada Escuela existencial dentro de la ciencia pedagógica, según la cual no hay mejor maestro que la vivencia misma.

Es así que el plan de estudios para el curso de *Costos y cómo bajarlos* ha consistido en someter a cada empresa a dos cambios drásticos y casi simultáneos en su medio ambiente. En primer lugar, se le multiplicaron una serie de costos. Se elevaron varias veces las tarifas del agua, teléfono y la luz, e ídem para el combustible. Se redujo sustancialmente la provisión de servicios públicos como son la seguridad, el mantenimiento, el correo y el

* Entre el 8 de mayo y el 23 de agosto de 1991 se produjo una huelga de maestros en todo el país.

transporte, obligando a cada empresario a solventarlos. Subieron impuestos y tasas de interés. Y todo esto sin modificar, en forma significativa, un régimen de grosera ineficiencia en la operación de las empresas públicas, ni en los privilegios que sustentan la bajísima productividad laboral en muchas empresas.

El segundo paso para completar la vivencia de los costos, consistió en el llamado proceso de “despellejamiento”. Mediante un impensable grado de abaratamiento del dólar y una abrupta reducción de los aranceles, se expuso al empresario nacional, ahora con una multiplicada carga de costos, a la competencia externa.

Una ventaja de mucho interés pedagógico del método que se viene reseñando, es que elimina tanto el tedio como la subjetividad, en la labor de evaluación o fijación de notas a cada alumno. Alumno que logra completar el curso es, por definición, alumno graduado y con honores.

El curso sobre tributación se explica más rápidamente porque, en esencia, sigue el mismo método didáctico, únicamente que, podría decirse, el alumnado es sólo uno: el país en su conjunto. A este alumno se le viene practicando un experimento vivencial que podría compararse con el de los costos y que consiste en obligarlo a vivir un año entero con un gobierno prácticamente sin recaudación tributaria y sin capacidad de financiarse de cualquier otra forma. O sea, a vivir casi sin gobierno.

El curso garantiza un aprendizaje acelerado de lo que es un gobierno y de los métodos tributarios.

Newsletter de Good Year, agosto de 1991

ES HORA DE ESTATIZAR EL PAÍS

La tarea más urgente es... estatizar al país.

Qué injusto. Sí apenas han pasado unos meses desde que nos llegó la hora a nosotros, los privatizadores. Además, hoy somos mayoría. Por comparación, ¿cuántos años tuvimos que sufrir la estatización? (y encima, a los estatizadores).

En este momento, cuando recién empezamos a gozar del aire puro que significa esa idea tan clara, tan lógica, tan solidaria con el resto del mundo, tan atractiva para nuestros financiadores externos, esa idea de la privatización, ahora, justamente, nos dicen que regresemos a la estatización.

No es justo. Pero es la verdad. Porque el Perú se encuentra paralizado, debido a la falta de un Estado.

El Estado que el país quiere es uno que cumpla con educar a millones de escolares y universitarios, con hospitales y postas médicas para proteger a una población amenazada por un sinnúmero de infecciones, alimentar a niños desnutridos, construir y mantener caminos, pozos, piletas y desagües, con dar protección policial y militar a cientos de comunidades aisladas y a decenas de miles de dirigentes amenazados, con el pago a una multitud de acreedores extranjeros que reclaman sus intereses, con apoyar a los exportadores, agricultores, mineros, industriales y pequeños empresarios, con la reparación de los teléfonos, de las torres eléctricas, de los puentes, de los servicios higiénicos y ascensores en locales públicos, y... mucho más.

Se trata del método que ordena la Constitución, las leyes y el mandato casi unánime de la población.

¿Con qué cuenta el Estado para cumplir con este mandato? En la actualidad, con más o menos el 7% del reducido ingreso nacional del país, y casi cero de ayuda externa. Hoy, su capacidad de gastos por habitante es apenas la quinta parte de la de hace 10 años.

Visto de lejos, el poderío del Estado peruano no parece haber sufrido mucha merma: allí están el ejército de empleados, las moles de las empre-

sas públicas, un zoológico de entidades casi desconocidas y una selva de reglamentos, incisos y trámites.

Pero basta acercarse un poco para darse cuenta de que se trata de un cascarón.

De ese millón de empleados, ¿cuántos realmente trabajan? El maestro, ¿cuántas horas dedica a preparar sus clases? El médico, ¿cuánto tiempo a atender pacientes que no pagan? Los oficinistas se ocupan más de las chambas particulares sin las cuales morirían de hambre. Y las empresas públicas ¿cuántos de sus equipos están parados por falta de mantenimiento? Y a los reglamentos del Gobierno ¿cuántos les hacemos caso?

Estamos en el peor de los mundos –casi sin Estado–, pero condenados a soportar el ropaje del monstruo que fue.

Nada menos que el señor Camdessus, arzobispo de la gran Iglesia del conservadurismo económico (el Fondo Monetario Internacional), viajó especialmente al Perú para hablarnos de la falta de Estado. “La gran tarea del país –dijo– es aumentar la recaudación tributaria”. O sea, agrandar financieramente al Estado. Después de todo, el “niño bueno” del conservadurismo económico es Chile, país que entrega impuestos por un valor de 31% de su ingreso nacional para financiar a su Estado; si nos guiamos por esa proporción, los chilenos resultarían ser casi 5 veces más estatistas que nosotros. Sus leyes y reglamentos serán menos frondosos, pero se respetan.

En realidad, la cuestión no es si debe estatizarse o no. La respuesta es obvia. El problema, más bien, es: ¿cómo hacer para recuperar al Estado?

Para empezar habría que entender que el déficit no es sólo de orden financiero. Antes que nada es un déficit moral: de honestidad, de solidaridad, de voluntad para poner el hombro, de identidad peruana.

Sólo un gobierno que empiece por resolver el faltante ético podrá resolver el déficit financiero. Demorará, pero eventualmente, tendremos el mejor de los mundos: un Estado con verdadera capacidad para actuar y, con una línea esbelta, que dé gusto mirarlo.



EL RETRASO CAMBIARIO

OCOÑA COMO MERCADO

“Hay cinco millones de personas en el país que compran o venden dólares”, dijo el economista Manuel Moreyra durante un reciente debate en el programa de televisión de Jaime Bayly, y seguramente esto sorprendió a muchos televidentes. Por eso, afirmó, Ocoña “es un mercado”.

Millones más, millones menos, estoy de acuerdo en que la cifra es muy grande. Lo que era un jirón de tres o cuatro cuadras es ahora la más poderosa entidad financiera del país, con sucursal en cada distrito del Perú. Y si alguien no me cree, lo reto a señalar un solo lugar –barrio, caserío, comunidad, aldea– donde no haya al menos una persona dueña, compradora o vendedora de dólares.

Preocupante. ¿Pero por qué? Es que la existencia de un mercado tan vasto plantea un reto político. Una colectividad de millones, que intercambia información a diario, y cumple su objetivo económico con una eficiencia envidiable, constituye necesariamente un poder independiente. Y no hablamos de un poder hipotético: hemos visto a más de un ministro subir al ring y terminar en la lona.

Pero, ¿quién detenta verdaderamente ese poder?: ¿los cambistas?, ¿los narcos?, ¿los bancos?, ¿el BCR? Cada quien tendrá su propia teoría. Lo seguro, se dirá, es que “alguien” está detrás de todo esto.

Lo que pocos admitirían como explicación es que el poder del mercado de Ocoña es anónimo. Se trata de una idea difícil de entender, y aún más de aceptar. Difícil de entender, porque sería algo así como una fuerza misteriosa de otro planeta, sin cara, que actúa a través de cada uno de nosotros, comprando y vendiendo según sus propias instrucciones secretas.

Y difícil de aceptar porque, si fuera cierta, sería terrorífico. Intolerable. Exigiríamos al toque que el Gobierno haga algo, y no se quede con los brazos cruzados.

Sin embargo, personalmente al menos, sí creo en ese poder anónimo. Aunque, obviamente, no viene del espacio exterior, sí existen mercados donde lo que rige es la oferta y la demanda de muchos, donde lo que manda es la colectividad, y no la voluntad de algunos individuos.

Sé que no me creerán, y dirán una vez más, que los economistas creen en cosas raras.

Cuánto, febrero de 1990

LOS PECADOS DEL PADRE

Después de las medidas de agosto, la estabilidad monetaria está nuevamente al alcance del país, pero el precio del éxito sería un dólar barato.

El dólar está en su nivel más bajo de los últimos cuarenta años, un nivel que dificultará la recuperación de la producción nacional. Lo más probable es que seguirá siendo un dólar “regalado” durante uno o dos años más.

Lo sorprendente es que esto haya sido una sorpresa. Primero, porque sabíamos que a otros países se les había presentado la misma factura. Argentina viene luchando para elevar su tasa de cambio sin sabotear el plan de emisión monetaria. Y segundo, porque las principales causas del dólar barato eran previsibles tras un paquetazo.

La especulación pre-shock por ejemplo, tenía que ser “cobrada”. De allí que, desde el 9 de agosto, los exportadores han aumentado sus entregas de divisas, mientras que los importadores están sobreestocados. El resul-

tado es un superávit temporal en la balanza comercial. Sin embargo, este efecto será de corta duración.

Otra causa cuyo efecto durará más tiempo, es la recesión. La contracción de las ventas, de la producción y de los ingresos también ha contribuido al retraso del dólar. Sobre todo porque reduce la importación, pero también porque incentiva la exportación de productos antes dirigidos al ahora recesionado mercado interno.

Pero quizás la causa más importante del dólar barato es la reconversión monetaria. Según se recupera la confianza en la estabilidad del inti, el público continuará cambiando sus dólares. Para comprender la importancia de este fenómeno, hagamos un poco de historia.

Entre 1987 y 1990, unos tres años y medio, el público convirtió el 90% de sus intis a dólares. A inicios de este período, la masa total de intis en circulación y en depósitos bancarios tenía un valor de 3,100 millones de dólares, al tipo de cambio de esa fecha. Al 7 de agosto último esa masa alcanzaba solamente 300 millones de dólares.

Esa enorme masa de intis se convirtió en dólares mediante compras en el mercado de Ocoña. El proceso de conversión –compras mensuales de entre 50 millones y 100 millones de dólares– sumado a las compras normales del dólar libre, llevó a éste a niveles excepcionalmente altos durante 1987 y 1988.

Hoy se inicia el proceso inverso, la “re-reconversión” de esos dólares a intis. Otra vez el público acudirá a Ocoña (o, ahora a los bancos), pero esta vez será para vender 50 millones o 100 millones de dólares mensualmente. Esa venta, sumada a las ventas normales de mercado cambiario, deprimirá el valor del dólar durante uno o dos años.

Lo lamentable de todo esto es que un fenómeno estrictamente monetario terminará dictando, y distorsionando, uno de los precios más importantes de la economía: el valor del dólar. Durante un largo período, el tipo de cambio estará debajo del nivel que exigen las fuerzas “normales” de oferta y demanda del mercado cambiario.

O sea, el exportador seguirá pagando el precio de la inestabilidad monetaria de los últimos años. Y el país seguirá posponiendo el “sinceramiento” cambiario y dependiendo excesivamente de las importaciones.

En economía, también es cierto eso de que los pecados del padre visitan a los hijos.

Newsletter de Good Year, setiembre de 1990

LA BIGAMIA MONETARIA

Un país con dos monedas es como un hombre que vive con dos esposas en la misma casa. Cada una vivirá con toda la atención puesta en la otra. Y el esposo, bizco, con un ojo nervioso en cada mujer.

El lector se podrá imaginar como será el ambiente de esa casa: eléctrico. Olvídense del orden, de la tranquilidad y del cumplimiento con los quehaceres diarios.

Como teoría, quizás, la idea de las dos mujeres tiene sus méritos: una, con los atributos para ser buena esposa de día, y otra, dotada para la noche.

Algo así sucedió con nuestro sistema monetario.

Por mucho tiempo fuimos un país monógamo. El sol de oro peruano era nuestra moneda para todo uso. Cumplía con el primer uso del dinero, cual es *hacer pagos*, librándonos de la incomodidad y de la ineficiencia de la economía de trueque. Para algunos sería romántico seguir cambiando arrobas de ají por kilos de camote en mercaditos serranos, pero no hubiéramos llegado muy lejos en el siglo XX, y ni hablar del XXI.

El sol cumplía, además, con la segunda función del dinero, cual es *servir de reserva*. Es poco práctico andar con sólo medio galón de gasolina en el tanque. De la misma forma, lo práctico para una persona o para una

empresa es tener siempre una reserva en el bolsillo, en la caja chica o en el banco, que nos permita afrontar un gasto de inmediato. El instrumento más práctico para esa reserva o “ahorro líquido” es el dinero, y el sol de oro nos sirvió también de esa manera.

Para cada una de esas funciones, el sol poseía los atributos necesarios y normales de una moneda: credibilidad y comodidad física como medio de pago, y estabilidad de valor como medio de reserva o de ahorro. En cuanto al segundo atributo, el sol no era perfecto: nunca se alcanzó una estabilidad completa, ni en el período de más baja inflación que fueron los años 50, cuando el índice anual promedió 7.8%. Pero el grado de estabilidad monetaria más una cierta tolerancia, que es parte del carácter nacional, hicieron que, durante décadas, el contenido típico de las billeteras, de las cajas chicas y de las cuentas corrientes fueran los soles peruanos, y no otras monedas.

Hasta que el sol perdió su atributo de estabilidad, y por lo tanto, su capacidad para servir de reserva. Fue en los años 70, cuando la inflación saltó de 7 a 70% al año. Desde ese momento, lo que uno sacaba de su reserva valía menos de lo que había significado cuando uno lo puso. Como medio de pago, el sol seguía siendo perfectamente eficaz: preservaba los atributos de la comodidad física y de la aceptación generalizada. Nadie dudaba en aceptarlo para cualquier pago. Pero ¿qué poner en la billetera, en la caja chica o en la cuenta corriente?

En ese momento nació la bigamia monetaria. En un inicio todo era furtivo: oficialmente, se prohibía; y privadamente, se hacía con cierta vergüenza. No obstante, era la solución práctica. El sol seguía siendo el medio de pago, pero el dólar se volvió el medio de ahorro líquido, o sea, de mantener una reserva de un día para otro. Y, con el pasar del tiempo, la “solución” adquirió una creciente aceptabilidad, si bien nunca perdió un “matiz de pecado”.

La historia, como sabemos, tuvo un final triste. Como la de cualquier hombre que vive con dos esposas. Antes que dedicarse a las funciones constructivas, las energías se gastan en la especulación, en la sospecha de favoritismo y en las maniobras.

Incluso, hay quienes aseguran haber escuchado a ese hombre suspirar: “¡Si solamente tuviera una mujer, entonces sí que sería feliz!”.

Newsletter de Good Year, noviembre de 1990

LA ECOLOGÍA EXPORTADORA

El dólar está muy barato. “No está a su precio real”, se dice.

Pero, ¿para qué devaluar? ¿Acaso aumentará la exportación?

Depende.

Es que las exportaciones son como la plantas: no todas se adaptan a las mismas condiciones ecológicas. Algunas son como la malahierba y florecen en una variedad de climas y suelos. Otras, exigen ambientes muy especiales.

Continuando con esta figura, podría decirse que el tipo de cambio es para las exportaciones como la disponibilidad de agua para las plantas. Las exportaciones de la especie “robusta” son altamente tolerantes a la sequía; otras, las de la especie “sensibilis”, se marchitan ante una pequeña variación en las condiciones pluviométricas.

Las “robusta” más comunes son las que se deben a la presencia de algún recurso natural muy productivo –petróleo, una veta minera, tierra muy fértil para ciertos cultivos, o un lugar incomparable para el turismo—. Otras “robusta” son las actividades que usan dólares para producir dólares, o sea, se producen mayormente con equipos e insumos importados o lo que es lo mismo, con insumos cotizados en dólares. Algunas fábricas, por ejemplo, producen a base de enormes maquinarias y de materiales importados, casi sin uso de mano de obra o de productos locales. Todos estos productos robusta se ríen del precio del dólar.

Otra historia son las “sensibilis”, que se producen principalmente con aportes de trabajo, capital, destreza e ingenio nacional. Estos factores productivos tienen muchas formas de ganarse el pan, y se dedican al mejor negocio disponible, que no necesariamente es uno de exportación. Para ellas, mucho dependerá del tipo de cambio.

En el Perú, no es casualidad que casi toda la exportación se limite a productos de la especie “robusta”. Se trata de una natural adaptación a nuestra ecología exportadora, topografía agreste y dura, y alternación de vientos frío y caliente.

“Un perfecto ejemplo de mi teoría”, hubiera dicho Darwin.

Se explica, entonces, el escepticismo peruano con relación a la devaluación. ¿Para qué encarecer todo, y correr riesgos políticos si, como todos sabemos, los exportadores peruanos no reaccionan ante un tipo de cambio mayor?

Lo que olvida este argumento es que la ecología económica sí se puede cambiar, felizmente. Podemos hacer lo que Darwin sólo pudo imaginar: cambiar totalmente nuestro medio ambiente, y luego sentarnos a observar los efectos sobre las plantas.

Observaríamos un milagro: en un árido terreno donde hoy sólo vemos ralos ejemplos sobrevivientes de la especie “robusta”, en poco tiempo veríamos una profusión vegetal de nuevas especies exóticas de la “sensibilis”, plantas que sí exigen mucha agua y buen clima, pero que si la reciben, florecen.

Y, con el pasar de los años, sólo los más viejos se acordarían de esa época cuando la gente preguntaba “¿devaluar, para qué?”.

Cuánto, diciembre 1990

LA “CONFIANZA” VERSUS EL BCR

Lloran vírgenes. Florecen sectas, curanderos y fanatismos. La desesperación alimenta el renacimiento religioso.

En las islas del Pacífico Sur, la conquista por blancos dio lugar a un “culto del cargamento” entre los nativos, quienes creían que sus salvadores llegarían del extranjero, trayendo un carguío de bienes modernos que los libraría del trabajo. Para facilitar esa llegada, preparaban lugares de desembarque y de aterrizaje.

Los peruanos, más sofisticados pero tan desesperados como esos nativos de Papúa y Nueva Guinea, nos entregamos a un culto “reinsertista”, cuya creencia central es que la salvación llegará del extranjero en la forma de un cargamento de billetes verdes.

El presidente Fujimori anuncia la sorpresa como forma de gobierno (castigando a un ministro quien, por ingenuidad o por convicción democrática, prefirió compartir sus intenciones con el público antes de ejecutarlas).

El nerviosismo afecta a los mercados, elevando el dólar y los precios en general.

La economía parece estar regida, como nunca, por la psicología. Lo que ahora manda, al parecer, es la “confianza”, vocablo que se desliza fácilmente de los labios de economistas, pero que, con igual facilidad, se les escapa de las manos cuando intentan pronosticarlo.

Uno de los principales instrumentos de ese nuevo poder de la mente es el musculoso mercado de capitales. Como los insectos que desarrollan una inmunidad genética a los insecticidas, el mercado de dinero (que ahora abarca indistintamente a intis y dólares) tomó fuerza precisamente de los ataques controlistas e hiperinflacionarios que buscaron exterminarlo. En vez de morir, emerge fortalecido, confiado, y aparentemente inmune a las intervenciones oficiales.

Mucho antes de las medidas desreguladoras del gobierno actual, el dinero había logrado una extraordinaria libertad de movimiento, dentro y

fuera del país, a través de nuevas entidades y nuevos instrumentos. Desde hace varios años, en la práctica, las tasas de interés y el tipo de cambio dejaron de ser regulados por el Gobierno.

En un ring de boxeo, por ejemplo, la “confianza” sería un peso pesado y el Banco Central un peso pluma. Es que los dos músculos del BCR están enflaquecidos: uno, porque el público ahora trabaja más en dólares que con el dinero que imprime el BCR; y el otro porque las reservas monetarias del público, especialmente en la forma de moneda extranjera, exceden a las que tiene el ente emisor.

De allí que el dólar y los precios en general, están dando la impresión de seguir su libre albedrío, casi riéndose de los esfuerzos de un impotente Banco Central.

Lo que sucede, en el fondo, es que el público ha perdido la confianza. La hiperinflación ha dado lugar a una hipersensibilidad, enervada además por la ansiedad que está produciendo el empobrecimiento general.

Todo esto alarga el regreso a la estabilidad. No basta que el Gobierno haya empezado a portarse bien: el público exige un período de prueba más largo, antes de “bajar la guardia”. Entre tanto, cada pequeño mal paso o accidente en el camino del programa económico suscitará reacciones aparentemente exageradas, pero propias de un paciente todavía neurótico.

Es un momento para buscar la serenidad. El tratamiento del médico es el correcto y el paciente se recuperará, a pesar de sus espasmos.

Newsletter de Good Year, junio de 1991

EL VERDUGO

El presidente Fujimori... “el gran verdugo”. Para unos, se trata de un encomio; para otros, de una censura. Ambos se equivocan.

El verdadero verdugo del país no es el Presidente, ni el BCR o Boloña, sino Ocoña.

Ocoña nos tiene aterrorizados. Estamos convencidos de que el más leve pecado fiscal o monetario se vería vigorosamente castigado mediante una disparada del dólar libre.

¿Qué opción tiene el Presidente? Unos dicen que lo de Ocoña es pura idea. Algo así como la idea del infierno, que sirve para controlar los bajos instintos del hombre, y recomiendan gastar nomás. Otros, menos heréticos, respetan a Ocoña, pero sugieren que el camino está en domarlo. La forma consistiría en adelantarse a Ocoña decretando una maxidevaluación, antes de empezar a gastar. Una devaluación oficial, dicen los partidarios de esta solución, tendría menos cola inflacionaria y de desconfianza que un salto del dólar libre. Algo así como amputarse una pierna para que no se la coma el león.

En mi opinión, no existe una opción segura, y no hay margen para arriesgar vivezas macroeconómicas. No nos queda más que vivir bajo el látigo de Ocoña.

Podemos vencer a Ocoña gradualmente. El poder del dólar libre está en proporción directa a:

- 1) La desconfianza, y
- 2) La pobreza fiscal.

El público no olvida la hiperinflación. Las cifras lo dicen: antes, en los años 1986 y 1987, las compras y los ahorros se hacían, en su mayor parte, con intis. Hoy tenemos soles, pero el público trabaja más que nada con dólares. De cada 100 intis que se usaban antes, solamente quedan 10 en uso -los 90 restantes han sido canjeados por dólares-. Y si al BCR se le

ocurriera emitir soles ahora, para financiar un déficit fiscal o para dar más crédito al sector productivo, esos nuevos soles correrían la misma suerte de los intis viejos: la mayor parte sería cambiado a dólares. Al menos, mientras dure la desconfianza.

Pero la mejor forma de bajar al gigante de Ocoña es recuperando las finanzas públicas. Un año después de empezar, el Gobierno no logra elevar la recaudación tributaria: los ingresos fiscales del tercer trimestre de este año fueron similares a los trimestrales del deprimido año 1990, y apenas un 80% del promedio trimestral del año 1989. De allí la desesperación, no sólo del Estado mismo, sino de todos los que, por costumbre o por necesidad, dependen de éste. Esa precariedad de las finanzas públicas, más que nada, es lo que le da fuerza a la permanente amenaza de Ocoña.

Antes que criticar al Presidente por duro, debería sugerírsele cómo elevar más rápidamente los ingresos fiscales. Y, si se busca felicitarlo, sería por realista, más que por “verdugo”.

Newsletter de Good Year, setiembre de 1991

VIVIR EN SAN FRANCISCO

La ciudad de San Francisco, en California, goza de una ubicación privilegiada, situada sobre un cerro, rodeada por el Océano Pacífico y una hermosa bahía. Lamentablemente, el lugar se ubica precisamente encima de una falla geológica –la llamada falla de San Andrés. O sea, la roca que provee el cimiento de toda esa ciudad está quebrada en dos. Y de rato en rato, una de esas piedras subterráneas se mueve con relación a la otra: la roca a un lado de la falla resbala a lo largo de todo el corte, o pared que las divide. En esos momentos de reacomodo geológico, la superficie es remecida por un gran terremoto.

Los habitantes de San Francisco saben que el desastre les espera, *pero no saben en qué momento exacto llegará.*

Algo así es la situación de la moneda peruana. Nuestro sistema monetario, sin que nadie lo decidiera, ahora descansa sobre la base de dos cimientos independientes: el sol y el dólar. De rato en rato, uno de ellos se desliza con relación al otro: uno se devalúa, el otro se levanta, y se produce el equivalente financiero de un terremoto.

Los peruanos sabemos que el “reacomodo” cambiario nos espera, *pero no sabemos en qué momento exacto se producirá.*

La ciencia de los economistas es aún menos precisa que la de los geólogos. Sin embargo, si de vivir en San Francisco se trata, cabe al menos estudiar algo de la geología del lugar y de tomar algunas previsiones. Ciertamente, las indicaciones del sismógrafo son anormales.

Una primera señal, el dólar actual es el más barato en décadas. El grado preciso de sobrevaluación es materia de debate, pero, según el cálculo de paridad del Banco Central, su valor fue de entre 2 y 3 soles (a los precios de hoy) durante la mayor parte de los años 80. En los años 1988-1989 su valor promedio para importadores y exportadores fue de 2.51 soles, pero, si descontáramos el subsidio MUC otorgado por el BCR, el verdadero valor del dólar en esos años se acercaba a los 4.00 soles. Cabe señalar que la coca alcanzaba un volumen muy alto ya desde principios de los 80.

Otra indicación de anormalidad es que no estamos importando. El nivel de las importaciones fue un insignificante 9.5% del PBI en 1991. Hace diez años la cifra fue 22.3% y el promedio de las últimas tres décadas fue el doble de la cifra actual. Estas estadísticas incluyen no sólo las materias primas y los productos terminados, sino también el gasto en turismo y otros servicios que compramos del extranjero. Deberíamos tener en cuenta que con un dólar barato, aranceles reducidos y la eliminación de múltiples trabas que anteriormente limitaron la importación, lo “normal” no es ya la cifra de los últimos 20 o 30 años sino una realidad diferente, como la que hoy vive Chile, donde las importaciones este año alcanzarán más del 30% del PBI.

Un tercer motivo de preocupación es el avance del proceso de arteriosclerosis que afecta al sector exportador –por el terrorismo que desalienta la inversión en el campo, por la descapitalización de las minas, por

la violencia que desanima al inversionista extranjero, y por el dólar barato que obliga al cierre de muchas exportaciones no tradicionales. Con cada día que avanza este proceso, la recuperación eventual será más larga.

La cuenta capital de la balanza de pagos –los dólares que entran y salen por conceptos de préstamos e inversiones– es un cuarto elemento de anomalía. El flujo de capital, constituido por las inversiones directas extranjeras y por los préstamos a largo plazo, se encuentra anulado como fuente importante de divisas, por el peso de nuestra enorme deuda externa. La reinserción no significará un aumento importante en el flujo neto de divisas, al menos por varios años, ya que los nuevos préstamos se posibilitan solamente mediante un pago mayor, y sin interrupción, del servicio de la deuda anterior. Y, de la misma forma, las inversiones petroleras y en gas implicarán egresos muy altos en los primeros años por la amortización de las inversiones.

Tampoco es normal que entren cientos de millones de capitales de corto plazo en un año, como viene sucediendo. No es que, necesariamente, tiene que desaparecer ese flujo positivo. Pero la historia dice que estos capitales son de poco confiar y que sería de esperar que su volumen decrezca, si es que no se vuelve negativo.

El dólar barato está creando un sentido falso de seguridad. La imaginación empieza a rechazar la posibilidad de un regreso a lo que era normal –un dólar de 2 o 3 soles (a los precios de hoy). Algunos se perjudican con el tipo de cambio tan bajo, pero la mayoría aprende a gozar de los viajes baratos a Miami, de los artefactos y carros importados, del aumento de los valores inmobiliarios y de la bolsa, y del alivio financiero que representan los créditos en dólares. Y muchas empresas pierden el temor a la fijación de sus precios en dólares, creyendo que el tipo de cambio actual no variará de manera significativa.

La memoria colectiva se vuelve más y más corta. Ya muchos olvidan que seguimos viviendo en San Francisco.

Newsletter de Good Year, diciembre de 1991



EL CORTO Y EL LARGO PLAZO

SEÑOR FUJIMORI, ¿DÓNDE ESTÁ SU PLAN?

Ese ha sido el reclamo insistente del último mes. No se decía, pero lo que todos pensaban era en un programa para cinco años. Era lógico, por ser la duración del período de gobierno. Y, además, el “Plan de cinco años” se ha vuelto una costumbre en todo el mundo. Quizás, debido al ejemplo de los planes quinquenales de la ex Unión Soviética.

Un error. Sugiero que nos olvidemos del cinco. Lo que debemos exigirle a todo gobierno es un plan de diez años... y el de la próxima semana.

Es que los planes, antes que ser de un gobierno, son del país.

Con mucha suerte, el desarrollo será cuestión de una generación, por lo menos. Lo que necesitamos es un mapa que nos diga cómo llegar hasta las alturas, digamos, de una España, y, ojalá, de una Suecia. A nadie se le ocurriría salir de viaje a Tarapoto, con un mapa que sólo llega hasta Huacho.

Un gobierno puede ofrecer construir X casas e Y kilómetros de carreteras, y mostrarlas al final de su gestión, pero el verdadero progreso es menos visible. Cortar la mortalidad infantil de 8% a sólo 1% (el nivel en España), frenar el aumento de la población, preservar la riqueza ecológica, modernizar a la agricultura, cambiar los hábitos de consumo, son avances de tantos años, que es fácil relegarlos. De la misma manera, las empresas se levantan gradualmente, como árboles. Necesariamente, son tareas para varios gobiernos, y por tanto, poco atractivas para uno solo.

Pedirle a un gobierno “su” plan, es alentarle a inventar un camino nuevo. Antes que nuevas rutas, debemos pedir a cada gobierno cómo contribuirá al avance ya logrado por otros gobiernos y por cada uno de noso-

tros. Antes que cambios, preguntémonos por el “continuismo”. Por eso pidamos el plan de diez años, y no el de cinco.

Exijamos también, el programa de cada semana. Lo que el público no sospecha es que al político, le resulta fácil y agradable hablar de lo que hará en los próximos años: distrae a todos del terrible problema de qué se va a hacer para resolver las urgencias de mañana.

Otra ventaja de pedir el programa inmediato es que los discursos serán mucho más cortos.

“Señor Fujimori, ¿cuál es su plan para la primera semana?”.

Cuánto, julio de 1990

Capítulo 4
PACIENCIA
(1993 - 1994)

Breve Cronología: 1993 - 1994

INDICADORES ECONOMICOS, 1985-94

(Tasas de crecimiento promedio anual)

	1985-86	1987- Ago. 88	Set. 1988- Ago. 90	Set. 1990- 1992	1993-94
<i>PBI</i>	6.3	-5.8	-12.5	6.5	9.0
<i>Inflación</i>	105.2	231.2	8,413.8	117.5	26.9
<i>Tipo de Cambio Libre 1/</i>	92.9	335.2	3,626.7	100.8	14.5
<i>Salarios reales 2/</i>	7.3	-10.6	-54.3	37.2	20.1
<i>RIN 3/</i>	866	-261	106	2,425	6,152

1/ Fin de período.

2/ Lima Metropolitana.

3/ Reservas Internacionales Netas del Sistema Bancario a fin de cada período. En millones de dólares.

Presidente: Alberto Fujimori (1990-1995)

Ministros de economía:

	Desde	Hasta
Dr. Carlos Boloña Behr	15/02/91	07/01/93
Ing. Jorge Camet Dickman	08/01/93	continúa...

- Elecciones municipales. El Alcalde de Lima Ricardo Belmont y su movimiento Obras logran triunfo. Belmont es reelegido con el 44,3% de los sufragios (enero de 1993).
- IX Censo nacional de Población y IV Censo de Vivienda (julio de 1993).
- Javier Pérez de Cuéllar oficializa su candidatura a los comicios generales de 1995 (setiembre 1993).
- Referéndum. Gana el "Si" por una cifra cercana al 53% y es ratificada la nueva Constitución Política del país (octubre de 1993).
- De acuerdo al Banco Central de Reserva, durante 1993, el Perú pagó un total de US\$ 1,753 millones por concepto de su deuda pública externa, de los cuales el 72% correspondió al pago efectuado a los organismos internacionales (1994).
- El 48% de los escolares entre 6 y 9 años sufre de desnutrición crónica en el Perú, de acuerdo al "Primer Censo Nacional de Talla en Escolares 1993" (1994).



PACIENCIA

EL AÑO DE LA PACIENCIA

Oficialmente, es el Año de la Austeridad y de la Planificación Familiar. Son dos objetivos loables –y muy recomendados por Cuánto. Pero no es lo que más se necesita en estos momentos. Sugiero que 1991 sea rebautizado como el Año de la Paciencia.

Las cosas no se han arreglado tan rápidamente como esperábamos: la inflación persiste, los sueldos siguen en el suelo y el dinero extranjero demora en llegar. Peor, regresan los paquetazos.

“Que renuncie el ministro”. “Que se cambie el programa económico”.

Un momentito.

¿Cuántas veces han cambiado las medidas tributarias, cambiarias, monetarias, arancelarias, sociales, etc., en los últimos diez años? ¿Acaso esos cambios, que paradójicamente se efectúan en nombre de la “estabilización” no han sido, ellos mismos, la principal causa de inestabilidad?

Además, en mi opinión, el programa no está fracasando. Es cierto que muchos, incluso en el Gobierno, esperaban un éxito inmediato. Pero otra cosa es decir que no se está avanzando. ¿Cómo saber?

Los signos exteriores iniciales –los precios, el PBI, etc.– no nos ayudan mucho. Es como el trasplante de un árbol: al principio, las hojas se marchitan, y, a veces, las ramas se caen. Pero lo fundamental es que las raíces “prendan”.

Mucho más importante que la inflación de estos meses es si se está cortando el sustento principal, que son el déficit fiscal y la emisión monetaria. Lo que muchos señalan como “fracasos”: los bajos sueldos públicos, la falta de crédito agrario, la elevación de las tarifas públicas son, justamente, las señales de éxito. Se puede cuestionar si fueron las medidas más justas o más eficientes, o con más probabilidad de duración, pero lo que no puede cuestionarse es que constituyen un enorme paso en la dirección exigida.

La técnica no nos dirá qué hacer. A mi juicio, no es momento para recetas nuevas, sino para la perseverancia y la paciencia.

El mejor cambio que nos podría traer Cambio 90, sería no cambiar por cambiar.

Cuánto, febrero de 1991

CADA DÍA CON SU AFÁN

“Cada día con su afán” es un buen consejo administrativo.

Sea uno gerente de empresas, ama de casa o ministro, la eficiencia consistiría en dar prioridad entre la multitud de problemas que siempre acechan y resolver cada día sólo las necesidades más urgentes. Sin embargo, este principio corre el peligro de todo lo que es bueno en la vida se vuelve malo, si se abusa de él.

Veamos, por ejemplo, la administración de la economía nacional. Hubo una época, en los años 60, cuando la atención de los que manejaban la economía estaba puesta casi exclusivamente en construir. Hacer economía era levantar casas y represas, instalar fábricas y proyectar caminos y canales de irrigación. Hubo otra época, en los años 70, en que dirigir la economía consistió en hacer “reformas” –grandes reordenamientos en los derechos económicos y en los beneficios otorgados a distintos sectores–. Una tercera época, en los años 80, se concentró en estimular un rápido aumento en el consumo de las grandes mayorías.

En cada una de esas épocas se hizo mucho que era apremiante, pero el precio de esos avances fue el descuido de otras necesidades.

¿Se está repitiendo la historia? Muchos piensan que, nuevamente, la administración de la economía nacional está centrada de modo exagerado en un objetivo: frenar la inflación. Debe admitirse que, al mismo tiempo, se vienen efectuando nuevas y grandes reformas en las reglas que rigen la actividad productiva. Pero otros objetivos: el bienestar social, la inversión física y la educación, se encuentran descuidados.

Los gobiernos, por más voluntad que tengan, no pueden resolver todos los problemas a la vez. Cada gobierno dispone de corto tiempo, poca gente de valor, escaso dinero y de una limitada paciencia de la ciudadanía. Difícilmente, pues, puede solucionar una gama de problemas.

Mas el desarrollo lo exige: mientras sigamos pegados a la letra de “cada día con su afán”, el avance que logramos en un frente se verá, en cada caso, anulado por el retroceso en otros frentes.

Quizá el progreso consiste en aprender a realizar más de una cosa a la vez.

Cuánto, diciembre de 1992

REINSERCIÓN: A RITMO DE BALLETO

Es de suponer que, no obstante el cambio ministerial, el programa de reinserción financiera seguirá adelante, cumpliendo el calendario previsto. La alternativa sería morir en la orilla.

Desde hace 26 meses el Perú paga puntualmente su deuda a las entidades de ayuda externa, tanto a las multilaterales (FMI, BIRF y BID) como a las bilaterales (Estados Unidos, Japón, Alemania, etc.). El pago ha excedido largamente el crédito recibido en ese período, tanto que el exceso de pago, la llamada **transferencia neta negativa**, podría considerarse, de lejos, la inversión pública más grande efectuada por el gobierno actual. Lo extraordinario es que la puntualidad deudora se ha producido precisamente en el momento de mayor dureza y sufrimiento nacional que registra el siglo.

Mientras se pagaba la deuda, faltaba dinero para mantener las carreteras y redes eléctricas, proteger una gran parte de la población de los estragos del terrorismo y de las enfermedades, mantener la cantidad y calidad de la educación, impedir el debilitamiento de las instituciones oficiales y evitar una masiva fuga de talentos del país.

El sistema de “ayuda” crediticia externa se mostró cruel y de poca capacidad de respuesta ante la extraordinaria situación vivida por el Perú estos dos últimos años.

No obstante, después de tanto sacrificio, sería una inconsecuencia dejar de pagar la última letra. Los pagos de deuda han tenido un carácter de inversión; se espera que, reabiertas las puertas del capital extranjero, la inversión se recuperará con creces. Muchos debatirán el cálculo.

En mi opinión, si bien el efecto será positivo, se exagera el beneficio futuro. Es que lo aparatoso de los grandes créditos externos, su atractivo para los políticos cuyas manos las reciben “en nombre de la nación”, y la creencia nacional de que la salvación sólo puede venir de afuera, se han confabulado para crear la exagerada ilusión de “la reinsertión”. El público olvida que en los mejores momentos del desarrollo nacional, los años 50 y 60, por ejemplo, el aporte del capital externo no superaba el 10% de la inversión en el país, y olvida también que todo capital externo tiene que

repagarse con creces. Además, el momento histórico no es favorable. En el mundo industrializado, tanto la voluntad como la capacidad de ayuda internacional dan muestras de agotamiento, mientras que con el colapso del comunismo, se multiplica el número de naciones necesitadas.

Con todo, y aunque sea una buena dosis de realismo, debe celebrarse el hito que este mes de enero marcará en el calendario de la reinserción. Con base en dos años de pago y a las reformas cumplidas (según el Banco Mundial, hemos cumplido 82 de las 83 condiciones prometidas), tanto el Fondo Monetario como el Banco Mundial se aprestan a refinanciar los atrasos que aún les adeudamos: en cada caso se trata de aproximadamente 900 millones de dólares.

Para salvar el prurito de las entidades multilaterales (cuyo diccionario oficial no admite la palabra refinanciación), la etapa final de la reinserción con esas entidades seguirá un complicado ballet, cuyos pasos serán los siguientes: primero, el Perú recibirá de un banco privado o gobierno amigo un crédito por valor de 900 millones de dólares; luego, el Perú los entregará al Banco Mundial; como tercer paso, el Banco Mundial desembolsará al Perú varios nuevos créditos cuyos montos, coincidentemente, sumarán 900 millones de dólares; finalmente, el Perú entregará esa cantidad recibida del Banco Mundial al banco privado o gobierno que inició el baile. Por si las moscas, todos estos cambios de mano se efectuarán a través del Banco Central de Estados Unidos (el Federal Reserve) a base de los cheques firmados anteladamente. El baile completo durará menos de cuatro horas; y se repetirá la fórmula con el FMI.

Unos meses más adelante, se espera renegociar las deudas atrasadas con los demás acreedores externos, las entidades bilaterales (cuyas deudas se renegocian en el llamado Club de París) y los bancos comerciales.

Cual asistente a un primitivo rito de exorcismo, el Perú quedará “limpiado” financieramente: calato, pero limpio.

Y listo para endeudarse de nuevo.

Newsletter de Good Year, febrero de 1993

NI SE DA POR ENTERADA NI SE DEJA ENTENDER

No hay derecho. Se eliminó el déficit fiscal, pero la inflación no se da por enterada.

Es verdad que hemos salido del caos monetario o hiperinflación que padecemos entre 1988 y fines de 1990, pero hay que reconocer que aún no recuperamos la estabilidad. Las continuas alzas en el costo de la vida, de 4%, algo más algo menos, cada mes, significan que el empresario y el inversionista se ven obligados a trabajar y construir sobre un piso que se mueve.

¿Cómo explicar la persistencia de las alzas cuando el país cumple tan aplicadamente la receta antiinflacionaria recomendada por la mayoría de los premios Nobel de Economía, ni hablar de los sabios nacionales? Después de años de deambular y predicar en el desierto, por fin han sido escuchados esos economistas, desde hace 24 meses el Gobierno mantiene una severa disciplina fiscal, gastando sólo lo que recauda de impuesto, sin recurrir a la maquinita del Banco Central.

Pero la inflación dice: qué Nobel ni Nobel, y sigue haciéndose la sueca.

Una explicación es que rigor fiscal no es lo mismo que rigor monetario. Si bien el Banco Central no ha estado emitiendo para financiar al Gobierno, si lo ha hecho para adquirir dólares. Resultado: la cantidad de soles, en billete y depósitos bancarios, ha venido creciendo a más de 4% al mes. Y un sol es un sol, no importa si fue emitido para financiar al fisco, para comprar moneda extranjera, o para cualquier otro fin. Con este análisis desaparece la paradoja inflacionaria: los precios suben porque aún no se para la máquina del Banco Central.

Sin embargo, hay un detalle que pone en duda el análisis del párrafo anterior, y es que los peruanos ya no usamos soles. Exagero, por supuesto, pero no mucho. La mayor parte del dinero que utilizamos para efectuar pagos, ahorrar de un día a otro, y hasta para fijar precios, son dólares. O sea, dinero “made in USA”, no en el jirón Miró Quesada. Cuánto exactamente, nadie sabe. El BCR sabe cuantos billetes soles ha emitido, y la Superinten-

dencia de Bancos informa semanalmente sobre el valor de los depósitos bancarios, pero nadie sabe cuántos billetes dólares circulan en el país.

¿Será entonces que la gasolina inflacionaria es una inundación de dólares? Se trata no sólo de los millones de dólares depositados en bancos nacionales y los que circulan en el país, sino también de los que están depositados en cuentas corrientes en Miami y Nueva York y que sirven, a veces diariamente, para girar cheques en cancelación de pagos en el Perú. Más aún, la potencia alcista de los dólares no se mide solamente por su monto, sino por su valor traducido en soles: cada vez que sube el tipo de cambio hay más dinero.

¿Tenemos entonces la explicación de la terquedad inflacionaria? En realidad no lo sabemos debido a otro detalle. Es que, sean soles o dólares, la inflación no es efecto sólo del aumento monetario, sino del juego entre el dinero disponible y el deseado.

El dinero es el lubricante del motor de la economía. Si falta, el motor se funde, en exceso, se ahoga. En condiciones normales, un país llega a saber cuánto lubricante exige el motor, pero en nuestro caso se ha producido un cambio revolucionario de modelo. Hemos pasado de hiperinflación a inflación moderada, de proteccionismo a apertura, de crédito regalado a crédito caro, y de dólar prohibido a dólares que se compran más fácil que chicle en la esquina. Y lo peor es que el nuevo motor da signos de estar fundido y ahogado al mismo tiempo.

Ante la confusión monetaria, una salida es recurrir a las explicaciones no monetarias de la inflación. Se habla, por ejemplo, de la indexación del dólar, pero esa explicación también tiene su detalle: el dólar ha subido mucho menos que los precios en soles. Otros hablan de las expectativas. O sea, los precios subirían simplemente porque se cree que van a subir. Para el “experto”, lo atractivo de esta teoría es que aún no se ha inventado un endoscopio que permita ver los pensamientos, y es más elegante hablar de “expectativas” que decir “no sé”.

Me acusarían de machista si digo que la inflación peruana debe ser femenina, que ni se da por enterada ni se deja entender, y por eso mejor no lo digo.

Newsletter de Good Year, marzo de 1993

TANZI Y ESTELA

La historia tributaria del Perú de los años 90 tendrá como protagonistas a dos economistas, el italiano Vito Tanzi (*) y el peruano Manuel Estela (**).

La historia empieza con el señor Tanzi.

Las medidas que pusieron fin a la hiperinflación en agosto de 1990 tuvieron una secuela instantánea –la recaudación fiscal se elevó, de un mes a otro, en casi 50%–. Antes, cuando arreciaba la hiperinflación, entre enero y agosto de 1990, la recaudación fue de apenas 461 millones de soles al mes; después del “shock”, entre setiembre y diciembre, su nivel alcanzó 691 millones al mes (1).

Como porcentaje del PBI, los impuestos saltaron de 6.6% durante los tres primeros trimestres de 1990, a 11.4% durante el último.

Si bien se elevaron las tasas de los impuestos a los combustibles y a la riqueza en agosto, es de suponer que, en su mayor parte, la dramática recuperación fiscal de fines de 1990 se debió al llamado “efecto Tanzi”, según el cual el factor real de la recaudación aumenta automáticamente cuando se corta un proceso inflacionario. Esto se explica por la demora que existe

* *Director del Departamento de Estudios Fiscales del FMI.*

** *Manuel Estela ejerció la jefatura de la Superintendencia Nacional de Administración Tributaria (Sunat) a partir del 21 de febrero de 1991, sucediéndolo en el cargo el doctor Sandro Fuentes en noviembre de 1992.*

1/ *Esta y las demás cifras de recaudación se expresan a precios de agosto de 1990.*

entre la fecha cuando se efectúa alguna transacción y la fecha de pago del impuesto correspondiente. Cuando la inflación es alta como el 42% del mes de junio de 1990, por ejemplo, esa demora se traduce en una enorme pérdida para el Fisco. El “efecto Tanzi” es la otra cara de la moneda: con el fin de la inflación desaparece la desvalorización y, mágicamente, salta el valor real de la recaudación, como sucedió a partir de setiembre de 1990. Quien conoce al simpático señor Tanzi, no se sorprenderá de su autoría de tan agradable ley económica.

El segundo personaje de esta historia, Manuel Estela, tomó la posta de Tanzi, a principios del año 1991, en su función de ejecutor de la reforma tributaria del régimen. Las medidas administrativas de Estela llamaron mucho la atención y suscitaron la aprobación general de la opinión pública: moralización, amenaza de cárcel, apertura de oficinas provinciales, simplificación burocrática, cierre de locales. El Gobierno puso la máxima prioridad a la obra de Estela. “El esfuerzo de reconstruir los ingresos fiscales es el elemento esencial de la reconstrucción del Estado”, dijo en marzo el ministro Camet.

Pero el resultado de la etapa Estela amenaza con ser tan incierta y lenta como la de Tanzi fue contundente e inmediata.

Nueve trimestres después de lanzarse este esfuerzo “esencial” para levantar la recaudación, ésta sigue registrando un nivel inferior al que dejó Tanzi como punto de partida a fines de 1990. Así, los ingresos corrientes del Gobierno central en el primer trimestre de 1993 registraron un promedio mensual de 661 millones de soles, cuando los del período setiembre-diciembre de 1990 fueron de 691 millones. También como porcentaje del PBI, el monto de la recaudación sigue por debajo del punto de partida de Tanzi: 9.5% en 1993 versus 11.4% a fines de 1990.

De las cifras podría deducirse que el esfuerzo fiscal se caracteriza por mucho ruido y pocas nueces.

No es culpa de Estela, ni del también competente Sandro Fuentes que lo reemplaza. Lo que sucede es que las excelentes medidas administrativas -que apuntan a la vez a crear conciencia tributaria y a fiscalizar con mano dura- reman rí o arriba contra una poderosa corriente antitributaria.

Varios cauces se juntan para contrarrestar el esfuerzo recaudador. La recesión incide desproporcionalmente sobre el pago de impuestos: para una empresa al borde de la quiebra, la responsabilidad fiscal no es primera prioridad. Las altas tasas de interés incentivan la postergación de los pagos. Otro factor es el enflaquecimiento de una de las principales vacas tributarias: el sector externo de la economía. Las exportaciones e importaciones juntas sumaban el 45% del PBI en 1980, 35% en 1985, y sólo 16% en la actualidad.

La corriente antitributaria es también obra del mismo esquema económico que se persigue. Esto se aprecia en la fuerte reducción del impuesto a los combustibles. Más significativamente, el esquema ha dado preferencia al logro de un rápido equilibrio fiscal, antes que un verdadero saneamiento de la base tributaria. El primero se persigue mediante la elevación de tasas y el aumento de la carga que recae sobre el contribuyente tradicional; el segundo consistiría en ensanchar la base, reduciendo el desnivel tributario entre el que ya paga, y el informal o el que goza de exenciones. Se entiende la razón del camino optado -se trataba de una emergencia inflacionaria-, pero el camino va en dirección contraria al objetivo del ensanchamiento de la base.

La contradicción entre la estabilización, en el corto plazo, y la verdadera “reforma estructural”, en el largo plazo, se aprecia en el caso del Impuesto General a las Ventas (IGV). Aparentemente, se trata del principal logro del esfuerzo fiscalizador: la recaudación del IGV, según los datos de diciembre 1992 a febrero 1993, hoy supera en 75% la recaudación del período correspondiente de diciembre 1990 a febrero 1991. Sin embargo, la recaudación por punto del IGV, cuya tasa se ha visto elevada de 14% a 18%, ha subido en sólo 21%. O sea, más de dos tercios de la recaudación adicional del IGV viene de los que pagaban antes. Con toda seguridad, esa mayor carga a la formalidad dificultará tanto el ensanchamiento como el robustecimiento de la base tributaria, que es el único camino para una eventual recuperación de las finanzas públicas.

El buen ganadero sabe que su negocio no consiste en maximizar la matanza en un año: la prosperidad depende también de engordar al rebaño, y cuidar que no se le escapen sus reses.

LA DOBLE AMENAZA

Es hora de pensar más detenidamente sobre la segunda etapa del programa económico.

No se trata de cantar victoria con relación a las grandes tareas de lo que ha sido la primera etapa de este programa, la estabilización y la reinserción. Ni el uno ni el otro de esos objetivos se han cumplido del todo, y el más importante de ellos: el necesario puntillazo a la inflación, mantiene un carácter especialmente escurridizo. No sólo se resiste a bajar el pico, sino que, cuando echamos una mirada al futuro, nos inquieta con una doble amenaza.

Una, es que la devaluación del tipo de cambio es bastante probable y ciertamente necesaria dentro de un esquema de recuperación. Primero, porque el actual retraso cambiario es producto de la recesión y de un flujo no permanente de capitales. Y segundo, porque la sobrevaluación del sol es un cierrapuertas absoluto al camino más sano y más seguro que tiene la economía para avanzar, cual es el crecimiento dinámico de la exportación y, sobre todo, de la exportación con alto valor agregado de mano de obra, o sea, de empleo. De allí que la devaluación, con su secuela inflacionaria y de complicación financiera, es una de las tablas del puente que servirá para pasar de la primera a la segunda etapa del programa económico.

Otra amenaza de rebrote inflacionario no tiene el mismo carácter de inevitabilidad, pero sí de alta peligrosidad: la base monetaria se encuentra tan reducida –producto de la hiperinflación–, que bastaría una pequeña falta de disciplina fiscal y monetaria para revivir el alza de precios.

Cuidando de no perder el terreno logrado en cuanto a la estabilización y reinserción, el programa económico debe pasar ahora de la macroeconomía a la microeconomía, en especial la producción y la atención social.

Será como pasar del salto alto al fútbol. Es que controlar la emisión monetaria, reducir el gasto fiscal y dictar decretos liberalizadores son tareas de poco más de una persona, prácticamente un “deporte” individual. Por contraste, diseñar y ejecutar un plan de obras públicas, un sistema preventi-

vo de salud, una campaña para abrir mercados de exportación son, en cada caso, acciones necesariamente colectivas. El éxito dependerá ya no del acierto y del coraje de una cúpula en el Gobierno, sino de la capacidad del Gobierno, como un todo, para trabajar colectivamente con otros –empresarios, organizaciones de base, gobiernos locales y otros grupos de la sociedad civil–. Sólo saldremos adelante en la medida en que se logre eficacia, capacidad ejecutora y una mentalidad de ser socio o colega con el resto de la sociedad, a todo nivel de la administración pública. Si el Gobierno se limita a dar órdenes desde las alturas de un trono, si Gobierno y empresarios no aprenden a trabajar juntos, si no se va creando un nuevo tipo de funcionario público y si no se modernizan los procedimientos administrativos, no habrá segunda etapa en el programa económico.

De ahora en adelante, el éxito económico ya no dependerá de un Pelé, sino de un trabajo en equipo –en el que debe participar todo el país–.

Newsletter de Good Year, julio-agosto de 1993

ESTAMOS CAMINANDO... PERO CON MULETA

Ha sido un logro espectacular que baje la inflación, se recupere la producción industrial, aumente la construcción, suba la Bolsa y nos llenemos de confianza sabiendo que todo va viento en popa.

Empieza el segundo tiempo de este partido y esta vez nos toca, nuevamente, bajar la inflación, subir la producción, dar confianza a los inversionistas y, al mismo tiempo... devaluar y ahorrar.

El dólar barato ha sido una muleta para estabilizar, aumentar el consumo, y, en general, para dar la sensación de que somos más productivos y adinerados de lo que realmente somos. Y la inversión que ha empezado a llegar es más que nada producto del ahorro extranjero.

Además, en su mayor parte, ese ahorro externo se ha dedicado, no a crear fábricas e infraestructura en el terreno, sino a comprar activos productivos que ya existían en el país. Se trata más de inversión financiera que física.

Quizás no hubiéramos sabido salir del hoyo sin esa muleta del dólar barato y capital extranjero. En todo caso, esa incógnita es tema para el historiador, no para la tarea práctica que tenemos por delante.

Lo seguro es que ya nos toca empezar a caminar sin muleta; ningún país se ha levantado con base en un dólar barato y al remate de sus activos nacionales.

Una cosa es con guitarra, y otra con cajón.

Cuánto, noviembre de 1994

Parte II
REFLEXIONES SOBRE ECONOMIA

Capítulo 5
FACETAS DE LA ECONOMIA



¿QUÉ ES LA ECONOMÍA?

¿SÓLIDO, LÍQUIDO O GAS?

¿Es la economía un sólido, un líquido o un gas?

Hasta hace poco esta pregunta solo admitía una respuesta: sólido. ¿Qué más tangible que la economía? Hablar de producir era hablar de una hectárea sembrada de algodón, de un espacioso pabellón vibrando de modernos telares, de un volquete nuevo y reluciente. Anticipar el consumo era visualizar un sabroso y muy tangible bisteck con arroz, o un cómodo y duradero par de zapatos.

Adam Smith y Karl Marx estaban de acuerdo en que la ciencia económica debía excluir de su ámbito a los servicios –lo no tangible– por considerarlos “no productivos”.

No sorprenderá entonces que en la profesión de la economía hayan destacado los ingenieros y los matemáticos. Tal fue el caso del ingeniero Hollis Chenery, director de estudios económicos del Banco Mundial en los años setenta. Y en el Perú, los ingenieros Ortiz de Zevallos de APOYO, Ramón Remolina, comentarista de El Comercio; y Daniel Carbonetto, asesor del Presidente García.

Pero llegaron los 80, y con ellos la recesión, la crisis financiera y, aparentemente, un nuevo tipo de economía. Porque todo el esfuerzo pasado –décadas de construir represas, abrir tierras, importar maquinarias, entrenar

obreros— parecía volverse inútil. Por “falta de liquidez” ese impresionante y sólido aparato de producción quedaba detenido. O, como en el Perú de Alan García, la paralización se debía mas bien a un “exceso de liquidez”. Las leyes de la economía no resultaban tan firmes.

Ahora, los 90 nos traen una nueva transformación de la economía: la otrora más sólida de las ciencias sociales parece volverse gas.

Como entender sino la reciente conclusión del Banco Mundial que indica que un gran porcentaje de sus finísimos proyectos de desarrollo han fracasado por una “falta de participación” de los supuestos beneficiarios. En su esfuerzo por entender ese mal resultado —según sus propias evaluaciones— el Banco descubre la necesidad de lograr que sus prestatarios tengan la “conciencia del dueño” (ownership) en las decisiones que se toman en cuanto a los proyectos y las medidas de desarrollo. Hoy, el Banco despierta a sus ingenieros y contrata sociólogos, psicólogos y antropólogos buscando en las neblinas de esas ciencias un secreto para que sus proyectos no sigan fracasando.

De otro lado, las nuevas teorías del crecimiento económico se basan, ya no en la sólida inversión física, sino en “las instituciones”, “la confianza”, “las expectativas” y “la seguridad”. Pero los conceptos atmosféricos no terminan allí: el Profesor Putnam de Harvard nos asegura que lo determinante es el “capital social”, lo que se entiende, no como un asiento contable del activo empresarial, sino como la capacidad de una sociedad para el trabajo en equipo.

También se argumenta que un gobierno desarrollista es uno en el que los funcionarios deben “dar cuenta” (“accountability”). Entrando ya a la estratósfera, algunos aseguran, con poco sentido de la historia, que la democracia y la ausencia de corrupción son ingredientes indispensables para el desarrollo.

Este énfasis en lo no material fue anticipado por un economista y funcionario principal de Corea del Sur durante la época del milagro económico de ese país, el Sr. Kim Mahn-Je. Pasando revista a las teorías sobre el crecimiento económico, termina afirmando que el despegue de su país se debe, simplemente, al “Confucionismo”.

¿Y qué podemos decir de la empresa privada en los años 90? Hablar de una ciencia empresarial siempre fue una exageración, pero se contaba con elementos de conocimiento técnico, buen cálculo, sistemas de control y, ante todo, una dosis de sentido común. Hoy, el experto gerencial parece ser mas bien un psicoanalista. Los libros que anuncian “las siete claves” para el éxito empresarial compiten con los que traen el secreto para un matrimonio perfecto. Cada semana llega un nuevo gurú de la administración para dictar una millonaria conferencia. Y los empresarios aprenden a ser exitosos en sesiones de terapia de grupo, donde se insultan, se abrazan y se cuentan sus secretos.

¿Quién dice que se acaba el ozono?

Cuánto, abril de 1990



LAS INSTITUCIONES

¿CUÁL ES EL PAÍS CON EL GOBIERNO MÁS PEQUEÑO?

¿Cuál es el país con el gobierno más pequeño del mundo? ¿O sea, la nación más privatizada del mundo?

¿¿El Perú??

¿Webb se ha vuelto loco? ¿Este país... de burocracia inflada, de impuestos exorbitantes, de tantas empresas públicas que ni se sabe exactamente cuántas son, de una producción diaria de leyes, reglamentos, directivas y órdenes oficiales tan voluminosas que sólo una computadora alcanza a leerlas y registrarlas todas?

Un momentito. Espere sólo un minutito. Arranquemos de nuevo con calma.

En primer lugar, no dije que tenemos el Estado más pequeño del mundo. Hay varios países que posiblemente nos ganan en ese aspecto. Veamos los impuestos: en Uganda alcanzaron apenas un 8.2% como proporción del producto nacional en 1988, y en Sierra Leona sólo 7.3%. Además, en Asia está Bangladesh, con sólo 8.6%. El Perú, con 9.0%, les ganó a los tres, y seguro a varios otros que, sospechosamente, no registran sus datos.

Claro que eso fue el año 1988. En el 90 hemos retrocedido de 9.0% a 7.0%, ¿pero quién puede asegurar que Uganda, Sierra Leona y Bangladesh o algún otro país (hay tantos), no hayan retrocedido también? Lo más probable es que seguimos ganando a un mínimo de dos o tres países en cuanto a la recaudación tributaria. Eso sí, definitivamente estamos por detrás de los restantes 83 países registrados en la estadística del Banco Mundial.

Y, ya que es hora de confesiones, lo que habría que admitir es que, como el fútbol, el Gobierno peruano ha tenido mejores días. Las empresas públicas, por ejemplo, vendían un poderoso 25% del producto nacional entre los años 80 y 85; hoy, sus ventas alcanzan apenas a un 10% del PBI. El gasto en general del Gobierno, incluyendo lo que le costaba financiar a sus engreídas empresas, era también otra cosa: 1,100 dólares por persona hace quince años, contra sólo 180 dólares en 1990.

“No entiendo nada”, dirá usted. “Lo que Webb me está tratando de decir es que el Gobierno peruano se ha vuelto un peso pluma. ¿Y la burocracia? ¿Los impuestos? ¿Los decretos para todo?”

Señor lector, usted subestima el ingenio nacional. Acuérdense de mis palabras: llegará el día en que el mundo entero reconocerá la solución peruana a un problema universal.

¿Cuál es? Todos saben que el Estado es un deber, un sacrificio necesario. El bien común lo exige, y que nos cobre impuestos y nos controle. Pero, en el fondo de nuestros corazoncitos, nadie quiere que lo fiscalicen. ¡Un dilema universal!

Allí, la “solución peruana”: un Estado... que no hace nada.

Un Estado que decreta impuestos que no se pagan; crea empresas estatales que no producen; contrata a un millón de empleados públicos y no les paga; dicta leyes que nadie lee; prohíbe a los ambulantes y nadie hace caso; levanta un Banco Agrario, con cientos de sucursales, y no presta nada; asigna diez diferentes reparticiones policiales y militares al aeropuerto internacional y no detiene nada.

Muchos no entienden cómo el peruano, tan golpeado por las circunstancias, se mantiene tan feliz. Es que está gozando de su “solución”. Cumple generosamente con su deber cívico, creando y facultando a un Estado que sería la envidia de un país escandinavo; y, al mismo tiempo, es uno de los hombres con menos obligaciones y menos restricciones cívicas del planeta (excepto, posiblemente, los ciudadanos de Uganda, Sierra Leona y Bangladesh).

Cuánto, enero de 1991

¡ABAJO EL ESTADO!

Y, del árbol caído, hagamos leña. Es la nueva consigna.

Pero, ¿arriba... qué?

Obviamente, no el caos. Los que azuzan contra el Estado no se consideran discípulos de Bakunin, teórico de la violencia anarquista. ¿Pero quién o qué, se supone, llenará el vacío que deja el Estado? ¿Quién ordenará, repartirá, ejecutará las obras y las acciones sociales? ¿Quién desarrollará al país?

Hay varias respuestas.

Una es que no se trata de reducir, ni de buscar un reemplazante al Estado. Al contrario, la dieta y la poda fiscal que se plantean son para reforzarlo y tonificarlo. En poco tiempo, se dice, tendríamos un Estado con renovada y reforzada capacidad para cumplir con ordenar, repartir, ejecutar y desarrollar. O sea, lo de “abajo el Estado” sería tan sólo una bajada de mantenimiento.

Otra respuesta es “arriba la iniciativa privada”. La energía y la creatividad que exigen el desarrollo, se dice, nunca provienen del Estado. Proceden, más bien, de la voluntad de superación del individuo y del afán de lucro de la empresa privada. La historia lo demuestra; en la competencia entre el estatismo y el mercado, este último ha barrido. El Perú vendría a ser una prueba más de la ineficacia desarrollista del estatismo.

Ambas respuestas son argumentos de peso para “bajar” al Estado: uno busca que rebrote más fuerte; otro, liberar las energías del mercado. Pero ninguno pone el dedo en lo que más está faltando, y, por lo tanto, en lo que más hay que “levantar”. Me refiero a la acción colectiva.

Podría decirse, inclusive, que al país le han sobrado gobierno e individualismo, a la vez. El verdadero déficit ha sido en todo lo que está entre esos dos extremos, verbigracia: la iniciativa privada no individual, sino organizada, cooperativa y aplicada a los problemas comunes; y las instancias intermedias de gobierno —el vecinal, el local, el regional, y el que se crea expresamente para ordenar o solucionar alguna necesidad común, sea de trabajo, sea de tipo social. A pesar de lo que nos dicen los ideólogos, son las organizaciones de base, la cooperación y el gobierno de nivel intermedio quienes han desempeñado un papel, tan o más importante que el del Estado o el del individualismo en el desarrollo de los países más exitosos de Norteamérica, Europa y Asia.

Algunos dirán que el Perú también se caracteriza por el trabajo colectivo: en el campo existen comunidades campesinas y cooperativas; en la ciudad, organizaciones de barrio, clubes de madres y provinciales, comedores populares y muchos otros. La evolución de nuestros pueblos jóvenes es testimonio de ese esfuerzo común.

Es que la mayoría de esos esfuerzos ha surgido precisamente por la ausencia del Estado, en especial durante la crisis reciente. Además, mucho se ha dirigido meramente a presionar al Estado, y no a resolver problemas por sus propias manos. Entonces, nada mejor que el achicamiento estatal para obligarnos a adquirir ese talento social que es saber trabajar juntos.

Por eso digo (¡sin ninguna intención de propaganda política!) “abajo el Estado” y “arriba la acción popular”.

Cuánto, abril de 1991

¿SERÁ CIERTO QUE NO NOS AYUDAMOS?

Se dice que los peruanos no somos solidarios. Ciertamente, no prosperó el “impuesto de la solidaridad”. Pero ¿es cierto que no nos ayudamos? Démosle la palabra a los pobres.

Rosa, coordinadora de comedor popular:

“El 8 de agosto, cuando el Gobierno dio el paquetazo, no sabíamos qué hacer. La gente se aglomeraba frente a los comedores. Nosotras nos mirábamos y nos preguntábamos cómo las íbamos a apoyar y qué le íbamos a dar a esas señoras. Salimos del apuro gracias a las parroquias que nos prestaron ayuda... Nosotras nos dijimos: Bueno, en este momento hay que ser solidarias y compartir, ya que es una necesidad de toda la comunidad”.

Eumelia, promotora de salud

“Hay socias (del club de madres) que no pueden pagar los 150 o 200 intis que cuesta el menú de cada una de nosotras. Para no dejar a ninguna señora sin comida, compartimos el menú de cada una de nosotras”.

“Toda la comunidad colabora también en los aspectos de salud. Miren, la otra vez se dio un caso de polio. Una mujer escuchó y nos pasó la voz. Entonces, las mujeres se reunieron y dijeron: Vamos a prepararnos para ir casa por casa y darles la vacuna a todos los niños”.

Inés, integrante de olla común

“...a mí, hace unos días, me desalojaron de mi casa. En esos momentos muchas amigas me dieron las espaldas... Entonces, una socia que era la secretaria y tiene su techito, me ofreció un cuarto en el segundo piso. Me dijo: Puedes ir ahí, acomódate como puedas...”.

Rosa, maestra de escuela

“Antes las ollas comunes eran actos simbólicos que hacían los sindicalistas. Pero ahora mi esposo, yo y nuestros 3 niños almorzamos en la olla común de su colegio. Los profesores salen al mercado del barrio y les piden una colaboración a los ambulantes. Muchos de ellos tienen sus hijos en ese colegio. Y luego preparamos la olla común”.

Marina, artesana

“Nosotras hacemos arpilladas, todas en bordado, porque nos permite ganar algo de dinero y porque representa un medio para poder comunicarnos con otras mujeres de diferentes niveles sociales... En este taller hemos aprendido muchas cosas, sobre todo a compartir, a ser solidarias...”.

(Testimonios recogidos por el Instituto Cuánto durante una encuesta en 400 hogares pobres, en noviembre de 1990, y por investigación de esta revista).

Un par de datos:

- En Lima funcionan aproximadamente 7 mil comedores populares (incluyendo ollas comunes); cada uno ofrece, en promedio, 200 raciones diarias.

- Se calcula que 800 mil peruanos en el extranjero remesan a sus familiares en el Perú, más de 300 millones de dólares al año.

¿Es cierto que no nos ayudamos?

Cuánto, julio de 1991

UN EXPERIMENTO MENTAL

Sugiero un experimento mental. Que todos los habitantes del Perú, hasta el último selvático, sean traídos a Lima.

¿Qué, no entrarían? ¡Tonterías! Dentro de la “Gran Lima Metropolitana”, que se extiende hasta el Sur y Norte Chicos, cabrían fácilmente los 22 millones de peruanos. Es, más o menos, la población y área actual de la Ciudad de México.

Pero, ¿de qué vivirían?

Esa pregunta, precisamente, es el objetivo del experimento. Porque esa población ya no contaría con recursos naturales. No dispondríamos de tierras agrícolas, de minas, de pozos petroleros, ni de la mayor parte del mar peruano. O sea, de todo lo que siempre hemos considerado la base, la verdadera riqueza de la economía peruana.

Sería como renacer -calatitos-.

Mi tesis es que no sólo sobreviviríamos, sino que nos iría muy bien. No sería el primer caso de un país sin recursos naturales. Hong Kong, donde el ingreso medio (11 mil dólares) es casi igual al de Nueva Zelanda, tiene

6 millones de personas y menos de mil kilómetros cuadrados de área. (El Perú tiene 1'285,216 Km²). Singapur tiene la misma área y mismo ingreso. Taiwan es más grande, pero sigue siendo una islita casi sin recursos físicos y ha logrado acumular 80 mil millones de dólares en su Banco Central. Israel era un arenal. Y el mismo Japón, cuyo territorio dispone de menos del 2% de las ricas tierras agrícolas, minas, bosques, pozos petroleros y mares de Estados Unidos, se ha levantado como una potencia económica que empieza a humillar a los estadounidenses.

No son los recursos físicos los que hacen a las naciones. Y menos hoy, cuando la ciencia y la tecnología corren a velocidad supersónica.

Es el ingenio, la educación y la organización social lo que hacen un país. Quizás, reubicados todos en Lima, descubriríamos finalmente esa verdad.

Cuánto, febrero de 1992

AUTOGESTIÓN COLECTIVA

Pregunta:

¿Qué tienen en común las siguientes personas: John Turner, Fernando Belaunde Terry, William Mangin, Hernando de Soto?

¿Se rinden?

Respuesta:

Cada uno, en su momento, descubrió el poder de la autogestión popular en el Perú.

Belaunde lo descubrió escuchando, cuando recorría el país pueblo por pueblo. En cada lugar, al ver una escuela, un camino o una irrigación, preguntaba: ¿quién lo hizo? Los pobladores contestaban: “el pueblo”.

Belaunde tomó esa respuesta y la convirtió en nombre y bandera del partido que fundó. Años después, Turner y Mangin, dos estudiosos norteamericanos, se impresionaban de la energía creativa y organizativa de los pueblos jóvenes que recién se levantaban en las grandes ciudades. Más tarde, De Soto redescubrió esa misma energía colectiva entre los ambulantes, transportistas y otros informales urbanos.

Este descubrimiento social quedó en lo anecdótico... mientras los gobiernos tenían dinero para gastar. ¿Qué gracia tiene para un político el que un pueblo resuelva sus propios problemas? ¿Para qué hacer alarde de su propia capacidad de sacrificio si había posibilidad de conseguir recursos del Gobierno?

Ahora todo está cambiando ante la “pobreza absoluta” del Estado. Casi sin percatarnos, estamos resolviendo cada día más los problemas que el Estado no puede solucionar con escuelas autogestionarias en los pueblos jóvenes, con comedores populares, con rondas y serenazgos, y con nuevas iniciativas de los alcaldes.

Dentro de pocos años, cuando se haga una nueva relación de los “descubridores” del poder de la autogestión colectiva, ya no serán cuatro nombres. Calculo, más bien, una lista de varios millones.

Cuánto, agosto de 1992

¡EL PODER PARA LOS MUNICIPIOS!

No es que esté a punto de lanzarme para una alcaldía, ni de cambiar mi profesión por la de politólogo.

¿Por qué, entonces, un economista perdería tiempo interesándose en la parte más insignificante del Estado, creada al parecer para las “bajas” tareas de cuidar los parques y limpiar las calles, y cuyo presupuesto no llega ni al 2% de lo que gasta el Gobierno central? En este momento de crisis

“macroeconómica”, cuando los precios suben y los salarios caen, que un economista hable sobre los “microproblemas” de los municipios pareciera estar abandonando su responsabilidad profesional.

Es todo lo contrario. Creo que el poder local es la clave para resolver algunos de los problemas más grandes de la nación.

Mencione tres ejemplos:

* Para cobrar impuestos, el gobierno local tiene dos grandes ventajas: a) en los distritos la gente se conoce, se sabe quien puede pagar y quien no, y todos, hasta los negocios pequeños, están cerca para ser fiscalizados; b) lo que el municipio recauda se queda en la vecindad, por lo que la gente tributa con más voluntad.

* Hoy, los técnicos saben que la salud y la ayuda a los más necesitados no son servicios que se “reparten” sino condiciones que se “crean” con la participación activa y la fiscalización mutua dentro de una comunidad. También la alfabetización y muchas formas de educación cívica y práctica para la vida requieren del aporte comunitario tanto como del “reparto” de servicios ministeriales.

* Los gobiernos locales construyen obras con más cuidado porque tienen menos para gastar, más idea de lo que hace falta y más fiscalización por parte de la vecindad. Hay alcaldes que hacen obras malas, pero eso es nada en comparación con el derroche de los elefantes blancos del Gobierno central y de las empresas públicas. Y el municipio cuida lo suyo, ya que no se trata sólo de construir, sino de mantener.

Por eso, como economista digo: “el poder (léase presupuesto) para los municipios”. Y como ciudadano opino, además, que una “democracia” no es tal cuando el Gobierno central –instancia de muy difícil fiscalización– se lleva el 98% del presupuesto nacional.

Cuánto, octubre de 1992

EL OLEAJE PRIVATIZADOR

Hay olas que impactan, sobre todo desde la perspectiva del que lucha en medio de la espuma. Pero, mirado desde lo alto de un cerro, el oleaje se vuelve un pulso regular, pacífico hasta adormecedor.

La privatización es un verdadero olón que está remeciendo el país y creando un torbellino de corrientes financieras. Sin embargo, como toda ola, pasará y dejará la fisonomía nacional mayormente como la encontró.

Esa fisonomía, en su aspecto económico, consiste en el llamado capital físico del país, una enorme y variadísima colección de herramientas, artefactos, maquinarias y obras que se utilizan para producir los ollucos, las camisas, los sanitarios, los lápices de labio, las llamadas telefónicas a las amigas, los viajes en micro, las vacunaciones, pilas, botellas, llantas y el sinnúmero de otros bienes y servicios que llamamos el Producto Bruto Interno (PBI).

El capital productivo del país:

- * Tiene un valor muy grande, supera en dos o tres veces el PBI.

- * Es muy variado, incluye el destapador del vendedor de gaseosas en el estadio y los muros que embalsan el agua de Tinajones.

- *Tiene una variada gama de dueños –personas individuales, mini-empresas, grandes consorcios, cooperativas, ministerios, gobiernos locales, condominios, empresas estatales, entidades sin fines de lucro, y otros–.

- * Nos interesa a todos.

Está de moda la regla general que el capital será mejor aprovechado cuando sus dueños lucren directamente, o sea, con un régimen de propiedad privada.

Pero, lo que no puede perderse de vista es que somos una colectividad, y lo que hace cada uno con sus bienes productivos en algo enriquece o empobrece a los demás. A todos nos interesa que cada uno aproveche su

capital, que lo mantenga, que lo trabaje bien y que lo haga crecer. En ese sentido, “Propiedad privada” es un decir.

Además, cuando uno vive en un mundo tan variopinto, de poco sirven las reglas generales.

Cuánto, julio de 1994



ESTABILIDAD

¿CAMBIAR O NO?

“Si quieren inversión, no sigan cambiando las reglas de juego”, fue la respuesta de los empresarios japoneses al presidente electo, según los cables llegados de Tokio.

¡Qué problema para el jefe de un movimiento que se titula Cambio 90!

En realidad, hubiera sido una respuesta difícil para cualquier nuevo ocupante de la silla de Pizarro. Es que en el Oriente no se nos entiende. Cuando se quiere explicar el éxito económico de algún país oriental, se habla siempre de su cultura nacional. Pero los peruanos también tenemos una cultura. La única diferencia es que la nuestra explica el no-éxito, hasta hoy, al menos. Se trata, justamente, de la cultura del cambio permanente.

¿Se imaginan, en el Perú, un movimiento “Todo Igual 90”? Ni siquiera la llamada derecha peruana cumple con el conservadorismo. Su programa, muchos dirían, fue el que más quería poner “de patas arriba” al país.

Los empresarios japoneses se hubieran ahorrado el *faux pas* diplomático, contratando un buen asesor político. El primer acto del asesor hubiera sido citar la frase de Manuel González Prada:

“Es una tradición nacional que todo presidente se vea como un ser providencial que rompe decisivamente el pasado del presente”.

Pero, vayamos al problema práctico, ¿cómo hacer ahora para tener inversión extranjera? ¿Tendremos que cambiar la cultura nacional y dejar todo como está?

Es una opción nada desdeñable. Claro, todo peruano sabe que no hay una sola ley, institución o costumbre en el país que tenga valor, o que merezca ser preservada. Pero nos adaptaríamos. Después de todo, si algo bueno ha resultado de tanto cambio, es que hemos desarrollado una excepcional flexibilidad. Podríamos llegar inclusive a querer a todas esas malas leyes, instituciones y costumbres, y a trabajar bien con ellas. Una ventaja de esta opción, como lo señalaron los mismos empresarios japoneses, es que abriría las puertas al capital extranjero.

No obstante, mi recomendación es no sucumbir a la tentación del no-cambio. Más beneficios nos ofrece el otro cambio, el de la insistencia en nuestra cultura nacional, el camino del cambio continuo.

Es que el mundo está evolucionando, ¡en dirección de la ventaja comparativa peruana! O sea, la flexibilidad y la adaptabilidad.

Tom Peters, autor del mundialmente famoso libro *Excelencia*, lo ha señalado. El título de su nueva obra, *Prosperando del Caos (Thriving on chaos)*, lo dice claramente, y parece además haberse redactado a la medida para el Perú. El argumento de Peters es que el “caos”, o sea, el cambio frecuente y radical en las tecnologías, instituciones y hábitos de consumo, es ahora la nota predominante de la economía mundial. Por tanto, la empresa exitosa será la que aprenda a ser flexible y la que tenga talento, y hasta goce, con el cambio continuo.

Pensemos que el sacrificio no ha sido en vano, y que los años difíciles de inestabilidad como medio de vida, han sido un “drill”, una práctica para el nuevo mundo que describe Peters. Y que, si ahora nos abocamos con energía a competir dentro de ese mundo, lo haremos con un arma secreta: ¡nuestro talento para tirar cintura!

¡NO HABÍA NOVEDAD!

Anoche regresé de viaje y, como de costumbre, de inmediato pedí los periódicos. ¿Qué novedades me habría perdido? ¿Cuáles fueron las reformas, prohibiciones, nuevas líneas de crédito, nacionalizaciones, privatizaciones, dólares especiales, impuestos y grandes debates económicos acaecidos durante esa quincena de ausencia?

Me encontré con la novedad más grande en las últimas décadas de vida económica en el país: no había novedad.

Leer los periódicos de estos días –me refiero solamente a las noticias económicas– fue casi tan aburrido como lo es en Colombia, Chile o Venezuela. O, para este caso, Corea y Taiwan.

No digo que hay cero noticias: en los últimos días hubo una minimejora en las exportaciones, la ligera alza del dólar, esa pequeña baja de la inflación, una leve inquietud por el alza que, se sabe, tendrá la gasolina a fin de mes, y una vez más se nos anuncia que habrá privatizaciones.

Se acaba una era en el Perú. Fue el tiempo en que la economía se practicó principalmente como una actividad cultural (otros, menos finos, dirían como telenovela). La época en que el político que más lograba sorprender al público, poner patas arriba lo que había antes o dejarnos boquiabiertos, ganaba el Premio Nobel.

Hace doscientos años la economía tiene fama de ser “la ciencia gris”. Sin duda lo es... en casi todo el mundo. Sólo el gran talento histriónico peruano ha sabido escapar a esta regla: en el Perú esta ciencia se convirtió en un evento artístico, al menos durante casi tres décadas.

Pero como en toda representación escénica, el telón cae, y al igual que cuando, en invierno, salíamos de la matinée a la luz del día, el país está volviendo a la nube gris que es la diaria jornada de trabajo. Volvemos a la economía como actividad productiva, sin grandes novedades, rutinaria, tediosa, sacrificada, de mejoras muy paulatinas.

Algunos, olvidándonos de las quejas que proferíamos, extrañaremos esos alocados años en que la economía alcanzó su máxima expresión -como actividad cultural-.

Cuánto, noviembre de 1991

“QUE RENUNCIE BOLOÑA”

“Que renuncie Boloña”. Parlamentarios, empresarios, sindicalistas, religiosos, militares y periodistas vienen sugiriendo que ya es hora. ¡Lleva casi un año en el cargo!

Vengo de recorrer varios países de Asia. Uno de ellos, Indonesia, es un extraordinario rosario de islas tropicales con 185 millones de habitantes. Aunque Indonesia no ha tenido el éxito espectacular de Corea o Taiwan, su progreso ha sido seguro. Hoy produce el doble que hace un cuarto de siglo, y su alimento principal, el arroz, que antes importaba, ahora le sobra.

Uno de los secretos de su progreso ha sido la estabilidad laboral de los ministros y del equipo técnico. Los cinco economistas (todos graduados en la misma universidad norteamericana) que arrancaron con el nuevo gobierno hace 23 años, siguen dirigiendo la estrategia de desarrollo. Fue algo así como un juramento matrimonial entre el país y sus técnicos, para seguir juntos “en las buenas y en las malas”.

Aprendamos de la paciencia asiática. Señores, traten de imaginar a “cara de bebe” a los 63 años como ministro de Economía, y sugiero que, cuando finalmente lo vean en la pantalla de televisión llegar a esa edad, tengamos derecho para pedir la nulidad.

Cuánto, enero de 1992

“EL PÉNDULO PERUANO”

Efraín Gonzales de Olarte y Lilian Samamé acertaron con el título de su libro, *El péndulo peruano*.

Desde hace una vida, no pasa un año sin su “reforma tributaria”. Un día el dólar vale oro; otro, apenas da para comprar el periódico. Las noticias siempre anuncian que la inflación está bajando o subiendo; nunca se queda tranquila. La llegada de cada nuevo gobierno es como cuando, en el juego de monopolio, uno cae en el casillero “regrese a la partida”.

Se explica así, dicen Gonzales y Samamé, que no logramos construir nada. Cuando el piso no deja de moverse, cada esfuerzo para levantar una profesión o un negocio termina derrumbándose, cual castillo de naipes.

En el Perú no faltan la inteligencia ni la voluntad de trabajo, y somos dueños de vastos recursos naturales. Lo que falta es tierra firme para construir.

¿Cómo parar ese péndulo? ¿Cómo estabilizar el piso para poner a trabajar todos esos talentos y recursos?

La solución de algunos países fue no cambiar de gobierno con tanta frecuencia. Es el camino que tomaron los países asiáticos, hoy convertidos en “tigres” económicos, y es el que siguieron los países que mejor se recuperaron de la crisis de la deuda en América Latina: México y Chile. Pero la autocracia no siempre ha significado desarrollo, ni el cambio democrático lo ha impedido.

¿Cómo parar el péndulo sin sacrificar la democracia? ¿Cómo darle seguridad al que invierte sus ahorros y sus energías en crear un negocio o hacerse profesional, o dedicar largos años como trabajador en un empleo?

Una defensa consiste en ponerle límites legales e institucionales al margen de libertad que tiene el Gobierno para hacer de las suyas con las reglas económicas. Un ejemplo sería reforzar la autonomía legal del Banco Central de Reserva, impidiendo que un presidente nuevo nombre a sus allegados al directorio.

Otra forma de defendernos contra los caprichos políticos consiste en integrar nuestra economía con la del resto del mundo, a través de la exportación, la importación y la inversión externa. A más integración, menos libertad para experimentar con la economía.

Sin embargo, el remedio principal no reside en las leyes, ni en la integración; consiste, más bien, en la cultura política y la educación. De alguna forma tenemos que aprender a ponerle coto a los impulsos inventivos de nuestros futuros gobernantes.

Ninguno de estos remedios se puede lograr de un día para otro. Entre tanto, un buen gesto consistiría en levantar una estatua al presidente que menos cambios efectuó durante su gestión.

Cuánto, noviembre de 1992



EL BANCO CENTRAL

SIETE

Siete es el número del mes.

Por los siete directores que integran el directorio del Banco Central de Reserva, finalmente todos nombrados.

Se dice que, desde que empezó la Guerra Fría, el presidente de Estados Unidos tiene a su alcance un botón que, en segundos, puede lanzar miles de misiles con bombas atómicas. Un hombre, con su dedo, puede acabar con la vida del planeta.

Es la perfección absoluta e inigualable del poder destructivo.

La mesa del directorio del BCR es redonda. A cada director corresponde un ostentoso sillón de cuero azul. Cuando ocupa su lugar, sobre la pulida caoba de la mesa le esperan la agenda de la sesión, los documentos de apoyo y un botón.

Botón distinto al de la Casa Blanca: para accionar el mecanismo de disparo del BCR, se requiere de la presión de al menos cuatro dedos; y el efecto de un disparo sería menos contundente, como el de sólo dos o tres, en vez de miles de bombas atómicas.

Con todo, no hay otras siete personas en el país con tanto poder destructivo en sus dedos.

¿Cómo controlar ese poder? Una forma sería una especie de ley islámica: los sobrevivientes del holocausto tendrían el derecho de cortar esos dedos –con un machetazo sobre la fina y pulida mesa de caoba–.

Cuánto, octubre de 1990

“TENEMOS UN BANCO CENTRAL AUTÓNOMO”

Hoy conversé con el presidente de un país vecino. Con evidente orgullo, se refirió a los “importantes cambios” recientemente aprobados en la Constitución de esa nación.

“Por ejemplo –dijo– se ha otorgado total independencia al Banco Central”. “Este cambio –recalcó– es muy importante”. Fue el único ejemplo que dio (a pesar de la trascendencia de otras modificaciones en su Carta Magna).

Ahora son tres los países cercanos –Argentina, Chile y Colombia– que han creado mecanismos legales para alejar la tentadora fabriquita de billetes, que es el Banco Central, de las manos de sus políticos.

El Perú llegó antes a esta forma de decirle no a la inflación, con la Constitución de 1979.

¿Por qué entonces tanta alza de precios en los últimos once años? ¿Le sucederá lo mismo a los vecinos, no obstante sus leyes?

Es que no basta una ley, ni siquiera una Constitución. Hace falta, además, una cultura.

En primer lugar, el proceso de nombramiento de los directores del BCR deja margen para esquivar la intención de la ley, sobre todo en el Perú, donde no nos hemos preocupado por normar bien este mecanismo. Segundo, los gobiernos se ríen de las leyes que pretenden circunscribir su margen de acción, salvo cuando la opinión pública les obliga a cumplirla. O sea, cuando una mayoría de los dirigentes, periodistas y políticos de un país han llegado a comprender el terrible poder destructivo que tiene la emisión monetaria incontrolada.

En tercer lugar, se necesita un presidente que diga con orgullo: “Tenemos un Banco Central autónomo”.

Miro con optimismo a los vecinos y también al Perú. Tenemos lo necesario, por fin, para acabar con la inflación: una buena ley, una opinión pública que ha aprendido (mayormente a la mala), y primeros mandatarios que en vez de arrancarse los pelos, sacan pecho cuando dicen “nuestro Banco Central es autónomo”.

Cuánto, abril de 1992



UN ECONOMISTA

MARX

Karl Marx nació el 5 de mayo de 1818. Su cuerpo se extinguió en 1883, pero sus ideas tomaron fuerza y cambiaron al siglo XX. Ahora, unos cien años después, éstas también se apagan.

Marx fue mucho más que un economista. Fue un penetrante historiador, que vio en las fuerzas económicas el motor de la evolución de las sociedades. Fue además un sociólogo de las clases sociales. Pero su papel mayor en la historia consistió en no ser analista, sino profeta.

Se dice que otros economistas cambiaron la ciencia económica, pero que Marx cambió al mundo. Con su profecía –el colapso del capitalismo– nació la religión más importante desde las que fundaron Jesucristo y Mahoma, aunque, como todo lo moderno, de mucha menos duración.

Pero ahora hablemos de Marx como economista, función en la cual tuvo un brillante acierto y... dos metidas de pata. Quizás tres.

El acierto fue su teoría del desarrollo económico.

Paradójicamente, descubrió en el capitalismo el secreto del avance económico. El sistema capitalista, dijo, ponía en manos del capitalista un creciente volumen de ahorro (excedente), y este personaje, casi ciegamente, lo invertía totalmente para seguir expandiendo su riqueza, y así, la del país. Con la teoría de Marx, la ciencia económica dio un gran salto para adelante en cuanto a comprender el progreso material.

Sin embargo... hasta los saltos más extraordinarios pueden quedarse cortos. Y así fue con la teoría del crecimiento de Marx, en la que todo el

peso del progreso recaía en la acumulación del capital. No por gusto su obra principal se titula *El Capital*.

Donde se quedó muy corto Marx, fue en no comprender la apabullante importancia del avance tecnológico. Los cálculos que hoy se hacen de los determinantes del crecimiento de Estados Unidos, por ejemplo, le asignan un 20% al capital y 80% al avance de la técnica.

Pero otro error fue realmente una metida de pata. Fue cuando quiso explicar el precio de las cosas. ¿Por qué algo vale X y no XX?

Según Marx, si el precio de una hamburguesa es X y el de otra XX, es porque la segunda cuesta el doble de trabajo producirla. O sea, los precios dependen del sudor del obrero, no de la inversión, ni del ingenio y buena organización del productor, ni de saber aprovecharse cuando uno lo tiene “agarrado” al comprador, ni de la cara bonita de una vendedora, ni de la labia de otro, ni del buen criterio de un comerciante que supo poner el producto justo en el lugar, en el momento y en las condiciones que quería el cliente.

La explicación de Marx deja mucho que desear, para decir lo menos, pero podríamos echarle la culpa a sus mentores intelectuales, los prestigiosos economistas británicos Adam Smith y David Ricardo, de quienes heredó la idea, aunque no atinó a cuestionarla.

La segunda metida de pata fue un pronóstico: dijo que el nivel de vida de las masas nunca mejoraría dentro del esquema capitalista. Cuando escribió esa frase, un obrero textil en Manchester trabajaba 84 horas, y recibía tres centavos a la semana.

Hoy ese obrero trabaja 40 horas, es dueño de un auto, un estéreo, dos televisores y veranea en las playas de España. O sea, que en este punto Marx estaba en la calle.

Con todo, como investigador y analista, Marx nos dio un ejemplo magistral. En ese sentido no ha muerto del todo, pese a la rápida extinción que sufre la religión que creó.

Cuánto, mayo de 1991



AGRICULTURA

ÉRAMOS UN PAÍS DE CAMPESINOS

Apenas ayer éramos un país de campesinos. Hace 50 años vivían en el campo dos personas por cada poblador urbano. Hoy, la relación es inversa; en ciudades y pueblos viven 2.3 personas por cada habitante rural. El campesino se ha vuelto minoría.

Para fin de siglo, sólo 1 de 4 peruanos dormirá bajo la noche oscura del campo.

Sabemos que en la ciudad hay pobreza inhumana, porque la vemos, a pesar de los barrios residenciales, los clubes y los colegios privados. Pero la privación mayor es la del campo. Un estudio reciente del Instituto Nacional de Estadística y del Banco Mundial ha comprobado que del tercio más pobre de las familias, 70% es rural. La pobreza del campo es más numerosa y más extrema.

Dos de cada tres campesinos de la Sierra se cuentan dentro de ese estrato más pobre del país. Tres millones de vidas, casi todas a merced de las 100 o 200 arrobas que rinden al año unos cuantos surcos en la tierra. Vidas escasamente mejoradas por medio siglo de progreso nacional. Por desnutrición y enfermedad, mueren cerca de 15 de cada 100 niños recién nacidos.

Pero soy optimista en cuanto a la mejora de esas vidas. La mejora llega por medio de dos movimientos, uno de salida y otro de llegada: la emigración de los pobladores y la llegada de recursos al campo.

La migración tiene mala fama. Se cree que llegar a un pueblo joven es, en el mejor de los casos, sólo trasladar la pobreza. No es así. La estadística da la razón a los migrantes: la gran mayoría de ellos gana más en la

ciudad, sin contar el acceso a la escuela, a la salud y a las múltiples y fabulosas facetas de la vida moderna. También mejoran los que van a la Selva. Varios millones de peruanos actualmente viven con menos penuria gracias a su migración, o a la de sus padres, durante las últimas décadas.

El movimiento de recursos hacia el campo, en particular el de la Sierra, ha sido lento, pero no insignificante. Piense en ese campo hace 50 años, y en la posterior multiplicación de caminos, escuelas, postas médicas, minas y programas públicos y privados de ayuda. Al mismo tiempo, el crecimiento de los pueblos y de las ciudades viene creando más y más demanda para los productos rurales. Si bien es verdad que la ayuda ha logrado poco hasta el presente, se debe en gran parte al peso aritmético del problema: antes, esa población rural era la mayoría.

Pero esa misma lógica aritmética se vuelve ahora un factor de esperanza. La población rural de la Sierra —el núcleo de la pobreza extrema— es ahora una parte mucho más reducida de la población total. Y el ingreso de la población urbana ha crecido proporcionalmente. Aminorar la pobreza rural es hoy una cuestión de voluntad y de ingenio, y ya no del peso numérico del problema.

Cuánto, julio de 1989

EL MINISTERIO DE AGRICULTURA

Es hora de preguntarnos si se justifica seguir teniendo un Ministerio de Agricultura.

No nos hubiéramos hecho esa pregunta hace 40 años, cuando se hablaba del “Perú, país agrícola” y a nadie le crecía la nariz.

El campo pesaba más que cualquier actividad urbana, y producía casi un tercio del producto nacional. Sólo tres cultivos de exportación —algodón, azúcar, café— representaban el 7% del PBI. Es cierto que el campo era,

mayormente, un paisaje desolado de pobreza, explotación humana y métodos preincaicos de cultivo.

Pero ya entonces se avizoraban pujantes espigas de experimentación moderna, de inversiones, sobre todo privadas, en canales, caminos, molinos, máquinas y mejoramiento de razas.

No era un tiempo dorado, pero había agricultura.

Hoy, tenemos un Día del Campesino y un ostentoso ministerio, completo con su cría de empresas públicas y entidades paraestatales. Lo que no tenemos es una agricultura.

En el primer trimestre de 1991, la agricultura –con coca y todo– significó sólo 3.5% del producto nacional, apenas un décimo de la participación que tenía hace 40 años.

En realidad, hasta esa cifra de 3.5% es una exageración.

Primero, porque ni el campo ni los campesinos tienen mucho que ver con la producción moderna, casi manufacturera, de pollo y de huevos, dos de los productos de más peso en las estadísticas agrarias actuales. Y segundo, porque cerca de un quinto de lo que produce el agro es la hoja de coca, un cultivo destinado a desaparecer, sino en esta década, ciertamente en la siguiente.

Porque el cocal destruye rápidamente la tierra que la produce, y porque la cocaína es una peste social.

¿Por qué se produce tan poco?

Una razón es que el agricultor peruano cosecha pocos kilos en cada hectárea que cultiva. Además, tiene pocas hectáreas de tierra que valgan. Pero, sobre todo, no está equipado, ni con máquinas, ni caminos, ni silos, ni herramientas, ni canales, ni conocimientos modernos.

Una segunda razón es que nosotros, los consumidores, no pagamos nada al agricultor. Actualmente, éste se ve obligado a producir cuatro veces

más kilos de papa o de tomate, o de lo que sea, que en 1986 para comprar del mundo urbano lo mismo que entonces.

¿Por qué, simplemente, no importamos ese pequeño 2 o 3% del PBI que producen, legalmente, los campesinos, y nos libramos del esfuerzo que implica trabajar y domesticar el agreste suelo peruano?

Es que uno de cada cuatro peruanos aún subsiste de la agricultura, por minúsculo que sea el valor de lo que produce.

Nadie les regala lo que comen. Son los campesinos que este mes recordamos.

¿Cerrar el ministerio que vela por la vida de uno de cada cuatro peruanos? Mejor dotarlo de recursos y poderes que guarden proporción con su inmensa responsabilidad: lograr que el Perú tenga, no sólo campesinos, sino una verdadera agricultura.

Cuánto, junio de 1991



TURISMO

APUESTO UN CEBICHE

¿Es usted jugador? Le ofrezco una apuesta.

Apuesto un cebiche –el ganador escoge el restaurante– a que el negocio de más expansión en el Perú en el próximo cuarto de siglo será el turismo.

Lo obvio es que tenemos las condiciones –un país de múltiple y variada belleza física, una riqueza de evidencias y pistas del pasado que despiertan inquietud sobre el drama y el misterio de nuestra historia, una cultura folclórica, culinaria y musical con sabor–.

Además, el punto de partida es casi cero, tragedia que documenta este número de la revista.

Para que me gane ese cebiche tendrán que darse tres condiciones, todas ellas no difíciles en sí mismas, pero sí porque significan un cambio de mentalidad.

Primero, que una visita al Cusco o Iquitos, a cualquier parte del Perú sea obligatoria –no por compromiso, sino porque nos guste– antes de viajar a Miami.

Segundo, que nuestros economistas descubran que la inversión con el coeficiente más alto de rentabilidad social, o como dirían en su jerga de “costo-beneficio”, es el gasto que se hace para la conservación de nuestro patrimonio arqueológico. No se trata solamente de hacer un gasto “cultural”. Se trata del mejor negocio para el país.

Tercero, hacer turismo es olvidarse de ideologías. Se trata de una actividad donde el Estado y el sector privado deben trabajar juntos, y donde la participación de cada uno es indispensable. El Estado para conservar los recursos, poner infraestructura, dar seguridad y promover; la empresa para poner la imaginación y el esmero servicial que florecen donde hay negocio privado.

¿Muy difícil?

Pues apueste entonces. Yo insisto en creer.

Cuánto, agosto de 1993

EL “BOOM” TURÍSTICO

Lo mejor del “boom” turístico es que, en una gran proporción, se trata de peruanos que salen a conocer su propio país.

Como cuando cede una represa, se está produciendo una gran afluencia por todo el territorio. Es el desembalse de un deseo frustrado a lo largo de más de una década. Las barreras del terrorismo, de las malas carreteras y pobrísima infraestructura turística en general, y de los asaltos en el camino van bajando, y el flujo del turismo interno va subiendo. El viaje a Machu Picchu empieza a ganarle a Disneylandia en el “rating”.

Es que un viaje al Cusco, al Colca, al Manu, al Callejón de Huaylas, a Paracas, a Cajamarca, tiene el carácter de un peregrinaje, de visita a un lugar sagrado y, además, nuestro. Es una forma de redescubrirnos y de reafirmarnos como peruanos.

Los extranjeros sean bienvenidos. Su visita nos beneficia de varias formas: con el contagio de su admiración, con sus exigencias logísticas y en cuanto al servicio, con el ejemplo de su respeto por los recursos naturales e históricos, e incluso –también de pan vive el hombre– con su dinero.

Que se deje atrás para siempre ese ligero desprecio por una industria que es un “mero” servicio. Qué mejor actividad productiva que una que nos educa como peruanos, que nos integra como nación, que nos vuelve la admiración del mundo, que conserva en vez de gastar nuestros recursos, que se basa –necesariamente– en una colaboración íntima entre Estado y actividad privada, que lleva dinero a los lugares más remotos del país, y que si bien implica una gran inversión en infraestructura, también exige lo mejor del talento humano.

Cuánto, mayo-junio de 1995



INSTRUMENTO DE PRODUCCIÓN

El conocimiento es un instrumento de producción.

De allí que los maestros aparecen con las primeras civilizaciones. Su función es impartir la ética social, pero también las artes prácticas. Miles de años después, los economistas “descubren” esta elemental verdad, bautizándola “capital humano”, y otorgando un Premio Nobel al “descubridor”, dando prueba así de la inarrebatable inocencia de su ciencia.

Lamentablemente, la sabiduría no viene con garantía de duración, y hoy se da la siguiente paradoja. De un lado, la sociedad le concede un reconocimiento cada día mayor al “capital humano”; de otro lado, cada día se confunde más el conocimiento con la escuela, y en especial, con el número de años que se lleva sentado sobre una carpeta.

En su aspecto productivo, el capital humano tiene semejanzas con el capital físico: cuesta producirlo; su calidad es tan importante como su volumen; en gran parte sólo sirve para un producto específico; y su productividad depende de la presencia de otros capitales, sean físicos o humanos.

¿Sirven los pilotos sin aviones? ¿Torneros sin tornos? ¿Choferes donde no hay caminos? ¿Agricultores donde no hay agua? ¿Queremos producir un sinnúmero de pilotos, torneros, choferes y agricultores sin importar su calidad?

En realidad, la escuela es algo así como la fábrica de cemento o la siderúrgica. De estas últimas salen los materiales que sirven para fabricar máquinas, represas y otros bienes de capital físico. De igual modo, el producto de las escuelas es de poco valor productivo, pero sí es un material

necesario y apto para “fabricar” las piezas de capital humano para uso específico.

El proceso de inversión incluye el capital físico y el humano, ambos aspectos se entrelazan. Sin desestimar la importancia ética y cultural de la educación, cabe preguntarnos si un Ministerio de Educación no debería estar estrechamente entrelazado con los Ministerios de Economía y de Producción.

Cuánto, febrero de 1995

DISPERSIÓN EDUCATIVA

Hay muchos colegios.

Y me cuesta saber en cuál de ellos aprenden más nuestros hijos.

¿En el hogar? ¿En lo que ven, escuchan y leen a diario en los medios de comunicación? ¿En el trabajo que hacen a tiempo completo, o más comúnmente, a tiempo parcial una gran proporción de los menores? ¿En la calle? ¿En miles de academias, “institutos” y otros centros de educación no escolar? ¿En las escuelas?

Nuestra educación es una torre de Babel, cada “colegio” con su propio lenguaje, y así nos hemos educado todos.

El ministro se ocupa de las escuelas. La televisión, los periódicos y otros medios persiguen ganancias. Las academias y los institutos mayormente también. El hogar es un pequeño mundo independiente, con sus propios objetivos, valores e historia para transmitir. El trabajo y la calle enseñan lo bueno, lo malo y lo feo.

La dispersión del mensaje formativo no es una novedad, ni una exclusividad peruana. Tampoco es todo malo.

La dispersión es una fuente de enriquecimiento, de modernización y de choque cultural productivo. Y una aplicación de la ventaja comparativa.

Pero tanta dispersión refuerza las distancias sociales y desaprovecha recursos.

¿Qué hacer?

Sugiero formar una Comisión de Notables encargada de crear un mensaje educativo más unificado y más coherente. Eso sí, las sesiones serían largas. Porque si se logra juntar un grupo de personas con verdadera representatividad del país y de sus distintos “colegios”, la comisión sería una torre de Babel.

Cuánto, abril de 1995

¡QUÉ FÁCIL ES SER MINISTRO!

No hay tema en el que somos más ignorantes que el de la educación. Anoche escuchaba una entrevista radial al ministro de Trabajo de Estados Unidos, el señor Reich. Se trata de un intelectual, autor de importantes libros. Con gran elocuencia daba cátedra sobre la necesidad de la educación técnica y científica para la vida moderna. Hasta que llamó un joven radioescucha.

- Señor ministro, tengo varios amigos graduados de biólogos y químicos, pero no consiguen trabajo.

- Es que hay que saber escoger la carrera. Debieron buscar una donde sí había trabajo.

¡Qué fácil es ser ministro! Lo que pasaba por alto el señor Reich es que las carreras científicas pueden demorar años y años. Y mientras el joven se “raja” estudiando, el mundo cambia. Lo que hoy falta, mañana puede sobrar.

Recuerdo que cuando decidí estudiar economía en el extranjero, mis padres dijeron, con pena:

- Estudia lo que te guste, hijo, pero en el Perú no existe esa carrera. Nunca más regresarás.

Tenían razón –para ese entonces–. (Eran los años 50). Pero pasó el tiempo, el mundo cambió, y pude regresar y hacer vida profesional en el Perú. Tuve suerte, no ojo.

El Bank of England fue el primer banco central del mundo. Un día me visitó un joven funcionario de esa prestigiosa institución.

- ¿Y qué estudios siguió?, le pregunté.

- Classics (así le dicen los ingleses al estudio del latín y griego). Así se levantó el imperio británico. Con base en el estudio escolar menos práctico imaginable. Es que los detalles técnicos los aprendían después, en el trabajo mismo.

Claro, ya no es imperio. Quizás, a la larga, fracasaron por falta de “carreras técnicas”. Quizás.

Cuánto, setiembre de 1995

Capítulo 6
**EL ROSTRO HUMANO
DE LA ECONOMIA**



EL ROSTRO HUMANO DE LA ECONOMÍA

¿CUÁNTO CUESTA UNA MADRE?

¿Cuánto cuesta una madre?

¡Qué pregunta! ¡Qué horror!

¿Cuánto cuesta un hijo? La pregunta también escandaliza. No obstante, debe hacerse cuando el hijo todavía es un sueño posible.

Qué paradoja: la madre no tiene precio, ni el hijo que ya existe; pero el hijo que aún no es, en la práctica sí lo tiene, en más y más hogares. Actualmente hasta se calcula el precio de la vida, de venir al mundo, de subsistir en él.

Son muy pocas las ocasiones en que nos damos el lujo de parar nuestro quehacer mundano para reencontrarnos con lo trascendental: una es el día que nació Jesús, y otra, el Día de la Madre. Son dos momentos en que podemos recordar y, en cierta forma, hasta palpar en los ritos de la religión, y en la ternura de nuestra madre, la realidad del infinito.

En el diccionario del infinito no existe la palabra cuánto. Para el amor de la madre no hay límites, y no hay lugar para números ni símbolos matemáticos.

Caretas/Cuánto, mayo de 1989

FERIA

Feria, según el diccionario, es (a) un lugar de compra y venta, (b) fiesta, asueto, recreo.

Arando un surco, cosiendo botones, conduciendo un camión, revisando documentos. Actividades solitarias porque la concentración en la tarea aísla, aunque se realicen rodeadas de otras personas.

Hasta que llega la hora de vender lo producido. Entonces, el trabajo se vuelve una actividad intensamente social.

Lo primero es reunirse. Al parecer, para conocer el producto que está en venta. Pero también para conocerse vendedor y comprador, para medirse y, finalmente, convencerse el uno al otro.

En el campo, el trabajo es particularmente solitario y duro. Entonces, se explica la especial alegría con ocasión del mercado, o sea, de la feria. Además de constituir un alto en la monótona labor agrícola, la feria rural es un gran momento social, un reencuentro de familiares, amigos y vecinos distantes. Es la cara alegre de la economía de mercado.

La feria urbana no exhibe la misma intensidad humana y social que la rural. La vida de ciudad ofrece múltiples oportunidades para la diversión, y es un continuo contacto entre personas, sea “en vivo”, sea a través de los medios de comunicación. No obstante, la tradición de la feria como “fiesta, asueto, recreo”, persiste, además de ser un “lugar de compra y venta”.

Este mes se “celebra” en Lima, una vez más, la Feria del Pacífico. Compradores y vendedores de productos industriales de varios países se juntarán para mostrar y conocer las mercancías, igualmente para tratarse entre ellos. Otras ferias, como las del Hogar y del Libro, se llevan a cabo durante el año.

Pero la economía moderna cuenta con una multiplicidad de formas de reunión y de contacto entre comprador y vendedor. Tiendas, mercadillos de barrio, ambulantes, sueltos y concentrados. Avisos clasificados, visitas a

domicilios, tés sociales. Las “bolsas” de valores y de subcontratación, mercados a través de télex. Un verdadero caleidoscopio.

La tendencia es hacia una despersonalización en los mercados. En vez de reunirse, platicar, medirse y negociar, y en algo divertirse, la compra y venta se hace más y más mediante catálogos, precios fijos, medios electrónicos y agentes. Y sin perder tiempo.

Se trata de ganar eficiencia. Pero la alegría de la economía de mercado va reduciéndose.

En todo caso, nos quedan algunos años para seguir gozando de la animación y el contacto humano, contraparte de nuestras ineficacias y de nuestro subdesarrollo.

Cuánto, noviembre de 1989

ELECCIONES

Cuando rezamos pidiendo “nuestro pan de cada día”, no nos referimos sólo al alimento que necesita el cuerpo. También, el alma exige su pan diario.

Así, desde los primeros tiempos, la jornada del hombre fue un ciclo de largas horas de trabajo y sacrificio, seguidas de un breve rato dedicado a la ilusión. En ese rato respiramos un aire de esperanza y de aspiración. Antes, lo hacíamos por intermedio de los cuentos y las canciones. Hoy, el medio preferido es la telenovela.

También en la vida de un país se imponen momentos de respiro espiritual. Después de varios años de dura realidad, sentimos la necesidad de una dosis de ilusión colectiva. Hoy, el medio preferido son las elecciones. El período electoral de 1990 nos permite imaginar un mundo más fácil, donde el camino del bien está claramente señalado, y los buenos, los malos

y el héroe claramente identificados. La telenovela y las elecciones cumplen la misma función: levantan el espíritu cansado, en un caso el del hogar, en el otro el de la nación.

Vivimos estos días la última etapa de un episodio electoral. Esta vez la dosis de ilusión colectiva ha sido fuerte, como era de esperar, tras la excepcional dureza de los años anteriores. El país se ha entregado con energía a cumplir con el espíritu, imaginándonos, por ejemplo, que los problemas nacionales serán resueltos prontamente con el regreso del capital extranjero, que la pobreza será vencida por un programa de compensación social, que la inflación será doblegada sin dolor, que las finanzas públicas se equilibrarán sin despidos, que la tecnología nos salvará, y que la honestidad y la libertad serán, en poco, los valores reinantes de la vida nacional.

En lo que respecta a la esperanza, estamos sin duda preparados para el nuevo y, quizás, hasta más difícil ciclo que empieza el once de junio.

A nivel del hogar, la mayoría sabemos cuándo hay que apagar el televisor y regresar al trabajo. ¡Cuánto mejor estaríamos si, a nivel del país, tuviéramos esa misma sabiduría!

El once de junio es la fecha para poner de lado la ilusión, y reconocer que el pan de cada día, el que necesita el cuerpo, no cae del cielo; se obtiene con trabajo y sacrificio.

Cuánto, junio de 1990

CONTROL DE LA NATALIDAD

Qué poco humano es el debate sobre el control de la natalidad, o sea, sobre la procreación de personas.

Unos defienden el control de la natalidad con argumentos económicos, sociales y ecológicos. El exceso demográfico, dicen, nos “roba” parte

del crecimiento: en vez de aumentar la producción, tenemos que gastar en construir más viviendas, escuelas, pistas, sólo para atender a la población nueva. Además, dicen alarmados: “¿Dónde va a entrar tanta gente?”.

Otros están en contra del control de la población. Niegan que el hacinamiento, la destrucción ecológica y el subdesarrollo tengan que ver con una supuesta “sobrepoblación”. Cada niño, dicen, llega con dos brazos para trabajar. Y la industria necesita de más mercado interno. Algunos políticos de la izquierda se oponen al control de la natalidad porque se trataría, según ellos, de un complot imperialista.

También entran a tallar los argumentos religiosos. Para la Iglesia católica, los métodos modernos (o sea, efectivos) de control de la natalidad son inmorales. Los defensores de esos métodos se apoyan, en gran parte, en los valores del materialismo que, en el fondo, es otra religión.

En todo este debate abundan los tecnicismos, la política y la teología, pero falta lo más importante: el derecho individual.

Cada mujer tiene el derecho de decidir si quiere o no procrear en un momento dado. La ignorancia le roba ese derecho. También la extrema pobreza, cuando ésta significa no poder adquirir contraceptivos.

En mi opinión, consentir en ese robo es inmoral.

Cuánto, noviembre de 1990

DEL HOMBRE AL HOMBRE

¿Por qué unos países son pobres y otros ricos? La explicación que prevalece es que en los países pobres la ocupación principal es la agricultura; y en los ricos, la industria.

En realidad, la producción se divide en tres tipos: la primaria, que consiste en trabajar la tierra y el mar, y que incluye el trabajo del agricultor,

ganadero, maderero, pescador, minero y petrolero; la secundaria, que se limita a la manufactura y a la construcción; y la terciaria, que se ocupa de los servicios.

Históricamente, el proceso económico se dio con el pase del campo a las fábricas. Todo empezó con la *Revolución Industrial* en la Gran Bretaña del siglo XIX. En el mismo siglo le siguieron Alemania, Francia, Estados Unidos y Rusia. Ya en el siglo XX Japón, el resto de Europa y otros países se sumaron a esta transformación de una economía primaria a una secundaria; o sea, del laboreo del campo a la producción en fábricas. De allí se deduce que, para los que seguimos pobres, el camino para el progreso pasa también por la industrialización.

Es hora de revisar este concepto. Es que, más y más, la actividad principal en las naciones avanzadas no es la industria, sino los servicios. En Estados Unidos, por ejemplo, tres de cada cuatro personas trabajan en una multiplicidad de servicios, como el comercio y el transporte, las finanzas y la enseñanza, la salud y la administración pública, la informática y la investigación. Según los futurólogos, la siguiente generación de norteamericanos y europeos trabajará en un 90% en la actividad terciaria. Y nos aseguran además, que casi toda esa actividad terciaria será altamente productiva.

¿Preocupa?

No. Al contrario, es motivo de felicitación. Porque se trata de un cambio que nos humaniza. Ya el pase del campo a las fábricas significó: cambiar un trabajo basado, sobre todo, en el uso de la espalda –cual bestia de carga– por uno que emplea las manos y los ojos. Después de todo, a las fábricas les decimos manufacturas.

El pase a la actividad terciaria es otro avance: los servicios se generan usando lo mejor del ser humano: el ingenio, la simpatía, la atención cálida, la imaginación, el atractivo físico y la inteligencia.

Hemos resultado ser unos demorones en cuanto al desarrollo económico, pero tendremos una compensación. Gran parte de los peruanos pasa-

remos directamente de trabajar con la espalda a una actividad productiva que descansa más plenamente en todas las facultades humanas.

Cuánto, octubre de 1991

NAVIDAD

La Navidad es motivo de intensa actividad económica y comercial.

Todos comienzan a pensar en los regalos, en cómo arreglárselas para conseguir el pavo o, al menos, el pollo para la cena navideña. Las empresas trazan estrategias de marketing para diseñar ofertas y lograr mayores ventas. Muchos viajan para celebrar con su familia, los contrabandistas van y vienen con juguetes, ropa y aparatos eléctricos.

Aeropuertos y terminales terrestres lucen atestados. En las ciudades, ambulantes vocingleros le ponen a uno los productos en la cara, mientras que los bares permanecen abiertos más tarde que de costumbre. Se negocia, se acuerda, se ordena, se convence, se reclama, se fía, se enseña, se ahorra, se vende.

En resumen, todo el país se moviliza. Pese a la recesión y a los salarios deprimidos, la gente se la ingenia para comprar y vender.

La meta común es llegar a la Nochebuena para gozar unos pocos minutos de la sorpresa de un regalo, o quizás, tan sólo, compartir el abrazo con toda la familia.

Este momento de unión difícilmente sería incluido por el economista en sus modelos y ecuaciones.

La Navidad es una oportunidad para recordar que la economía es un asunto intensamente humano. Requiere el ingrediente de una habilidad social: la de saber trabajar juntos en pos de una meta.

Son personas en permanente contacto, trato y relación uno con otro, las que hacen funcionar el mercado. Los problemas y fricciones inherentes a este roce cotidiano son un freno al funcionamiento del engranaje económico. Cualquier esquema o modelo económico está sujeto a esta fricción.

Por eso es necesario el lubricante navideño. La fórmula es simple: tolerancia, buena voluntad y mucho énfasis en una meta común.

Al final, lo que determina el éxito de una economía no son tanto los mecanismos fríos o esquemas abstractos, sino este talento social para lubricar el trato diario.

Cuánto, diciembre de 1991

NOS FALTAN SOCIÓLOGOS

“Nos faltan sociólogos”.

Mi amigo, distinguido profesor universitario de sociología, y acostumbrado a la imagen de inutilidad práctica de su ciencia, creyó que le estaba tomando el pelo. Cualquiera sabe que precisamos de más médicos, ingenieros, mecánicos, expertos en comercio exterior, analistas de sistemas y, por supuesto, de los indispensables economistas. Pero, ¿sociólogos?

Lo dije en serio. Es que todo profesional trabaja basado en un cierto común denominador; se supone que, como sociedad, conocemos nuestros valores y prioridades, sabemos adónde vamos y, además, que nos entendemos unos a otros. Sin embargo, todo indica que lo único en común que tenemos es la confusión.

No se trata de un deterioro: la confusión existe hace quinientos años, y más si vemos, con realismo, la sociedad precolombina. Lo que sucede es que la multiplicidad de valores y de formas de ser, que nos caracteriza, ha estado reprimida y escondida por el poder que ejercían unos pocos. Hoy, la

sociedad se abre y el pluralismo se destapa.

Hay muchos síntomas. El más visible –y audible– es la proliferación de sectas religiosas, incluyendo sus variedades terroristas, vírgenes que lloran, curanderos como Texeira y teóricos neoliberales. Otro es el cambiante desfile de cucos políticos. Ayer era un sacrilegio cuestionar la reforma agraria, la estabilidad laboral y, sobre todo, al Estado. Y los cucos de antes son los héroes de hoy: el empresario privado, el FMI y el capital extranjero.

Este confuso comportamiento social también mantiene en jaque a los economistas. ¿Cómo entender que con tanta recesión y disciplina fiscal, siga la inflación? ¿Qué decir del aguante de la gente ante la evaporación de la mitad de sus ingresos? ¿Y quién iba a imaginar la avalancha de dólares que regresó del extranjero y que hoy abarata el tipo de cambio hasta el punto de impedir la exportación?

Y ahora, ¿quién podrá salvarnos?

Evidentemente, sólo los sociólogos.

Cuánto, junio de 1992



MEDIO AMBIENTE

¿ECOLOGÍA VERSUS ECONOMÍA?

“En peligro de extinción” se titula el aviso publicitario con la tierna foto de un loro o mono u otra especie que se extingue ante el avance de la “civilización”. La revista norteamericana le dedica una página entera a color.

Pero, de los cientos de esos avisos que he visto, no recuerdo una con la foto del niño Juan Quispe Coricanchi, especie humana cuya vida está amenazada por la pobreza.

El loro o Juan Quispe, ¿a cuál atender primero?

¿Debemos buscar petróleo en la Reserva Nacional de Pacaya-Samiria, corriendo el riesgo de contaminar el parque forestal? O ¿debemos descartar el petróleo que pueda existir en la zona, descartando así posibles futuras postas médicas, vacunaciones y otros servicios urgentes que serían financiados con ese recurso?

En Pacaya-Samiria, el conflicto entre el desarrollo económico y la protección del medio ambiente parece ser real, pero en la mayoría de los casos, la ecología y la economía caminan de la mano. Casi siempre, cuidar el medio ambiente es lo mejor desde un punto de vista estrictamente económico. Por ejemplo:

* La contaminación del agua causó pérdidas millonarias de producción y exportación por efecto del cólera, así como por otros contagios que la televisión no dramatiza, pero que debilitan al trabajador y reducen la productividad.

* La protección de nuestra singular ecología peruana podría generar una gran afluencia de “ecoturistas”, como ocurre en Costa Rica.

* La protección de nuestra reserva genética, el “germoplasma”, asegura nuevos productos exportables y consumibles en el futuro.

* La erosión del suelo agrícola y la destrucción de los bosques dejan sin medios de vida a muchos de los campesinos más pobres, y sin alimentos a todo el país.

Cuidar la ecología es una de las mejores inversiones que podemos hacer, aunque, a veces, parezca un lujo. Y donde existe un conflicto en el corto plazo, encontraremos el camino medio.

Párese ante un cerro y grite “¡Economía!”. El eco que le contestará, sonará “¡Ecología!”.

Cuánto, agosto de 1991

EL REGALO DEL MEDIO AMBIENTE A LOS PERUANOS

Siempre hablamos del medio ambiente como si fuera uno. Efectivamente, como el territorio, el medio ambiente nacional es uno solo, y lo que afecta a cualquiera de sus partes nos afecta a todos.

Pero no todos vivimos junto a un basural, ni en barrios donde no hay agua, ni en quebradas donde los huaicos –por la deforestación– son numerosos cada año, no todos trabajamos tierras que se degradan día a día. Y algunos tenemos carro propio para ir hasta las playas no contaminadas.

Como todo lo demás, el problema ambiental es desigual.

Pero, a diferencia de otras desigualdades, la unidad del recurso ambiental empieza a imponerse. Es cierto que casi todas las víctimas del cólera fueron pobres, pero los efectos económicos de ese mal afectaron a muchos más, y asustaron a todos. Ahora surgen otras enfermedades que ponen en peligro a ricos y pobres. Y, en la ciudades, cada día es más difícil aislarse de la contaminación ambiental en general.

Ya antes, la depredación del mar trajo abajo a muchos importantes negocios. Esa historia está en camino de repetirse en varias actividades basadas en nuestras riquezas naturales.

El aprendizaje de que vivimos en el mismo bote se viene dando también a nivel mundial. En la reciente Conferencia Mundial del Medio Ambiente de Río, los países ricos quizá, por primera vez, se encontraron jaqueados por los no desarrollados. “Si los ricos quieren que protejamos nuestra ecología, tendrán que pagarlo”, dijeron los pobres.

Quizá nuestro sufrido medio ambiente nos terminará imponiendo la solidaridad: sería un hermoso regalo.

Cuánto, julio de 1992

DESARROLLO SOSTENIBLE

La limpieza y el mantenimiento no son gastos, son buenas inversiones.

Así reza el credo de los economistas convertidos en ambientalistas, que empiezan a ser mayoría en la profesión. Y más ahora que el Banco Mundial, una casi Real Academia de la Ortodoxia Económica, se ha pronunciado en ese sentido, en su “Informe sobre el desarrollo mundial de 1992”.

El nuevo credo se cristaliza en la frase “desarrollo sostenible”. Indica que el desarrollo no consiste en capturar el último pez de mar: si no dejamos una suficiente biomasa reproductora, no habrá pesca el año entrante. Igual para el caso de los bosques, las tierras de cultivo, el agua en el subsuelo y las especies silvestres. Tampoco consiste en multiplicar la producción de minas y fábricas si, a la vez, crece el volumen de contaminantes que destruyen la salud. Y menos aún en millonarias obras de irrigación cuando, por falta de mantenimiento, se deterioran los desagües y se contamina el agua potable en las ciudades.

Pero es más fácil la prédica que la práctica ambiental. ¿Cómo aprovechar el petróleo de nuestra selva sin causar algún daño ecológico? ¿Quién pagará el costo de reducir la emisión de gases de tanto camión y microbús? ¿Es justo objetar que, ante el hambre de sus hijos, un comunero andino desbroce una hectárea de selva? ¿Y, acaso no es injusto que la prédica más estridente venga de los países ricos, los que se enriquecieron consumiendo los recursos de todo el mundo, y cuyos vicios –caso de la cocaína– nos siguen depredando?

Sin embargo, el que resulte difícil y antipático, para nosotros, no se contradice con que sea el camino más provechoso para nuestros hijos. El problema central no es técnico sino redistributivo, o sea, político. Es que los costos y beneficios de cuidar el medio ambiente son distribuidos muy desigualmente, y únicamente el Gobierno puede imponer orden, con reglas a la vez justas y eficaces.

Antes, el progreso económico era sinónimo de abrir zanjas; hoy, en todo el mundo, se identifica con aprender a lavarse las manos y cuidar lo que ya tenemos. Propongo, para próximo presidente, a un ingeniero sanitario o, quizás mejor, a una buena ama de casa.

Cuánto, octubre de 1993



POBREZA

MOVER LOS DOS PIES

El padre de la economía moderna fue el escocés Adam Smith. Su obra principal *La Riqueza de las Naciones*, publicada en el año 1776, destaca las virtudes de la libre empresa. La libre competencia, dice Smith, es la mejor garantía de progreso económico.

Pero, ojo. Smith señala además que “...un país en que la gran mayoría de la población es pobre y vive en la miseria no tendrá ni progreso ni felicidad”.

¿Por dónde empezar, entonces? ¿Con la libre empresa? ¿O sea, dejando en paz a los productores para que puedan trabajar, como dice Smith?

¿O aminorando la pobreza para crear las condiciones sociales que requiere el progreso, como dice también Smith?

Otra forma de plantear el acertijo es si conviene arrancar con el pie izquierdo, distribuyendo la riqueza a favor de los pobres, o con el pie derecho, poniendo al empresario a trabajar y a invertir. El debate sobre este punto es acalorado e inacabable. Y algunos quieren imponer su punto de vista, incluso a la fuerza.

Pero en vez de tanto debate sobre el primer paso, progresaríamos más rápido si aceptáramos lo evidente: que el camino por recorrer es larguísimo; y que no llegaremos muy lejos sin mover los dos pies.

Cuánto, setiembre de 1989

LOS RECURSOS SOCIALES

Me encuentro en Washington, donde a diario camino cinco cuadras desde mi oficina hasta el Metro del tren subterráneo. Al atravesar el pleno centro de la capital del país más poderoso y adinerado del mundo, a pocas cuadras de la Casa Blanca y del Mall –un bello parque rodeado de magníficos monumentos e impresionantes museos–, cada día cuento seis, ocho, hasta doce pordioseros.

Son parte de los “homeless”, medio millón de estadounidenses sin techo, sin trabajo, que peinan los basureros para comer. Unos son víctimas de enfermedades mentales, otros están enviciados por la droga o el alcohol, y en la mayoría de ellos se combinan varias causas de pobreza. Durmiendo a la intemperie, cada invierno mueren cientos a causa del frío; y cada día mueren otros por falta de atención médica.

Qué decir de semejante desequilibrio entre el avance económico y el social de esta gran nación.

Dos países comunistas grafican la posibilidad de un desequilibrio opuesto: en los años 60 y 70, la paupérrima China supo reducir el analfabetismo y la mortalidad infantil a niveles casi europeos, mientras protegía a sus mil millones de habitantes de los estragos del desempleo y de la indigencia. Cuba logró un avance social aún mayor, mientras su economía se estancaba.

Algunos dirían que el Perú es un caso de “atraso equilibrado”: nos hemos quedado tanto en el frente económico como en el social.

No estoy de acuerdo. Yo diría, más bien, que nuestra capacidad para tirar cintura en lo social ha sido el salvavidas que nos está permitiendo sobrevivir la crisis económica. La riqueza del recurso social peruano va desde los mecanismos de ayuda familiar y colectiva hasta la flexibilidad en cuanto a las reglas y las costumbres económicas. La inventiva social ha incluido la actividad informal, el aprovechamiento de los vínculos familiares y del padrinzago, los comedores populares, las asociaciones barriales, los comités de padres de familia y del vaso del leche, las rondas, los clubes provinciales, el cachuelo, los cambios en los hábitos de consumo, la dolarización para defenderse de la inflación, la emigración y más. ¿De qué otra manera se puede explicar, si no, la sobrevivencia nacional ante la repentina pérdida del 50% de los ingresos familiares?

Estados Unidos, creo, no hubiera sabido capear una crisis económica de igual magnitud. En todo caso, hubiera tenido que recurrir a nuestro asesoramiento, como “expertos en sobrevivencia”.

De todo esto saco dos conclusiones. Primero, el avance económico no siempre trae el progreso social, ni el progreso social un avance económico. Segundo, no debemos menospreciar nuestros recursos sociales, valen más, quizá, que los tan mentados recursos naturales.

Cuánto, febrero de 1993

LA POBREZA

La pobreza es silenciosa. Al pobre le falta tiempo, ganas y pulmón para gritar. A los demás nos corresponde gritar por ellos.

En este número, **Cuánto** llama la atención –una vez más– sobre la precaria condición en que vive gran parte de la población.

Lo hacemos basados en una poderosa radiografía social llevada a cabo mediante la colaboración entre **Cuánto**, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. Se trata de la Encuesta Nacional sobre medición de Niveles de Vida (ENNIV 1994), investigación que significó recorrer el ancho y largo del país, Costa, Sierra y Selva, llegando a los hogares de 3,600 familias peruanas.

No hubo sorpresa. Solamente dos redescubrimientos incómodos:

1.- El hambre existe en el Perú.

Hay hambre sin haber hambruna: muchos comen menos de lo que exige un cuerpo sano y productivo, mal en términos nutritivos, y no en la debida oportunidad. Otros comen bien, pero lo pierden por diarrea.

El hambre es asesina cobarde: no mata de frente, ni ataca a los fuertes. Se esconde tras la máscara de las enfermedades o de la baja productividad. Ataca a los más débiles: los recién nacidos, los viejos y los enfermos, restándoles fuerza para defenderse de cualquier enfermedad o infección. El hambre mata como el Sida. Y el hambre crónica es la condición de vida de uno de cada cinco peruanos.

2.- Las diferencias regionales y sociales siguen tan inamovibles como los mismos Andes.

Mientras Lima se llena de automóviles, uno de cada cinco peruanos padece hambre crónica –“es la extrema pobreza”–.

No hay solución simple a la pobreza.

Pero sí existe una receta compuesta. Los ingredientes son una cucharada de salud primaria, una de atención especial a las madres gestantes, una de educación básica, una de participación organizada de la población y cuatro cucharadas de empleo.

Cuánto, diciembre de 1994



INVERSIÓN SOCIAL Y REDISTRIBUCIÓN

MEJORAR LA CALIDAD

¿Cuál es la mejor inversión para el país?

Pregunta difícil, porque falta todo. Escasean luz, agua, desagües, caminos transitables, colegios, fertilizantes, capital de trabajo, teléfonos... la lista es larga.

Cuando el Banco Mundial nacía, allá por el año 48, un país (vecino nuestro) solicitó un crédito para financiar escuelas y clínicas. El entonces gerente de la institución contestó:

¿Obras sociales? ¿No se da cuenta usted que esto es un banco?

En esa época el desarrollo era sinónimo de carreteras, represas, hidroeléctricas, o sea, de obras visiblemente productivas. Para el gerente del Banco Mundial, la obra social era un asunto secundario, casi un lujo, un tema poco serio para plantear ante su institución.

El mundo da vueltas. Hoy, el rubro más dinámico de la cartera del Banco Mundial son los créditos para escuelas y programas de salud. El BID, que no piensa quedarse atrás, anuncia un aumento en su apoyo para la obra social.

En todo esto puede haber algo de sobrereacción. Los excelentes niveles educativos de Argentina no se tradujeron en crecimiento económico. El mismo Perú se apuntó un notable adelanto educativo en los 50 y 60: para el año 1970 registraba uno de los niveles más altos de matrícula primaria entre los países en desarrollo. Pero, después del 70, poco nos ayudó esa inversión en capital humano. Más aún, la historia de la Universidad de Huamanga, cuna de Sendero Luminoso, sugiere el peligro de un avance desequilibrado entre la educación y el desarrollo productivo de una región.

¿Dónde, entonces, está la prioridad para la inversión futura? La pobreza y el sobreendeudamiento nos obligan a proceder con un gran sentido de eficiencia y productividad.

Pienso que la obra social se ubica entre lo más alto del ranking, pero con una importante redefinición de su carácter. Ya no es cuestión de cuantía, de multiplicar escuelas y menos aún universidades y hospitales. Por cada sol invertido, los mayores beneficios, de cualquier inversión nacional, se pueden obtener mejorando la calidad de los servicios de educación y salud, y logrando un reparto más justo.

Cuánto, marzo-abril de 1993

INVERSIÓN EN SALUD

Lo que está faltando en el país en cuanto a salud, no es dinero, sino criterio y justicia.

Es época de privatización. “El sector público hace mal las cosas”. “Dejémosle trabajar al sector privado, al mercado, y las cosas funcionarán mejor”.

Lamentablemente, esta fórmula, que tiene mucho de cierto para la economía, no es aplicable a los problemas de la salud nacional, por la simple razón de que el 90% del gasto en salud en el Perú es privado. O sea, es

un gasto que sale de los bolsillos de las familias y de las empresas. El Estado aporta, apenas, el 10% de la factura. ¿Qué vamos a privatizar entonces?

Lo que está fallando, quizás, no es el 10% que gasta el Estado, sino el 90% que gasta el sector privado.

Es que, con la salud, no se puede prescindir de la redistribución de ingresos, más aún en un país tan desigual como es el Perú. Hay gastos mínimos que van más allá del presupuesto de los más pobres. Sólo el Estado, cobrando impuestos a los que tienen y dirigiendo su gasto a los que no tienen, puede garantizar ese mínimo de vacunas, de fumigación, de purificación del agua, de atención y educación a las madres gestantes, de educación sobre la nutrición, y otros elementos necesarios para la mera sobrevivencia.

La salud es una guerra que, al final, todos perdemos. Pero no es justo –ni inevitable– que la sigan perdiendo tantos que no han cumplido un mes de nacidos.

Cuánto, julio de 1993

LA TRANSFORMACIÓN DE LA SALUD PÚBLICA

El mundo vive un siglo de extraordinario avance en cuanto a las condiciones de vida humana. En el año 1950, de cada 100 niños que nacían en los países en desarrollo, 29 morían antes de cumplir su quinto cumpleaños. En la actualidad, esa cifra es apenas 11.

Es un lugar común decir que esa mejora se debe a la revolución científica que se ha producido en la medicina. Hoy disponemos de vacunas contra la viruela, de antibióticos, y sabemos cómo prevenir la malaria y la muerte cuando se presenta el cólera.

Lo menos conocido es el papel que ha desempeñado la salud pública. No sería atrevido afirmar que la salud preventiva, la educación en cuanto al

ABC de la salud, las buenas costumbres y el papel activo de la comunidad son los responsables de la mayor parte de la mejora observada en los índices de la mortalidad infantil.

Así, la China en el año 1950 padecía una tasa de mortalidad infantil de 32% -sólo dos de cada tres niños sobrevivían sus primeros cinco años-, proporción aún mayor al promedio de los demás países en desarrollo. Veinticinco años después, en 1975, esa cifra se había reducido a 9%, y hoy, es apenas de 3%. Este milagro no fue producto de la ciencia médica. Resultó, más bien, de una revolución metodológica: un cambio de prioridades y de tácticas en la salud pública.

¿Se trata de un éxito reproducible sólo dentro del comunismo?

Esa magnitud de avance, quizás sí. Pero me niego a creer que la única alternativa es la resignación; y que no es posible encontrar un camino intermedio, de avance social sin los costos del comunismo (que la misma China empieza a abandonar). Mi esperanza se alienta en los logros de muchos otros países, algunos vecinos y vecinos cercanos, otros en Asia, donde la salud pública se viene transformando a favor de las grandes mayorías, y sobre todo de la niñez.

Cuánto, noviembre de 1993

¿REPARTIR O PRODUCIR ALIMENTOS?

La “política social” se ha vuelto sinónimo de lo primero: desayunos escolares, vasos de leche, nutrición de madres gestantes y lactantes. Las entidades de ayuda externa son ahora las primeras en reclamar más y más “atención social”. Hasta las entidades “duras”, como el Banco Mundial y el mismo Fondo Monetario Internacional, están en la onda de “lo social”. A través del Programa Nacional de Apoyo Alimentario, el Gobierno se une a esta política de la dádiva. Y los candidatos de oposición piden más reparto.

El “pobre” y la caridad están de moda, y en buena hora, porque el hambre y la extrema necesidad rondan en el país. Pero ésta es una política de bomberos, de rescate, de emergencia.

El reparto de alimentos no es una solución adecuada ni duradera para el problema social.

Primero, porque el meollo de la pobreza está en el campo, en caseríos alejados donde no llega la caridad, y donde el futuro depende no de recibir alimentos, sino de producirlos y comercialarlos a mejor precio. Segundo, porque el que se gana la vida con base en lo producido por sí mismo, consigue libertad y dignidad, elementos tan vitales como la misma sobrevivencia física.

Está de moda admirar el éxito económico de los países de Asia. Lo que rara vez mencionan es que, en todos los casos, ese éxito se construyó sobre la base de un fuerte crecimiento de la producción agrícola, y que ese crecimiento, a su vez, fue resultado de un importante apoyo estatal a través de precios estables o garantizados de compra, de construcción de infraestructura y de servicios de investigación y de extensión. De allí que se logró no sólo el crecimiento económico sino una impresionante reducción de la pobreza crítica.

Es hora de mirar más adelante, de buscar soluciones duraderas que eviten nuevas emergencias, de redefinir la “política social” como una de producción agrícola, en vez de reparto alimentario.

¿Y cuándo mejor que en una etapa electoral?

Cuánto, enero de 1995



LO POSITIVO INCLINARÁ LA BALANZA

Pongamos todas las dificultades del país en el platillo de una balanza. Y, en el otro platillo, todos los motivos visibles de esperanza.

Más pesa lo bueno.

Es el mes de Lima ¿Existe una ciudad más ruinoso, sucia, abrumada? Hace un año tuve la oportunidad de visitar Calcuta, en la India, ciudad cuyo nombre se ha vuelto sinónimo de pobreza urbana. Conversé con el inteligente y joven director de obras municipales. A pesar de sus problemas, Calcuta daba más muestras de avance que Lima.

Pero, en mi balanza personal, más que los problemas de la ciudad, pesan el esfuerzo y la voluntad de trabajo que se evidencian entre sus pobladores. Estos días somos testigos de una explosión de voluntad democrática en las candidaturas municipales, la mayoría de ellas, creo, motivadas por una sincera intención de entrega a la colectividad. Sin embargo, el peso mayor sobre el platillo de la esperanza no es el de las cúpulas, sino el de las bases. Es el peso de los miles de grupos de ciudadanos que se han organizado, espontáneamente, con sacrificio de tiempo, de dinero, y algunos, hasta de sus vidas, para resolver los problemas de alimentación, de agua, de saneamiento, de derechos de propiedad, de seguridad, de salud, de educación, de transporte y de otros más.

El éxito de la gestión colectiva de Villa El Salvador fue reconocido por la comunidad internacional mediante el Premio Príncipe de Asturias de la Paz y la Concordia, que le fuera otorgado en el año 1987.

Y es notorio, también a nivel internacional, el dinamismo, el ingenio y el espíritu de trabajo que caracterizan a la actividad económica informal peruana.

La carga de lo negativo –la pobreza, la ideología y el tradicional des-cuido de los gobernantes– ha sido más fuerte. Pero lo positivo crece. En Lima vemos cómo cada día más gente decide participar, se organiza y aprende a trabajar colectivamente. Ese avance tiene su paralelo en todo el país.

Al final, será el peso de lo positivo lo que incline la balanza.

Cuánto, enero de 1993

CUATRO MITOS LABORALES

“El desempleo es alto en el Perú”.

La realidad es que, en medio de la peor recesión del siglo, el porcentaje de la población que busca y no encuentra trabajo alguno es el mismo al de otros períodos de años buenos. Más que desempleo, el problema actual es el sobreempleo de una gran parte de la población que trabaja horas más largas o en más de un empleo para sobrevivir la crisis.

“Trabajar en una empresa grande o en el sector público, es tener empleo de verdad, y estar en el sector informal equivale a ser subempleado”.

Lea usted, señor lector, nuestra sección “Lo que ganan algunos”. Allí constatará, mes tras mes, que las ocupaciones que más rinden son las informales. Y ni hablar de la supuesta estabilidad laboral en las grandes empresas o en el Gobierno.

“Para generar empleo un país debe fomentar la industria, el empleo en el sector servicios es sólo un mal necesario”.

El empleo industrial está de salida en todo el mundo. El futuro se identifica más bien con las ocupaciones del sector servicios, donde el trabajo incluso es más aprovechador del pleno de las facultades humanas, y don-

de lo ganado depende más de lo que ha puesto cada individuo, que de un capital físico que no le pertenece.

“Los peruanos somos flojos”.

En pocos países se trabajan horas tan largas, o con más esmero, que en el Perú.

Cuánto, mayo de 1993

DEFECTOS Y VIRTUDES

Hay muchas teorías que explican nuestro atraso económico –vivimos para el momento actual en vez de ahorrar, hay mucho cambio en las reglas de juego, la flojera, el conflicto social, queremos que el Estado sea el papi que arregla todo, etc.–, un sinnúmero de características de la psicología nacional que sirven para explicar el subdesarrollo.

Esta manera de ver las cosas como un problema cultural, tiende al pesimismo, porque después de todo, ¿quién podría cambiar la psiquis de toda una nación? Si le falta crédito a un país, puede recurrir al Banco Mundial. Pero, ¿dónde encontraríamos un psiquiatra mundial?

Para los economistas todo es más simple. En su mundo no existe la psicología. La economía, dicen, tiene tanta psiquis como podría tener un motor. Si ésta anda mal, sólo es cuestión de abrir el capó y ubicar la pieza floja o gastada, o sin lubricar. Apenas corregido el desperfecto... listos, prestos para despegar.

La discrepancia entre los economistas es notoria. Para unos, el desperfecto es la falta de liquidez, para otros, de capital extranjero.

Algunos culpan a lo engoroso de la titulación, otros al tipo de cambio y un tercer grupo a la inflación. Pero hay un punto esencial en el que no

discrepan: sea cual fuere el problema, será fácil de corregir. Basta una ley o un cambio de reglamento... y listo, la economía despegará. “Si los políticos fueran menos obtusos –dice el economista–, ya me hubieran nombrado ministro de Economía y todo se arreglaría en un dos por tres”.

No sé dónde está la verdad: me resisto al pesimismo de la explicación cultural, pero también al simplismo del economista. Creo que para cada defecto psicológico, los peruanos tenemos más de una virtud sobre la cual podemos construir un sólido futuro económico.

Y cuidado con las recetas de quienes estudian la actividad económica de varios millones de especímenes de la gloriosa e insólita raza humana –y ven en ella sólo un motor–.

Cuánto, diciembre de 1993

30 AÑOS

Mi carrera profesional empezó hace 30 años.

En julio de 1963 ingresé a trabajar al Departamento de Estudios Económicos del Banco Central de Reserva. Me embarcaba con la marea alta; confluían la natural esperanza de un principiante con el período de auge económico del país.

Regresaba de una etapa de estudios en el extranjero para sorpresa mía, porque, cuando años atrás había anunciado mi intención de seguir la carrera de economista, había aceptado la triste verdad de la exclamación de mis padres: “Hijo, sigue tu vocación, pero vivirás en el extranjero porque esa profesión no existe en el Perú”.

Mi fortuna fue otra. Haciendo cuentas, descubro que he dedicado la mayor parte de mi carrera a estudiar la economía peruana.

Tanto más duro, entonces, es constatar que la economía peruana no parece haber avanzado un centímetro en esas tres décadas: el ingreso promedio actual, incluso, se encuentra algo por debajo de su nivel de 1963.

No ha sido la falta de esfuerzo por parte de los peruanos. El país se ha capitalizado enormemente, en lo físico y en lo humano. Carreteras, caminos vecinales, irrigaciones, ciudades con toda su infraestructura, minas, fábricas, camiones y una ebullición de pequeños establecimientos, dan evidencia de una gigantesca labor de inversión y de creatividad productiva pública y privada. En cuanto al capital humano, constatamos que en 1963: 14% de los niños moría antes de cumplir un año; hoy la cifra es de 7%. Y, donde antes sólo el 13% de los adultos había cursado estudio más allá de la escuela primaria, hoy llega al 66%.

El estancamiento económico tampoco puede ser atribuido a una falta de cambio. Hace una generación, muchos identificaban el atraso con la supervivencia de las “viejas estructuras”. Pero, si de remover estructuras se trata, los 30 años han sido de casi continuo terremoto. El cambio, quizás ha sido excesivo; vemos cómo progresan otras naciones donde, antes que la revolución, se ha valorizado la continuidad y la estabilidad.

¿Cuál será la experiencia de los próximos 30 años? Muchos emigran, pero también muchos profesionales –jóvenes recién egresados y viejos curtidos– siguen regresando. La marea del optimismo está otra vez en alza. Creo que por esfuerzo no nos quedaremos. Lo que está por verse es si toda esa esperanza y trabajo serán mejor dirigidos, mejor encaminados que antes.

Cuánto, enero de 1994

LA ECONOMÍA DE LA ESPERANZA

Adam Smith se equivocó. Economía, dijo, es racionalidad. Cuando de producción o de gasto se trata, el hombre es un ser lógico. Desde ese punto de partida, podrá deducir toda la “ciencia” económica.

Smith no había visitado nuestra Feria del Hogar. Allí, a fines del siglo XX, usted puede encontrar hasta diez stands donde le venderán “seguros”, es decir, frasquitos tamaño ampolleta, que le garantizarán éxito en el amor, los negocios, o cualquiera que sea la gran esperanza de su vida.

Me atrevería a sugerir que la actividad económica de la esperanza es tan importante como el agro, la minería, la manufactura y el comercio -actividades todas que, por cierto, sí se prestan a ciertas leyes de la lógica-.

Usted dirá que lo de los frasquitos de la feria es un caso meramente anecdótico. Mi respuesta es que se olvide de los conceptos de siempre, y mire bien a su alrededor.

Usted verá, para empezar, todo lo que es “juego”: un multimillonario movimiento de dinero en loterías, hipódromo, casinos y “tinkas”. Siga mirando y verá el casino más grande de todos, la Bolsa de Valores, donde, recientemente, “la esperanza” pudo más que la racionalidad para ahorristas de Malasia, Hong Kong, California y México.

No cierre los ojos porque, como en la Bolsa, la esperanza brota –con disfraz “técnico” o racional– por donde uno mire. Si no, ¿cómo explica esos pomos que cuestan 60 dólares americanos con cremas de marca francesa, que prometen hacer desaparecer sus arrugas, cuando, según un estudio técnico, no son más efectivos que la vaselina, excepto un poco perfumados?

Cuánto, agosto de 1995

Capítulo 7
NUMEROS



DECISIONES

Cierre los ojos e imagínesse en un país donde cada precio se escribe en un papelito doblado no visto por comprador ni vendedor. El papel se abre recién en el momento de la compra.

- “Por este lindo comedor sólo pague 10 intis”.
- “Ya está su lustrada, señor. Me debe 8,000 intis”.
- “Este mes su sueldo será de 90 intis”.

Ahora abra los ojos y... ¡sorpresa! Su imaginación se quedó corta.

Cada compra se ha vuelto una lotería, para comprador y vendedor, y todos creen que el otro se aprovecha (o es un tonto). Con tanto confusión ¿cómo saber cuánto producir?, ¿en qué invertir? y ¿a qué patrón adaptar el estilo de vida?

Normalmente, los precios son la brújula de la economía: orientan a todos y ponen orden. Si alguien quiere jugar al azar se va al bingo y busca al canillita de la lotería... aunque los gordos estén más flacos cada día.

La revista *Cuánto* se propone ser un aguafiestas, permitiendo que usted espíe los precios antes de ir al mercado o de cerrar un contrato, ayu-

dándole así a saber lo que realmente cuestan las cosas. De ese modo, estaremos más preparados para la rutina diaria que canta Rubén Blades

*“Decisiones,
todo cuesta.
Salgan y hagan
sus apuestas, sí,
cada día...”.*

Cuánto busca también entretenerlo con la procesión cotidiana de la gran familia peruana, con algunos apuntes sobre su idiosincrasia, y sobre la belleza física de su hogar: Selva, Sierra, Costa y mar.

Para los que insisten en tratar de descifrar la economía peruana, Cuánto divulgará datos que son el privilegio de unos pocos.

En Cuánto usted no encontrará ni crítica ni política. Sí encontrará, en cambio, respeto a la verdad, un espejo para conocernos mejor, y... cuánto optimismo!

Caretas/Cuánto, 16 de enero de 1989

NÚMEROS ANIMADOS

Cuando nació Cuánto, la idea fue llevar las cosas a los números.

De allí que venimos llevando una cuenta. Cada vez que un político o una personalidad reclama más trabajo, más producción, y sobre todo, más exportación lo anotamos así:

Exportaciones, etc

1

Y cada vez que se reclama porque arreglemos las cosas con la banca internacional, para poder seguir obteniendo préstamos, lo apuntamos así:

Préstamos



¿Por qué echadito? Es que estamos convencidos que los números no tienen que ser fríos, inanimados. Deberían captar también, como los quipus incaicos, el espíritu de lo que representan. Por eso, unos los apuntamos de pie, y los otros en dulce reposo.

Por falta de espacio no podemos mostrar la cuenta completa hasta el presente. Pero es más o menos así.

<u>Exportaciones</u>	<u>Préstamos</u>
1	→
1	→
	→
	→

La semana pasada, por ejemplo, ¡qué tal escándalo provocó el asunto del Banco Interamericano del Desarrollo (BID)! Por no pagar, nos han declarado inelegibles. Por ahora se acabaron los créditos de este banco también. Los medios nos tuvieron informados de cada pormenor. La columna de la derecha engrosó sus bulliciosas filas.

Mientras tanto, la exportación peruana el año pasado fue la más baja en tres décadas. ¡Cuánto silencio! En la columna de los que reclaman más exportaciones sobra el espacio. Cada día hay más tierras, más minas, más

fábricas paradas. Y menos divisas. Sólo reclaman los directamente interesados –los exportadores.

Las opiniones nunca acaban, y seguiremos cumpliendo nuestra misión. Llevando la cuenta con números no tan fríos.

Caretas/Cuánto, 4 de abril de 1989

EL FRÍO TÉCNICO

El Voyager II nos permitió ver los secretos de los planetas. Con ecógrafos atisbamos a los bebés aún dentro del vientre de sus madres. Los microscopios electrónicos descubren el mundo del átomo y los radiotelescopios el universo. Y, ¿quién no ha visto sus propias costillas en una radiografía?

Cada día se extiende el alcance de nuestros ojos para ver al mundo físico. Pero, cuando se trata de observar a la colectividad humana, seguimos mirando como lo hacían en la edad de las cavernas.

Es cierto que la televisión y los satélites son ojos extraordinarios, y que abunda la lectura. Además, nos pasamos horas observándonos mutuamente a través de esos medios. Pero vemos poco, porque lo que entra por los ojos no pasa directamente al cerebro. Antes, se desvía hacia abajo, para aplacar el “hambre” de otros órganos –el corazón, el hígado y el mismo estómago–. Lo que llega finalmente al cerebro ha pasado por gruesos filtros biológicos. Cuando de personas se trata, los ojos son los ojos del cariño o de la cólera, o del estómago, o de la lealtad, o del temor.

Mucho defienden esta forma de mirar la vida social. Cuando se estudia al hombre, dicen, no se debe ser un “técnico frío”.

¿Por qué nos esmeramos tanto para examinar objetivamente el mundo físico del hombre y tan poco al hombre social? Si queremos corregir los

defectos de la sociedad, debemos observarla más con el cerebro, y menos con las emociones. Si no, seguiremos siendo como el niño que abre un reloj para “repararlo”.

Cuánto, octubre de 1989

NÚMEROS Y VALORES

Podría decirse que el desarrollo tiene dos bases: la de los valores humanos y la de los números.

Los valores definen el desarrollo que deseamos, y nos permiten soñar sobre lo que podría ser.

Los números nos traen a la realidad. “No todo es posible. Cada avance tiene un costo”, nos dicen. Pero la crítica que hacen las cifras es una crítica constructiva. Si con una mano frenan, con la otra señalan el camino a seguir.

El país y todo el mundo parecen estar diciendo: “¡Basta de teorías y de experimentos sociales! Llegó la hora de ser prácticos. ¿Usted dice que este esquema nos resolverá los problemas? A ver, estudiemos las cifras de los costos y los beneficios”. En todo el mundo, es el momento del *bottom line*. O sea, de los números.

Cuánto, diciembre de 1989

LOS ANÚMEROS

Propongo que 1991 sea el Año de la Numerización.

Es cierto que aún nos quedan muchos analfabetos –un peruano de cada 8–, a pesar de innumerables campañas. Pero es hora de empezar a luchar también contra el anumerismo.

Se trata de los que no saben el ABC de los números.

Para el país, es un problema mucho más grave que el analfabetismo. Sin querer pecar de insensible, es necesario reconocer que la gran mayoría de los analfabetos son ciudadanos que viven en el campo y cuya actividad es su chacra.

Pero los anúmeros están en todos lados, y sobre todo entre los que dirigen el país.

Nadie lo pensaría, de leer los periódicos o ver la televisión. Casi no hay artículo ya sin cifras, y la pantalla se llena de gráficos y porcentajes. Un marciano llegaría a la conclusión de que somos, por el contrario, un país de matemáticos.

No es así. En realidad, cuando nos presentan un número, lo que se busca, usualmente, es asustarnos. O conmovernos. O indignarnos. El número se ha vuelto una novedosa forma de gritar.

- ¿Señora, usted qué piensa del aumento de 22% en el precio del zapallo?

- ¡Ay, señorita, ya no se puede más!

- ¿Doctor, es cierto que las reservas del Banco Central de Reserva están en 800 millones de dólares?

La estadística –quién lo hubiera creído– resulta ser un magnífico ingrediente para la telenovela que se nos presenta todos los días disfrazada de noticiario.

No era la idea de Euclides. Lo que creían estar inventando los creadores de la matemática era una herramienta para la vida práctica, no para la vida sentimental.

El sentimiento está en su salsa cuando las cosas son blanco y negro. En la vida práctica predominan los grises, los matices. Tenemos que estar constantemente calculando fino. Y para eso es la matemática.

Al menos, eso es lo que pensaba Euclides.

Cuánto, mayo de 1990

LAS ENCUESTAS

¿Por qué nos fascinan los retratos de familia? Allí están el padre, el hijo, la abuela y otros familiares los que, quizás, vemos a diario, y más aún, “en vivo”. Pero, retratados, los miramos con ojos de descubrimiento. ¿Será que la imagen nos permite mirarlos con una inusual objetividad? Están cerca pero lejos, como si espiáramos a nuestros seres queridos por una rendija.

Algo de eso tienen las encuestas. A través de ellas “descubrimos” las verdades de todos los días: la pobreza, la alta migración, la importancia de la educación, pero desde una óptica distante.

Encontrarnos con un pobre en la calle es poner en juego un complejo de reacciones personales que se interponen a la mirada reflexiva, objetiva. No quisiéramos vivir fríamente, sin esas reacciones humanas. Pero tampoco quisiéramos que, cuando consultamos a un médico, por ejemplo, las emociones confundan el análisis.

La encuesta nacional ENNIV 94, que viene de efectuar *Cuánto*, es un extraordinario retrato de la familia peruana. Mucho de lo que allí veremos “ya lo sabíamos”, pero lo miraremos con nuevos ojos. Y también habrá sorpresas: descubriremos a primos lejanos nunca vistos.

Si bien la encuesta presenta una hazaña de investigación –visitas, seguidas de largas conversaciones con 3,600 hogares repartidos por todos los rincones del país–, el posterior examen de la información recogida, que recién empieza, debe representar un esfuerzo mucho más grande. Es materia para años de estudio.

Cuánto, julio de 1995

